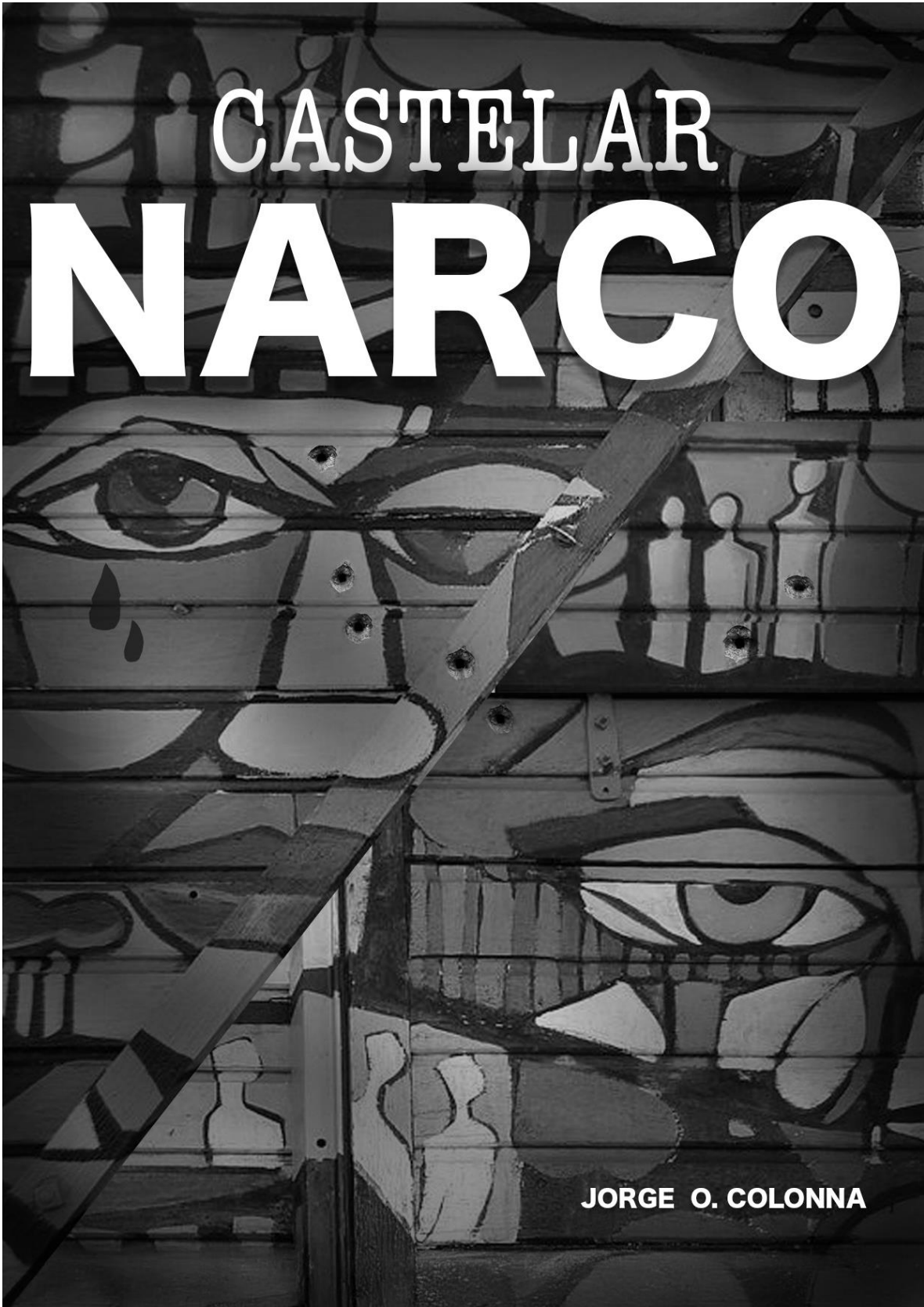




CASTELAR **NARCO**

JORGE O. COLONNA

CASTELAR NARCO

*Basada en hechos reales, con personajes de ficción.
Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia*

Jorge Colonna

2025

1. Jaque mate

Todo empezó durante una partida de ajedrez. En la apacible Plaza Cumelén, a la sombra del histórico vagón ferroviario, como tantas otras veces, Dante Pena y yo disputábamos cada casilla del inmutable tablero. De pronto, el silencio pueblerino estalló hecho pedazos por el rugido atronador de una moto. Cuando uno de los motochorros se bajó para arrebatarnos los celulares, mi amigo intentó resistirse y lo mataron de un tiro en la frente.

El alevoso sonido del disparo estalló en mi cabeza y la sangre de Dante salpicó mi cara. Pero no lo ayudé. Paralizado de terror no podía moverme. Sólo miré.

Con una expresión de incredulidad y dolor, sus ojos se negaban a cerrarse. Ensangrentada, su cabeza se desplomó sobre el tablero de ajedrez, testigo de su última movida. Yo quería gritar, correr al asesino, pero mi cuerpo no respondió. Mis manos temblaban, el corazón me latía desbocado y un sudor frío recorría mi cuerpo. Con un nudo en la garganta, odiando mi vejez y mi cobardía, me sentí más inútil que nunca.

Un par de días después, cumplidos los engorrosos trámites judiciales, en el cementerio de Morón, bajo un cielo plomizo, sin sol y sin pájaros, el entierro de Dante convocó a un puñado de personas. Sola, Magda Vinci viuda de Pena descendió del único auto del cortejo fúnebre y caminó hasta la cabecera de la fosa donde, aún perplejo por aquella última mirada de mi amigo moribundo y abrumado por la culpa y la vergüenza, yo esperaba.

Bajo una incipiente llovizna, inmersa en la lúgubre escena con sepultureros, palas, sogas y ataúd, ni la poca gracia del cabello

mojado y revuelto por el viento, ni la extrema palidez de su rostro, ni el rictus triste de sus labios, podían disimular su natural belleza. Pero en la mirada de Magda había impotencia y bronca contra los responsables de la maldita inseguridad del conurbano que le había arrebatado a su esposo.

Al terminar aquella infausta ceremonia, convencido de que nunca encontraría la manera de consolarla frente al devastador misterio de la muerte, la abracé y prometí estar a su disposición para lo que ella pudiera necesitar.

Meses después del asesinato de mi amigo, cuando el club Philidor realizó la entrega de premios *in memoriam* a los reconocidos ajedrecistas fallecidos en el último año, Magda Vinci se presentó a recibir la presea correspondiente a Dante Pena. Al terminar el emotivo evento me acerqué a saludarla,

Rubia, alta y delgada, de ojos verdes y boca pequeña, Magda tenía una sonrisa agradable, natural y sincera, que invitaba a sentirse cómodo en su compañía. Sin embargo, desde su viudez había asumido una profunda de soledad, aislándose tras un muro protector que la hacía inaccesible.

Magda había sido muy amiga de mi difunta Leonor y, gracias a ellas, luego nos conocimos Dante y yo.

—Para esta época, hace diez años estábamos los cuatro recorriendo la Patagonia —rememoró ella, sentada frente a mí, en el bar del club de ajedrez.

—Todavía recuerdo que no quise arriesgar mi coupé y fuimos en el auto de ustedes cuyo cárter se rompió por un piedrazo en plena estepa y tuvimos que regresar en avión—agregué.

—Por suerte hubo un final feliz porque el seguro cumplió— respondió.

Café de por medio, la charla fue derivando en otros temas hasta que Magda tomó coraje y, mirándome a los ojos, me sorprendió con una pregunta: —Antes de dispararle a Dante ¿el asesino dijo algo?

Luego de pensar un instante, respondí: —No. El encapuchado se bajó de la moto, nos apuntó y, sin decir nada, manoteó los celulares. Tu esposo intentó ponerse de pie y el tipo le disparó. Eso fue todo. ¿Por qué preguntás?

—¿Dante te contó a qué se dedicaba? —insistió ella.

—Tengo entendido que después de jubilarse redactaba informes *freelance* sobre la actividad aeronáutica.

—¿Nunca te dijo que esos informes eran para la DEA? —me preguntó en voz muy baja, como temiendo que alguien nos escuchara.

—¿Para la agencia antidrogas? —pregunté, abriendo los ojos por la inesperada noticia.

—¡Sí! Ellos dicen que la muerte de Dante no tiene nada que ver con sus informes y, por lo tanto, no tengo derecho a ningún tipo de indemnización. Pero él estaba muy inquieto tratando de confirmar algo que ya había adelantado a los *yankees*.

—¿De qué se trataba? —pregunté.

—No sé. Sinceramente, no sé. Dante no quiso involucrarme. Nunca hablaba de lo que hacía. Pero si lo mataron por eso, yo merezco saberlo. ¿No te parece?

—¡Por supuesto!

—Entonces, como a vos se te da bien eso de ser detective, ¿podrías investigar un poco?

—¡No Magda, no! No es lo mismo buscar una pintura perdida que investigar la muerte de un espía de la DEA.

—¡Dante no era un espía!—me reprochó, mientras una lágrima denunciaba su extrema vulnerabilidad.

Incapaz de resistirme al llanto de una mujer bonita, acepté y puse mi vida en peligro.

2. Baño de sangre

Sin vuelta atrás, pero con la esperanza de poder acotar las consecuencias del riesgoso compromiso que había asumido, llamé a mi amiga Anahí Aberanda para hablar del asesinato de Dante y pedirle consejos.

Luego de escuchar pacientemente las últimas diabluras de sus hijos, le propuse encontrarnos en Tarzán y hablar tranquilos durante el almuerzo.

Pese a su juventud, la comisaria Aberanda era una experimentada policía, que —gracias a su capacidad, perseverancia y coraje— había logrado progresar en un ámbito marcadamente machista y convertirse en una líder con autoridad y carisma.

Ya en el bodegón variopinto, donde con mi difunta esposa habíamos compartido tantas noches de tango y milonga, recibí un mensaje de Anahí. Se disculpaba por su obligado faltazo debido a una emergencia policial y prometía ocuparse del caso de mi amigo, caratulado como “homicidio en caso de robo”

Si bien esta falta de apoyo me hizo dudar, decidí no resignarme a permanecer de brazos cruzados, fallándole a Magda. Entonces, llamé a la viuda y le pedí que me permitiera acceder a los archivos informáticos de Dante.

Al rato, tras disfrutar los *malfatti* especialidad de Tarzán, abandoné ese icónico emporio de sabores que conserva su tradicional cocina, su histórico mostrador rodeado de estantes abarrotados de todo tipo de botellas y sus muros atiborrados con afiches de antiguas propagandas y cuadros con fotos de visitantes famosos.

Ya en la calle, caminé por Los Incas bordeando el trazado

ferroviario hasta la que Dante consideraba “la casa más linda del Oeste”: una típica casona de la época de esplendor de Castelar, hermosa pero agobiada por el paso del tiempo. El musgo sobre las tejas, las grietas en las paredes descaradas y el inexorable avance de las plantas trepadoras, delataban su abandono o la falta de recursos para mantenimiento.

Pálida, sin maquillaje pero con un toque de perfume, con una mustia sonrisa de bienvenida, Magda me recibió en la puerta del hogar que durante décadas había compartido con mi amigo. Casi sin intercambiar palabras, me guió por un pasillo apenas impregnado por la suave fragancia de un sahumerio y, tras subir por una estrecha escalera caracol, llegamos hasta la oscura bohardilla donde su esposo se recluía para procesar todo tipo de información, buscando entre líneas aquellos datos que suelen pasar desapercibidos para el lector común.

—Dante tenía un solo celular y se lo llevó el asesino. Esta es su computadora. Yo puedo acceder con mi contraseña, pero hay archivos encriptados a los que solo él podía ingresar —dijo la viuda antes de retirarse y dejarme solo, en ese ambiente privado que, tal vez, guardaba secretos.

Rodeada por estantes irregulares, repletos de libros, biblioratos y cajas llenas de recortes, había una amplia mesa de madera rústica donde, bien iluminada por un potente foco de luz que colgaba del techo, estaba la computadora.

Tal como me había anticipado Magda, solo pude acceder a *Outlook* y revisar los últimos emails ingresados a su bandeja de entrada. Para mi sorpresa, descubrí que la gran mayoría eran correos

que se había auto enviado el propio Dante. Pero lo más llamativo, era que muchos de esos mensajes repetían un mismo contenido pero se diferenciaban por el “Asunto”. Recién entonces, comprendí que —en plena época de bases de datos y metabuscadores— mi amigo seguía utilizando la línea de “Asunto” para asignarle a cada correo un código alfanumérico que facilitaba la búsqueda de información contenida en ellos. Lo cierto fue que, para molestar lo menos posible, copié esos mensajes en un *pendrive* y me retiré.

Ensimismado en mis pensamientos, entré a casa y me sorprendió el histérico maullido, agudo y prolongado, de la mascota de mi amada Leonor. Intenté acariciarlo, pero Negro dio media vuelta y tras caminar hasta la cocina, se paró frente a su plato que, en contra de lo esperado, estaba lleno. El único detalle era que a la mañana yo no había sido muy prolijo y la comida había quedado mal repartida, acumulada sobre los bordes con un hueco en el centro, como cráter de volcán. Antes de tirar a la basura el costoso alimento recetado, con mis dedos barrí lo que estaba pegado a los bordes y lo distribuí formando una superficie amesetada. Fue entonces cuando el caprichoso felino se acercó y comió todo lo que no había tocado durante el día.

Solucionado el problema doméstico, intenté emular a los detectives que investigan asesinatos y me focalicé en el último mensaje de la víctima. Se trataba de la copia de un inquietante artículo publicado en Infobae, el 4 de abril de 2024, cuyo título era “Baño de sangre” y en el que Dante había resaltado los siguientes párrafos: *“Macabro ataque a dos mujeres en un búnker de drogas en el límite entre Castelar y Libertad. En un presunto ajuste de cuentas, las*

víctimas fueron decapitadas y se sospecha de un sicario narco”.

Si bien mi primer paso fue buscar comentarios en Internet, la única referencia al caso era esa publicación. Ni Telam, ni Reuter, ni ninguna otra de las grandes agencias de noticias, mencionaba ese salvaje doble femicidio.

Desilusionado, concentré mi atención en las imágenes con que ese diario digital ilustraba su nota sobre el baño de sangre. La primera foto mostraba el cuerpo de una mujer decapitada en medio de una negra laguna de sangre. El torso de piel blanca, cubierto por una remera amarilla, revelaba otra herida profunda en el abdomen. La segunda foto, con la cabeza cercenada, era aterradora. Los ojos parecían mirar con una mueca repugnante y trágica. El pelo de la pobre mujer era platinado pero descolorido y con raíces bien oscuras. Había otro par de fotos que correspondían a la otra víctima, de piel morena y cabello afro azabache. Tanto el cuerpo como el rostro mostraban moretones y heridas previas al degüello.

Asqueado por las sórdidas imágenes, cerré ese archivo y retomé la revisión del *Outlook* de Dante, donde encontré que había compartido la nota de Infobae con una tal Lucrecia Monzaga, de “Oeste Profundo”. A falta de opciones, le escribí a esa mujer, explicando que era amigo de Dante Pena y buscaba información adicional sobre el doble crimen publicado en la edición del 4/4/2024.

Pasaron varias horas hasta recibir la esperada respuesta: Lucrecia era periodista, trabajaba en una radio de Ituzaingó, había conocido a Dante y estaba dispuesta a reunirse conmigo. En aquel momento la consideré una buena noticia, sin imaginar el peligro en ciernes.

3. Blood

Con el paso de los años, aunque no tenga ninguna preocupación concreta, suelo despertar con una mezcla de ansiedad e impotencia ante el mero desafío de enfrentar un nuevo día. Pero aquella mañana mi angustia estaba justificada: había aceptado investigar la muerte de mi amigo Dante.

«¡Tenía que haberme negado! ¡Tenía que haber reconocido que después de los ochenta ya no soy ni la sombra de lo que fui!» — mascullé para mis adentros.

Lamentablemente, estaba en el baile y tenía que bailar. Así fue que esa misma tarde, como tantas otras, estacioné sobre la avenida Santa Rosa, frontera entre dos municipios, cuya vereda impar pertenece a Morón mientras que la de enfrente corresponde a Ituzaingó. Por lo tanto, con solo cruzar la calle se cambia de jurisdicción y se eluden ciertos controles.

En esa bulliciosa zona abundan las cervecerías y bares temáticos, entre los que “*Blood*” no pasa desapercibido. Si bien ostenta un frente lúgubre, con un letrero despintado y letras góticas anunciando el nombre, cuenta con un llamativo efecto lumínico que simula gotas de sangre cayendo sobre un siniestro charco rojo.

Tal como habíamos acordado con Lucrecia, poco antes de las 19 horas ingresé a ese local que en su interior contaba con una decoración y mobiliario que recreaban la atmósfera de un pub inglés. Los techos y las paredes estaban revestidos con madera oscura y los pisos eran de rústica cerámica roja, pero el elemento distintivo era el mostrador, con una iluminación intensa que resaltaba el mármol de la

mesada y el bronce de las choperas. Como era de esperar, los estantes estaban abarrotados de todo tipo de bebidas, unas más exóticas que otras. Y el marco sonoro, entre lo sombrío y lo apocalíptico, lo aportaban bandas británicas enroladas en el Heavy Metal.

A paso lento, tratando de adaptarme a la súbita penumbra, atravesé el local hasta la barra y me senté en uno de los taburetes. Cuando la mesera me alcanzó la lista de bebidas, le dije que estaba esperando a otra persona, y me dediqué a recorrer con mi mirada las distintas mesas ocupadas por la variada concurrencia del *after hour*.

En eso estaba cuando un rayo de luz exterior irrumpió en el salón recortando una llamativa silueta femenina que ingresaba.

Como era el único octogenario en ese lugar, Lucrecia no dudó en acercarse y preguntarme si era Domecq. Luego de estrecharnos las manos, ella sugirió que nos sentáramos a una mesa y yo acepté, dispuesto a seguirla a cualquier lado.

Los pocos segundos que caminé detrás de ella bastaron para hacerme una composición de lugar: se trataba de una mujer imponente, de cuerpo robusto, elegante y armónico, que meneaba sus curvas al caminar.

Sentado frente a ella, estimé que tendría alrededor de cincuenta años, su cabello era castaño, largo y rizado. Tenía ojos oscuros, astutos y calculadores que me escrutaban con frialdad. Vestía un sobrio traje sastre con pantalones, azul grisáceo, y una remera blanca de cuello redondo, no llevaba collar, ni cadena, ni aros, ni pulseras, ni anillos.

—¿Dante era amigo tuyo? —preguntó con voz suave, pero

mirándome fijo, como si quisiera adivinar mi pensamiento.

—¡Sí! Por nuestro trabajo nos cruzamos infinidad de veces y, a pesar de la diferencia de edad, descubrimos que teníamos un hobby en común: el ajedrez —respondí.

—¡Lo mismo que yo! Periodista y adicta al ajedrez, pero por plata —confesó con gesto cómplice y ambos reímos.

—Por mi parte, creo que nunca aposté más que un café —reconocí.

—Deberías probarlo, es un placer sin prescripción de edad —propuso sin notar mi incomodidad con el tema etario.

—Tal vez —acepté mientras llamaba a la camarera y aprovechaba para cambiar de tema—. Ante todo quiero agradecerte por venir a esta reunión. La viuda de Dante piensa que la muerte de su esposo no fue un mero hecho de inseguridad, sino que podría estar relacionado con su última investigación sobre femicidios publicados en Infobae y que él comentó con vos.

—Respeto a la viuda en su dolor, pero no se me ocurre cómo vincular ambas cosas—opinó Lucrecia con bastante criterio.

—Ella imagina que su esposo pudo haber tenido una pista sobre el degollador de Castelar Sur —comenté, antes de hacerle una pregunta directa—. ¿Para qué te envió el artículo de Infobae?

—Dante buscaba ampliar la información publicada en ese portal —respondió, echándose hacia atrás en su silla para luego balancearse hacia adelante.

—¿Pudiste aportarle algo? —insistí, apurando mi vaso de cerveza.

—Me ofrecí a acompañarlo hasta Libertad para entrevistar a

familiares y vecinos de las víctimas.

—¿Aceptó?

—Lo estaba pensado, pero murió antes de contestarme.

—¿Sabés si Dante pudo consultar a otros periodistas?

—¡Ni idea! Pero si me entero de algo, te aviso —dijo mirando el reloj con un gesto de preocupación—. Disculpame, pero tengo que volver a la radio porque salgo al aire dentro de poco.

—No te preocupes, ya no tengo más preguntas —contesté al tiempo que le hacía una seña a la mesera para que me cobrara ambas consumiciones.

Un rato después, solo, me retiré del bar y caminé por Santa Rosa hasta donde estaba estacionada mi coupé. Luego de ponerla en marcha y avanzar hacia el Acceso Oeste, decidí sumarme a una cola de vehículos que esperaban para cargar nafta. Fue entonces cuando me sobresalté al descubrir una moto Honda que ya había visto en la vereda de "*Blood*" donde su conductor y el acompañante charlaban sin sacarse los cascos. Ahora, después de seguir mi recorrido, los motoqueros se habían detenido unos treinta metros detrás de mi llamativa Chevy roja, como si esperaran que yo terminara mi compra para volver a seguirme. De inmediato reviví la escena de los motochorros asesinando a Dante y arranqué con violencia. Me salí de la cola, atravesé imprudentemente la playa de la estación de servicios y doblé metiéndole pata por la colectora. En la primera bocacalle, al comprobar que mis perseguidores aún no aparecían en el retrovisor, doblé y volví a hacerlo un par de veces más hasta completar la vuelta a la manzana. Cuando reaparecí en la avenida Santa Rosa la tomé a toda velocidad pero en dirección contraria, hacia las vías del

ferrocarril. Una vez que atravesé la avenida Sarmiento, me metí en el laberinto de cortadas y callecitas irregulares que bordean la plazoleta de Gobernador García, para recién retomar por Italia y estacionar sobre Larralde.

Al llegar a casa, mientras abría una de las cerraduras, me estremeció el ronquido de una moto de alta cilindrada que se acercaba. «¿Me habrán seguido hasta acá?» —balbuceé angustiado.

4. Amenaza

La mañana siguiente, preso de una rara inquietud, en esa zona ambigua entre el sueño y la vigilia escuché la entrañable voz de mi difunta esposa.

—¿Qué te pasa amor? —preguntó Leonor con tono de evidente preocupación.

—Tengo que tomar una decisión pero las dudas me paralizan.

—Dejate llevar por la intuición. Siempre te dio buenos resultados —intentó convencerme.

—Eso era antes. Pero después de tu muerte ya no soy el mismo —argumenté con el derrotismo característico de mis últimos tiempos.

—Me suena a excusa, no creo que la intuición se vea afectada por el duelo —sostuvo con firmeza.

—Es que...—intenté responder pero la evanescente voz de mi amada Leonor ya no estaba conmigo.

A esa altura de mi vida pretendía vivir tranquilo, sin exigencias ni apremios, pero el pedido de la viuda de mi amigo me torturaba como una piedra en el zapato. Aunque me lo propusiera, no podía olvidarla.

Intentando no pensar en eso, dediqué la mañana a las postergadas tareas hogareñas. Comencé por abrir las ventanas para aprovechar el tibio sol y la baja humedad para ventilar los ambientes y eliminar los resabios olorosos de los desagradables descuidos de Negro, cuando se olvida de las piedritas.

Sin embargo, a pesar de que la investigación de la muerte de Dante me producía un vértigo cercano al miedo, sentí que no podía fallarle.

Superado ese primer paso, comprendí que para averiguar algo más no tenía otra opción que arriesgarme a visitar el siniestro vecindario donde tuvo lugar el doble femicidio que tanto había intrigado a mi amigo.

Horas después, dejé mi llamativa coupé roja protegida en una estación de servicio y caminé desde Castelar Sur hasta la intersección de la calle Helvecia con Blasco Ibáñez, en Libertad. Se trataba de un barrio humilde, prolijo y silencioso, con casas bajas alineadas sobre las pocas calles asfaltadas, donde nada permitía imaginar la salvaje escena vivida semanas atrás.

Cuando vi a un muchacho en bicicleta le hice una seña para que se detuviera, pero siguió de largo, sin siquiera mirarme. Luego, al ver a una señora mayor barriendo las hojas de su modesto jardín, la saludé respetuosamente pero —al acercarme— la mujer se metió dentro de su casa y cerró la puerta, sin decir palabra. Para no darme por vencido busqué algún comercio y encontré una ventana a la calle donde funcionaba un kiosko. Luego de comprar un paquete de pastillas, le pregunté a la vendedora qué sabía del doble homicidio, pero me cerró la ventana en la cara. Nadie quería hablar. ¡Tenían miedo!

Mientras me replanteaba cómo avanzar en mi quijotesca investigación, descubrí una moto que se había apostado en la esquina más cercana, cuyo ocupante me miraba sin disimulo. De inmediato, se me representaron dos escenas: los motochorros asesinando a Dante y la sospechosa moto Honda siguiéndome la tarde anterior. Por un momento vacilé sobre los pasos a seguir, hasta que preferí regresar por donde había venido. Pero, cuando apenas había avanzado unos pocos metros, la moto arrancó violentamente y en un santiamén

estuvo junto a mí. La escena duró apenas unos segundos. Yo estaba mudo, estático, paralizado de miedo, imaginando lo peor, y escuché la voz ronca del motociclista: —¡Rajá o sos boleta!

En estado de shock, vi a la moto alejándose hasta doblar en la esquina. Atemorizado, regresé a la estación de servicio y, tras comprobar que no me seguían, subí al Chevy y, sin abrocharme el cinturón de seguridad, arranqué y aceleré a fondo. Aferrado al volante, me atormentaba una pregunta sin respuesta: «¿Quién me amenazó y por qué?».

Al haber transitado por calles de barro, mi otrora impecable coupé se había cubierto de salpicaduras, fue entonces cuando aproveché el radiante día de sol y la dejé en un lavadero sobre la avenida Arias.

Obligado a esperar más de una hora, decidí consultar al colega de Infobae que había publicado el artículo: *“Baño de sangre en un búnker de Castelar Sur”*. Como mi llamado fue atendido por el contestador, le dejé un mensaje:

«Hola colega, soy Domecq e intento ampliar tu nota del pasado 4 de abril. ¿Hay algún sospechoso?».

A continuación, le envié un *WhatsApp* a la comisaria Aberanda preguntando por las novedades del caso Dante Pena

Con mucho tiempo libre, me dispuse a caminar por mi barrio de adopción. Es más, como estaba cerca, se me antojó pasar por Alvarez Jonte 745, para darle un vistazo a la casa que compartí con Leonor, cuando recién nos casamos.

Sin apuro, en plena primavera, deambulé por las callecitas de Castelar disfrutando del canto de los pájaros y de los perfumados

jardines tachonados de tempranas flores multicolores, hasta que — casi en la esquina de Francia y Dean Funes—descubrí una camioneta SUV negra, que ya había visto antes. «¿Me estarán siguiendo? ¿Por qué?» —me pregunté asustado. Paralizado de miedo, dudando entre seguir o regresar en busca de mi auto, traté de recordar en qué momento había visto la camioneta por primera vez. «¡Fue en la calle Arias!» —mascullé. La SUV había estado estacionada frente al lavadero, cerca de un supermercado, con gente en su interior, como si esperaran a alguien. En su momento no le había prestado atención, pero cruzarla dos veces era demasiada casualidad, y mi instinto no creía en casualidades. Fue entonces, justo cuando intentaba volver sobre mis pasos, cuando escuché una brusca frenada a mi espalda. Al mirar de reojo, mis piernas temblaron. ¡Un encapuchado se abalanzaba sobre mí!

5. Secuestro

En plena calle Francia, bajo el apacible sol del mediodía, de forma repentina, sin tiempo para reaccionar, recibí un violento golpe en la nuca. Atónito, con la vista nublada y la respiración entrecortada, perdí el equilibrio y me desplomé hacia adelante, golpeando violentamente contra el piso. Alguien gritó, pero mi mente no pudo fijar la atención. Durante una fracción de segundo pensé que era víctima de un robo pero los agresores prefirieron darme un terrible puñetazo en el estómago. Luego, me pusieron un trapo en la boca, me arrastraron, me levantaron en vilo y me tiraron en la parte de atrás de la SUV.

Ya sin fuerzas para oponerme, mi cara raspó y se despellejó contra el piso metálico y la sangre empezó a brotar. De inmediato, alguien subió tras de mí, me aplastó con una rodilla y me ató las manos a la espalda. Quebrado de dolor, me sobresalté con el ruido del baúl al cerrarse, seguido del bramido del motor y el chirrido de los neumáticos en una repentina acelerada, seguida del brusco vaivén del vehículo en la primera curva, que arrojó mi cuerpo inerte contra las paredes del baúl.

A pesar de estar aturdido por las contusiones, sin lograr abrir mis ojos y con gusto a sangre en la boca, recuperé la respiración y tuve conciencia de que me estaban secuestrando: «¿Quién y por qué?» —me pregunté antes de perder el conocimiento.

Llorando de impotencia, sin recordar qué me había pasado, desperté atontado, magullado y terriblemente dolorido, inmerso en el miedo y la oscuridad. Al intentar moverme, sentí un tirón en el tobillo y escuché el siniestro arrastre de la cadena que me sujetaba al muro.

Muerto de miedo, comprendí la magnitud de mi cautiverio. Me dolía todo el cuerpo, como si me hubiera pisoteado una estampida de búfalos.

Preso de una inquietud cercana al terror, rodeado de una negrura absoluta, claustrofóbica y sin sentido, me sentía incapaz de razonar y solo podía apelar a mi instinto. Como no veía nada, me toqué la cara y, al no encontrar ninguna venda sobre mis ojos, me aterró una idea de haber perdido la vista.

Privado de la visión, mi lóbrego mundo estaba acotado al oído, el olfato, el sabor y el tacto: no escuchaba nada, olía polvo y humedad, y mi lengua tenía sabor a sangre. Cuando comencé a palpar a mi alrededor descubrí que la cadena, que se extendía desde el muro hasta mi tobillo, era tan corta que no me permitía tocar las restantes paredes de aquella mazmorra. Para peor, al intentar ponerme de pie sentí un intenso mareo que me hizo tambalear y perder el equilibrio. Sin levantarme, seguí arrastrando mi mano sobre el piso húmedo, áspero e irregular, pero no había nada a mi alcance. También fue en vano tantear la pared buscando un interruptor de luz; moví mis manos pero no toqué nada, salvo espacio vacío. Estaba encadenado dentro de un cubículo cuyas formas y dimensiones no alcanzaba a imaginar.

Pero lo peor era que tenía sed. ¡Mucha sed! ¡Una sed terrible! Desesperado, intenté gritar pidiendo ayuda pero, como mis labios y mi boca estaban resecos y ásperos, ningún sonido salió de mi garganta.

Vulnerable, sacudido por espasmos incontrolables, mi cuerpo temblaba fuera de control y mi cabeza no lograba comprender qué había más allá de la hermética negrura que me rodeaba.

«¡Ojalá sea una pesadilla!» —rogué sin esperanza.

Desamparado e impotente como hoja en la tormenta, me sobresaltó el estridente chirrido metálico de una puerta que se abría. Encandilado por el súbito y potente haz de luz que estalló contra mis ojos, en cuanto logré distinguir dos siluetas, grité: ¡agua, por favor agua!

A partir de ese momento todo se desencadenó con terrible violencia. En mi desesperación, cuando uno de los encapuchados se me acercó, con un movimiento instintivo le arranqué la capucha y pese al contraluz descubrí a Lucrecia Monzaga, la periodista radial.

Estupefacto, mientras yo balbuceaba el nombre de la amiga de Dante, atronó el vozarrón del segundo encapuchado:

—¡Te reconoció, pelotuda! Ahora tenemos que matarlo.

—¿Estás loco?

Furioso, el hombre que olía a sudor animal, le dio un puñetazo a su cómplice, haciéndola rodar por la penumbra. Pero Lucrecia, con una agilidad bien entrenada, se levantó y le aplicó una patada en los riñones, digna de un experto en artes marciales. Aprovechando que el encapuchado retrocedía aturdido, la mujer intentó abalanzarse sobre él pero fue recibida con una puñalada que no dio en el blanco. De menor talla pero segura y decidida, Lucrecia levantó los brazos para protegerse y, a pie firme, controlando la respiración, se alejó de su alcance.

Alentándose con un gruñido de furia y desprecio, el matón avanzó blandiendo el cuchillo contra ella, que lo esperaba con una postura de combate. La primera arremetida, con un puntazo al abdomen, falló. Hacía falta algo más que eso para doblegar a esa mujer que esquivó, retrocedió, giró sobre sus talones y lanzó otra

patada que impactó de lleno en las costillas del hombre, que gritó de furia y dolor. Aprovechando la ventaja, Lucrecia le aplicó una serie de golpes rápidos y contundentes que hicieron tambalear a su cómplice, que —ciego de rabia— avanzó de nuevo, con un ataque salvaje pero certero. Esta vez ella falló en su intento de bloquear el brazo armado y recibió una puñalada en el pecho. Herida de muerte, Lucrecia Monzaga no pudo evitar que la siguiente cuchillada la degollara, como a las mujeres del bunker de Castelar Sur.

Sin decir palabra, el encapuchado, limpió su cuchillo sobre el cadáver de su socia y se retiró dando un fuerte portazo que resonó como lápida de tumba.

6. Cautivo

Tumbado sobre mi propia orina, con los ojos desorbitados, acababa de presenciar un asesinato, cometido por quien me tenía cautivo.

El miedo y la sed aumentaban. En la penumbra, seguía encadenado a merced de mi captor, pero ya no estaba solo, ahora me acompañaba un cadáver y todo indicaba que yo iba a ser el siguiente.

Pasado el estupor inicial, a tientas, recostado en el suelo inmundo, estiré mi brazo para revisar los bolsillos del camperón de Lucrecia y lo primero que encontré fue una milagrosa botellita de agua, cuyo contenido bebí de un tirón. En el apuro, me atraganté y casi me ahogo. Empecé a toser y el estómago se revolvió como con náuseas.

Una vez que me tranquilicé, seguí palpando el cuerpo muerto y, además de un par de llaves, encontré una pequeña linterna. Ansioso por liberarme de la asfixiante oscuridad, la prendí pero la apagué de inmediato, asqueado por el nauseabundo espectáculo de la mujer decapitada. Por un lado, en medio de la sangre derramada que comenzaba a coagularse, estaba la cabeza cercenada con sus ojos definitivamente desorbitados. Por otro, estaba el aterrador resto del cuerpo, convertido en un maniquí acéfalo, desarticulado y sin vida.

Horrorizado, permanecí en la oscuridad, aunque de tanto en tanto, llevado por un impulso irracional, iluminaba el cadáver que yacía a mi lado. Así, descubrí cómo las moscas ya se posaban sobre el gran charco de sangre que rodeaba a ese despojo que había sido una mujer atractiva. Hubiera deseado cubrirla, pero no tenía forma de hacerlo.

Inexorable, el tiempo fue pasando. Las moscas comenzaron a

revolotear alrededor de mi cara y, en vano, yo las espantaba. Me asqueaba pensar que pronto se transformarían en las larvas repugnantes que hurgan en las cavidades oculares y en las fosas nasales de los cadáveres en descomposición. Entonces, el hedor nauseabundo, el asco y los vómitos, se transformarían en una tortura adicional al hambre y la sed.

Sin idea del tiempo, en plena oscuridad, rendido ante el feroz terror a la nada, simplemente me dediqué a esperar. La sed, el frío, la angustia y el miedo embotaban mis sentidos y mi mente ya no distinguía entre pesadilla y realidad.

Todavía estaba vivo pero, cuando mi respiración se hizo cada vez más débil y espaciada, cuando los párpados se me cerraban y mis músculos perdían la poca energía que les quedaba, cuando ni siquiera la voz de Leonor y sus recuerdos felices respondían a mi invocación, sentí que mi vida se estaba apagando. Al no saber cuánto tiempo podría resistir, comprendí que peor que morir era esperar la muerte.

7. Testigo

Ese sábado de primavera Julián trabajaba en uno de los tantos jardines que tenía a su cargo. Absorto en sus labores, acompañado por el canto de los pájaros y el aroma a pasto recién cortado, cuidaba con esmero un extenso parque, desmalezando yuyos indeseables.

De repente, un ruido inusual rompió la serenidad del vecindario. Julián alzó la vista y, a través de la reja de hierro, miró hacia la calle Francia y vio un vehículo negro que, de manera sospechosa, acababa de frenar abruptamente junto al cordón. Las puertas del coche se abrieron y dos encapuchados descendieron rápidamente y se abalanzaron sobre un anciano que caminaba hacia Dean Funes.

Estremecido por un súbito escalofrío, el jardinero dejó caer las herramientas y se acercó a la reja perimetral para tener una mejor vista. Fue entonces cuando vio lo impensable: los encapuchados golpeaban al pobre viejo y lo arrastraban hacía el baúl del vehículo. Sin pensar, Julián gritó en un vano intento por detener a los secuestradores. Su voz resonó en el aire, mientras la SUV negra con vidrios polarizados, arrancó a todo trapo.

Desesperado, impotente ante la inutilidad de seguir gritando o correr detrás del vehículo, el jardinero descubrió sobre el asfalto una pipa con las iniciales “JD”, que podría haber pertenecido a la víctima.

Con manos temblorosas, sacó su teléfono móvil y marcó el 911.

—¿Cuál es su emergencia? —dijo una voz de mujer entrenada.

—Creo que...secuestraron a un hombre —comenzó vacilante y, apenas pudiendo articular las palabras, intentó explicar lo que acababa de suceder—. Lo golpearon y lo subieron a una camioneta.

—¿Dónde ocurrió lo que está denunciando?

—En Castelar..., en la calle Francia...casi Dean Funes.

—¿Cuándo sucedió? —lo interrumpió la operadora con un tono ensayado que transmitía confianza y cercanía.

—¡Recién!... Si se apuran todavía pueden...

—¡De acuerdo! ¿Qué recuerda del vehículo?

—Era una camioneta negra..., polarizada..., creo que una SUV. Fue todo muy rápido —agregó casi como justificándose.

—Por favor, describa lo que vio.

—Vi una camioneta negra... frenó junto al cordón...bajaron dos encapuchados... agarraron al tipo... le pegaron, lo metieron en la camioneta y salieron rajando —resumió Julián.

—¿Cómo eran los supuestos atacantes?

—Llevaban capuchas... o pasamontañas...

—¿Qué recuerda de la supuesta víctima?

—Era un viejito, canoso, con anteojos gruesos...

—¿Por qué cree que lo secuestraron? —continuó el protocolo.

—¡Ya dije que lo agarraron y se lo llevaron!

—Por favor, díganos su nombre.

—Julián Pérez García.

—¡Gracias señor García! Por favor, permanezca en el lugar porque un patrullero ya está en camino.

El jardinero, un hombre sencillo y trabajador, acostumbrado a la paz de los jardines nunca había imaginado verse envuelto en una situación tan aterradora. Sentía una mezcla de miedo y responsabilidad; miedo por el destino del anciano raptado y responsabilidad de hacer todo lo posible para ayudar a rescatarlo.

Mientras reflexionaba sobre cómo la vida puede cambiar drásticamente en un instante, llegaron los policías. Con la mejor voluntad posible, Julián les contó lo que había presenciado.

Sin embargo, al terminar su relato, en lugar de sentirse satisfecho por haber cumplido con su deber ciudadano, Julián sintió cierta inquietud por la mirada de desconfianza que observó en los escépticos agentes bonaerenses, en especial cuando les entregó la pipa que había encontrado en la calle.

Cuando el pobre jardinero empezaba a temer que lo culparan de inventar la historia del secuestro, llegó un segundo patrullero, de cuya parte trasera descendió una mujer policía, joven, morena, menuda, bien proporcionada y cara de buena persona.

—Buenos días, soy la sargento Raula Díaz y necesito que me cuente hasta los más mínimos detalles que recuerde —dijo en tono cordial.

—¿De nuevo? Mire que ya...—había comenzado a quejarse Julián, cuando ella, lo interrumpió.

—¡Sí señor! —contestó en tono firme—. Puede omitir sus datos personales, que ya fueron controlados por mi colega, pero el resto debe contármelo y con detalles. Especialmente, debe ratificar o no que vio a un hombre obligado contra su voluntad a entrar en una camioneta y, en ese caso, describir a los supuestos captores: ¿Físico? ¿Ropa? ¿Vehículo? Y cualquier detalle que recuerde.

—Es que..., no pude verlos bien. Es difícil...

—¡Inténtelo! —insistió la mujer policía.

Durante largos minutos, la sargento escuchó en silencio, interviniendo con preguntas precisas para ampliar o confirmar datos.

Le dedicó mucho tiempo a la identificación del auto, de la víctima y de los victimarios. También a la llamativa ausencia de otros testigos, pero lo que más repreguntas generó fue el hallazgo de la pipa con la inscripción “JD”.

—¿Cuándo la encontró?

—Justo antes de llamar al 911—respondió con la satisfacción de quien presta una ayuda valiosa.

—¿Dónde estaba la pipa?

—Sobre el asfalto, cerca del cordón.

—¡Muéstreme!

El testigo caminó por la vereda y, luego de dudar, se detuvo y señaló:

—Acá. Más o menos acá.

—¿Está seguro?

—¡Sí!

—¿Había alguien cerca suyo cuando la levantó?

—Todavía no. La gente vino cuando escuchó el patrullero.

—¿La pipa estaba encendida?

—No. Estaba fría.

—¿Conoce a alguien cuyas iniciales sean “JD”?

—¡No sé! Creo que no —respondió dudando.

—¿Conoce a alguien que fume en pipa?

—No me acuerdo.... Supongo que no —dijo Julián de mala gana. Estaba incómodo, siendo interrogado a pleno sol y con su trabajo de jardinería interrumpido a medio hacer.

—¿Recuerda haber visto antes esa pipa?

—¡No! ¿Por qué me pregunta tanto sobre la pipa? —reaccionó

molesto.

—¡Tranquilícese, señor! —le advirtió ella con dureza—. Según el protocolo las preguntas las hacemos nosotros.

Como el jardinero esbozó un gesto de disculpas por haber perdido los estribos, la mujer policía retomó el cuestionario.

—¿Qué fue lo primero que le llamó la atención?

—La frenada. ¡Chillaron las ruedas!

—¿Y después? — ¡La paliza al pobre viejo! El grandote lo dobló de un puñetazo en la barriga.

—¿Qué más?

—¡Lo levantaron y lo tiraron en la camioneta! Como una bolsa de papas.

—¿Recuerda qué hizo cada uno de los encapuchados después de meter al hombre en el vehículo?

Luego de pensar unos segundos, Julián dijo:

—...El grandote se subió en la parte trasera, con el viejo. El otro se sentó al volante y arrancó a los...con todo.

Cuando se dio por satisfecha, la sargento Raula Díaz dejó ir al atribulado jardinero y se reunió con los otros agentes de la bonaerense, para escuchar lo que habían averiguado.

Lamentablemente, ningún vecino había visto ni oído nada relacionado con el supuesto secuestro y recién se alertaron al escuchar las sirenas del primer patrullero que acudió en respuesta al llamado al 911. Con respecto a la pipa, mientras algunos no recordaban a nadie que la fumara, otros descartaban que el fumador que conocían pudiera haber estado en ese barrio, esa mañana.

Sin ninguna otra pista, Raula Díaz quiso sacarse la duda

respecto a un amigo de la comisaria Aberanda quien, casualmente, era un hombre mayor, canoso, usaba anteojos, fumaba en pipa y sus iniciales eran “JD”. Como desconocía el teléfono de este periodista jubilado e investigador de cuadros desaparecidos, se animó a molestar a su jefa, aún sabiendo que a esa hora de un sábado, seguramente estaba almorzando con sus hijos.

Tal como Raula sospechaba, la comisaria estaba en pleno almuerzo familiar, en “Don Elvis”, la hamburguesería de Castelar que enloquecía a sus pequeños hijos.

Lejos de molestar, Aberanda agradeció la preocupación por su amigo y, dadas las alarmantes coincidencias, de inmediato trató de comunicarse con Domecq.

8. Pista

En Castelar, ese tórrido sábado de primavera, la comisaria Anahí Aberanda cumplió su promesa de llevar a sus hijos a almorzar en Don Elvis. Tras intentar en vano estacionar bajo la magra sombra de los pocos árboles que sobrevivían sobre la calle San Nicolás, luego de dejar el Jeep a pleno sol, madre, hijos y abuela ingresaron al establecimiento que rinde homenaje a Elvis Presley.

Aprovechando que los chicos recorrían deslumbrados la excéntrica ambientación de un típico *American Diner* de la década del 50, donde la trompa de un Chevrolet 51 iluminaba las baldosas blancas y negras que conducían hasta una antigua rockola, las dos mujeres revisaron el variado menú.

Al momento de elegir, los chicos insistieron en la hamburguesa con papas fritas pero Anahí y su madre se dieron el gusto de pedir las mollejas doradas Don Elvis, preparadas con crema de hongos, verdeo, salsa de soja y parmesano, acompañadas de papas *noisettes*.

Más de una hora después, cuando los chicos se esforzaban por terminar los consabidos helados del postre, la abuela tomaba un licor digestivo y ya habían pedido la cuenta, la comisaria recibió una llamada de su asistente, la sargento Raula Díaz, quien acababa de tomar testimonio a un testigo que afirmaba haber presenciado el secuestro de un anciano, canoso y con anteojos, a quien se le habría caído una pipa con las inicisles “JD”, que coincidían con las del veterano detective Jorge Domecq.

De inmediato, Aberanda llamó al celular de su amigo pero no logró ser atendida. Intentó con el teléfono fijo, pero la grabación del contestador la invitó a dejar un mensaje. Con creciente ansiedad,

buscó el teléfono de Renata, la vecina brasileña de Domecq, que solía ayudarle con las tareas hogareñas y le cuidaba la mascota durante sus ausencias.

La respuesta de Renata, en principio, pareció tranquilizante: su vecino había llamado para decirle que no vendría a almorzar porque había dejado el auto para lavar y se iba a conformar con un “tentempié”. Pero luego, Renata agregó que acababa de recibir la llamada de un lavadero de la calle Arias, pidiendo que Domecq pasara a retirar el auto, porque hacía más de dos horas que estaba listo y les molestaba.

«¡No es normal que alguien tan obsesivo se olvide de retirar su amada coupé» —pensó Aberanda, al tiempo que le pedía a su madre que regresara con los chicos en remise, porque ella tenía que trabajar.

Por desgracia, el breve trayecto entre Don Elvis y el lavadero de autos le resultó insoportable porque el interior del Jeep hervía y el tapizado quemaba. Ni el aire acondicionado, ni las ventanillas abiertas lograron hacer efecto durante esos infernales minutos. Al llegar a destino, la comisaria bajó rápidamente de su auto, dejándolo estacionado a la sombra, junto a la deslumbrante Chevy roja.

—¿Quién es el dueño de este auto? —preguntó mostrando su chapa de comisaria.

—Lo dejó a lavar un señor mayor —respondió un empleado inquieto por la situación.

—¿Quién es tu jefe? —lo interrumpió la comisaria.

—Es ese que está en el mostrador—respondió señalando hacia una pequeña oficina, a la que ella se dirigió de inmediato.

—Soy la comisaria Aberanda —se presentó con la credencial en

la mano—. ¿Qué sabe del dueño de esa coupé? —preguntó con firmeza.

—Tenía que retirarla hace dos horas y no vino. Lo llamé al celular y como no contestó llamé al fijo y le dejé un mensaje a la mujer que atendió —respondió con manifiesta incomodidad ante la presencia policial.

—Recuerda algo que haya dicho o hecho ese hombre antes de retirarse.

—Le dije que estaría lista en una hora y él se fue caminando hacia allá —dijo señalando con la mano.

—¿Hacia la calle Francia?

—¡Sí!

Aberanda acababa de escuchar la respuesta más temida: su amigo había caminado justo hacia la zona donde se produjo el secuestro de un anciano, cuya pipa tenía grabadas las letras “JD”.

Conduciendo por la calle Francia, la comisaria avanzó hasta encontrar a los dos patrulleros que mantenían despejado el sector de la calle donde, supuestamente, se habría producido el secuestro. Más allá, en la esquina con Dean Funes, se amontonaban los curiosos. Junto a uno de los autos policiales, la sargento Raula Díaz hablaba con un hombre vestido con ropa de trabajo, tal vez un obrero o un jardinero.

Una vez que encontró un espacio con sombra, Aberanda estacionó su traqueteado Jeep, se bajó y caminó hacia donde la esperaba Raula. Una vez que le compartió las malas noticias provenientes del lavadero de autos, su ayudante le resumió su charla con el único testigo.

Fue entonces cuando la comisaria intentó una última confirmación, buscó en el celular una foto de su amigo Domecq— publicada por Castelar Digital con motivo de un premio a la trayectoria periodística— y se la mostró al jardinero quien, lamentablemente, admitió que podría tratarse de la misma persona cuyo secuestro había presenciado.

A partir de ese momento se disparó el operativo de búsqueda. Mientras la sargento Díaz se ocupaba de las notificaciones burocráticas, la comisaria regresó junto a su caldeado Jeep y se puso a revisar sus últimas comunicaciones con Domecq. Así, encontró el mensaje en el que le solicitaba se ocupase (de manera informal) del caso caratulado: “Dante Pena/ homicidio en ocasión de robo”. «¿Ambas cosas estarán vinculadas?» —masculló preocupada.

De inmediato, a pesar de ser sábado, Aberanda se dirigió hacia la Jefatura Departamental Morón de la Policía Bonaerense. Estacionó en el lugar que tenía reservado en Mitre al 900, ingresó al histórico edificio y subió las escaleras hasta su despacho. Se trataba de una austera oficina con grandes ventanas que dejaban entrar mucha luz natural, cuyas gastadas cortinas plásticas solo se usaban en verano, cuando los rayos del sol resultaban intolerables en un ambiente sin aire acondicionado y con apenas un ventilador de techo.

Al entrar, la comisaria apoyó su bolso sobre el robusto escritorio de madera, se sentó en su cómoda silla ergonómica, encendió su computadora y se conectó a la red informática policial. Mientras el equipo descargaba las actualizaciones, buscó en un cajón la taza de café que llevaba impresa la frase “para mamá” y caminó hasta la máquina expendedora de buen café, reservada para la plana mayor.

Al regresar a ese despacho que mezclaba profesionalismo y calidez femenina, entre sorbo y sorbo, descubrió que los marcos de los cuadros (uno con foto de sus hijos y otro con imagen de la ceremonia de su juramento como comisaria) necesitaban una buena plumereada. Pero esa cosmética debería esperar porque su prioridad era buscar vinculaciones entre la muerte de Dante Pena y la desaparición de su veterano amigo.

«¿Acaso Domecq investigó la muerte de Dante y descubrió algo que desencadenó su secuestro?» —se preguntó alarmada.

9. Viuda

Luego de una calurosa semana de primavera, bajo una llovizna tan esperada como incómoda, al atardecer de aquel siniestro sábado la comisaria se presentó en la casona colonial propiedad del matrimonio Pena. A pesar de los años y la falta de mantenimiento, el antiguo chalet de tejas rojas y sólidas paredes encaladas, hoy descascaradas, se erguía con el orgullo de un histórico pergamino envejecido por el tiempo.

Cuando la robusta puerta de madera con herrajes de hierro forjado se abrió y una figura femenina la invitó a entrar, Aberanda atravesó un descuidado jardín otrora diseñado con esmero.

Magda Vinci, viuda de Dante Pena, una mujer alta y delgada, de ojos tristes y cabello rubio salpicado de prematuras canas, la hizo pasar a una sala de estar, confortable y prolija, que contrastaba con el exterior del edificio, abrumado por el avance inexorable de las plantas trepadoras.

Si bien ya habían hablado por teléfono, la comisaria intentó reconstruir, paso a paso, lo que había sucedido a partir de la trágica muerte de Dante, asesinado por motochorros durante una partida de ajedrez en la Plaza Cumelén.

—Cuando encontré a Domecq en el Club Philidor, le pedí que investigara la muerte de mi esposo. Yo temía que, lejos de ser una consecuencia no querida de un asalto al voleo, hubiera sido un asesinato vinculado a sus trabajos para la DEA.

—¿La agencia *yankee*? —preguntó la mujer policía, arqueando las cejas por la inesperada noticia.

—¡Sí! Preparaba informes sobre vuelos ilegales, pero es lo

único que sé, porque él nunca quiso involucrarme.

—Domecq me pidió que averiguara novedades de la causa judicial del “homicidio en caso de robo”, pero no mencionó a la DEA.

—Creo que dudaba, porque yo no tengo más pruebas que mi palabra —reconoció la viuda.

—Lo que sí comentó fue el hallazgo de unos archivos informáticos...

—Así es. Domecq estuvo acá y le facilité la contraseña para revisar la computadora de mi marido. Había archivos restringidos a los que no pudo acceder, pero encontró una nota de Infobae sobre una masacre en Castelar Sur que ... —estaba explicando Magda cuando Anahí la interrumpió.

—¿Podría pasarme copia? Creo que es algo que sucedió en Libertad y no en Castelar, es decir en La Matanza, no en Morón.

—Si me acompaña se lo copio en un *pendrive*.

Luego se subió por una incómoda escalera de metal, con forma de caracol, las mujeres ingresaron a la bohardilla que Dante usaba como escritorio, donde —sobre una enorme mesa de madera iluminada por un foco de luz que colgaba del techo— estaba la computadora.

Una vez que ambas tomaron asiento frente a la pantalla, Magda ingresó a *Outlook* y juntas revisaron los últimos emails enviados y recibidos por Dante. Tal como había anticipado la viuda, su esposo le había prestado especial interés a un artículo publicado en Infobae, cuyo título era: “Baño de sangre en un búnker de drogas”, que el difunto había bajado de la web y enviado a una tal Lucrecia Monzaga, de “Oeste Profundo”, una radio de Ituzaingó según aclaró la viuda.

Aunque insuficientes, estos datos permitían decidir por dónde empezar. Entonces, tras comprometerse con Magda a mantenerla informada, Aberanda se retiró.

En cuanto subió a su Jeep, se comunicó con Renata para decirle que necesitaba ingresar al dúplex de Domecq para revisar la computadora en busca de alguna pista sobre su desaparición, de la que ya se habían cumplido 9 horas.

En el trayecto desde la casa de Pena, la comisaria se comunicó con su ayudante quien lamentó informarle que no había la más mínima novedad sobre el secuestro. Cuando llegó a Larralde e Italia, la lluvia había cesado, pero el cielo aún encapotado emulaba al anochecer. Ya frente a la puerta de entrada, al ser recibida por Renata, Aberanda no pudo evitar una repentina congoja por el incierto destino de su viejo amigo.

Dado que la contraseña del jubilado era siempre la misma (el nombre de su difunta esposa y el año de casamiento) no tuvo problemas para ingresar a la Pc. En concordancia con los dichos de Magda Vinci, Domecq había estado haciendo búsquedas sobre el “Baño de sangre en un búnker de drogas”, denunciado por Infobae. Pero lo más relevante era que no solo se había comunicado con Lucrecia Monzaga sino que había acordado reunirse con ella en un Bar de Santa Rosa... ¡el día previo al secuestro!

Lamentablemente no había mensajes posteriores. Pero, ese viernes, después de la reunión con Lucrecia, Domecq había estado buscando una dirección en Google: Helvecia y Blasco Ibáñez, en Libertad. «¡El lugar del baño de sangre!» —recordó Aberanda.

Como ya era de noche, decidió posponer para la mañana

siguiente el imprescindible recorrido por esa zona de Libertad. No obstante, llamó a la sargento Díaz, le contó lo que había averiguado y le pidió que enviara una patrulla a husmear por el límite entre Castelar Sur y Libertad. Más concretamente: la esquina de Helvecia y Blasco Ibáñez.

Antes de regresar a su departamento del centro de Morón, Anahí pasó por la casa de su madre para ver a sus hijos y disculparse por haber tenido que abandonar el almuerzo por razones de trabajo. En contra de lo esperado, la siempre comprensiva abuela, esta vez apuntó sus quejas hacia las diabluras de sus nietos, cuya gravedad aumentaba a medida que crecían. Con la excusa de darles un buen reto, Aberanda se dirigió a la habitación de sus hijos pero los encontró profundamente dormidos. Con la puerta entreabierta, apenas iluminados con la pálida luz del pasillo, los vio descansar tranquilos y los imaginó soñando con los angelitos. Dio las gracias por haber podido superar la incertidumbre y el miedo de criarlos sola, tras su divorcio de un marido ausente.

Cuando ya se había despedido de su madre y manejaba hacia su propio departamento, sonó el celular e intuyó más malas noticias.

—¡Comisaria! Encontramos una mujer degollada —dijo Raula Díaz en tono sombrío.

—¿Dónde?

—Bajo el puente de San Pedro y autopista.

—Ya voy para allá. Protegé la escena y llámá a la científica.

¿Algún otro dato?

—Tenemos el cuerpo. Falta la cabeza. La víctima llevaba una remera de “Oeste Profundo”....

—¡Es una radio de Ituzaingó! —la interrumpió para darle una orden—. Mientras yo voy para el puente, tratá de ubicar a la periodista Lucrecia Monzaga, que trabaja en esa radio y es conocida de Domecq.

En un instante, Anahí Aberanda había pasado de madre a comisaria. Ese era su desafío, complementar las diferentes facetas de su vida sin descuidar ninguna.

Lamentando no tener una sirena como los patrulleros, la comisaría aceleró su Jeep por las poceadas y mal iluminadas calles de Morón hasta llegar a la escena del crimen o, al menos, el lugar donde habían dejado el cadáver decapitado. «¿Será la mujer con la que Domecq se reunió antes de desaparecer?» —se preguntó angustiada.

10. Degollada

La comisaria Aberanda lamentaba no haber tenido tiempo para pasar por su casa y arreglarse un poco. Había sido un día agitado, que comenzó temprano en el gimnasio, continuó al mediodía junto a su madre e hijos y, a medianoche, seguía trabajando. A pesar de la hora, el lugar y las circunstancias, quería mostrarse presentable.

Al llegar a Colectora y San Pedro, sintió que ingresaba a la “boca del lobo”. El túnel bajo el puente estaba completamente a oscuras, apenas iluminado por los faros de los dos patrulleros y sus luces giratorias azules. En cuanto descendió del Jeep, Aberanda percibió el cambio de temperatura: la lluvia había traído aire fresco del Sur. Apenas logró avanzar unos pocos metros cuando la sargento Díaz vino a su encuentro. Sin darle un minuto para respirar, la muchacha dijo:

—Comisaria, me comuniqué con “Oeste Profundo” y el dueño de la radio dijo que Lucrecia es una empleada full time, pero que hoy había faltado sin aviso.

—Demasiadas coincidencias —lamentó Aberanda, antes de agregar—. Llamá a la guardia de científica para que prioricen el cotejo de las impresiones digitales de Lucrecia Monzaga con las de este cadáver mutilado.

A pesar de estar prevenida, al ver el cuerpo que yacía sin cabeza, la comisaria tuvo la sensación de estar frente a un nuevo estadio de la maldad. La pobre mujer, aparentemente joven, había sido víctima de un chapucero, como si cercenar el cuello no hubiera sido su idea inicial sino el grotesco resultado de un impulso homicida, que dificultaba cualquier conjetura razonable sobre sus motivos.

Sin ir más lejos, el asesino que degolló a las mujeres narcos en Libertad, había ido preparado para la sangrienta tarea que tenía en mente y, dentro de la brutalidad, había efectuado “cortes limpios”. Nada que ver con este caso, que evidenciaba una incapacidad galopante. «¡Aún para hacer daño, habría que saber cómo hacerlo!» —pensó Aberanda.

Casi una hora después, cuando la policía científica —tras cumplir minuciosamente con su protocolo— se retiró llevándose el cadáver, la comisaria ordenó a su gente que abandonara la escena. Antes de dirigirse a su Jeep, se acercó a la sargento Díaz para darle instrucciones:

—Mañana a primera hora quiero reunirme con el dueño de esa radio del Oeste...

—¡Pero es domingo! —la interrumpió Raula.

—¡Ya lo sé! —respondió tajante y, tras un suspiro de resignación, agregó—. Pero esta noche, antes de ir al boliche, vas a buscar por cielo y tierra a ese tipo y vas a apretarlo hasta que te diga dónde tengo que ir para verlo mañana, domingo, a las 9 de la mañana. ¿Está claro? —concluyó perforándola con la mirada.

—¡Sí, comisaria! —respondió con máximo respeto y algo de temor, porque pocas cosas la preocupan tanto como los ataques de furia de su jefa.

—Otro tema. Yo voy a pedir un relevamiento informático de los dispositivos de monitoreo policiales, municipales y vecinales registrados en los partidos de Morón y Hurlingham, pero también debemos buscar en las cientos de cámaras de comercios y casas particulares, que no están registradas y la policía no controla. Por lo

tanto, mañana temprano, quiero que nuestro equipo releve todas las cámaras de seguridad de esa zona. Alguna debe haber captado algo. No es tan sencillo detenerse debajo del puente, tirar un cadáver y desaparecer sin ser visto por “el gran hermano”.

Casi en posición de firme, y en tono solemne, la sargento respondió:

—¡Sí, comisaria!

Ese domingo a la mañana, cuando sonó el despertador, Anahí Aberanda maldijo tener que sacrificar el día más sagrado de la semana para afrontar las responsabilidades propias de su cargo. En vez de disfrutar de un día libre en compañía de sus hijos, tenía que ir a trabajar. Además, en lugar del desayuno dominguero, con tostadas caseras y un jugo de naranja recién exprimido, tuvo que conformarse con un café solo y a las apuradas, para llegar a tiempo a la radio de Ituzaingó.

En el corazón de Villa Ariza, cerca de las “5 esquinas”, donde las calles cuentan historias de generaciones y los jardines floridos reflejan el alma de sus habitantes, se erige una radio barrial. Es un rincón mágico y modesto. Su fachada, cubierta de coloridos murales, es un reflejo de la comunidad a la que sirve.

Casi a las 9 en punto, al cruzar el umbral de la pequeña entrada, Aberanda fue recibida por el dueño de la emisora en un amplio ambiente multiuso, sencillo pero acogedor. Tras el vidrio que aislaba al estudio propiamente dicho, se distinguían los viejos micrófonos, dispuestos en torno a una mesa desgastada por el uso y el tiempo.

Bernardo Nuñez, un sesentón de pelo gris demasiado largo,

con pinta de intelectual, vestido con pantalón de jean y una desteñida remera de Heavy Metal, le ofreció asiento en una de las sillas separadas por una mesa ratona y rodeadas de afiches y fotos de eventos artísticos y musicales.

Con tono atento y servicial le ofreció un café pero, en contra de lo esperado, la comisaria lo rechazó y comenzó una conversación con tinte de interrogatorio:

—¿Acá trabaja Lucrecia Monzaga? —preguntó en tono neutro.

—Sí, señora...

—Comisaria —lo interrumpió ella.

—Sí, señora comisaria.

—¿Desde cuándo trabaja acá?

—Hace casi un año. Empezó de telefonista y como tiene buena voz también me ayuda como locutora. Con el tiempo hizo cursos y pasó a tareas de secretaria y periodista

—¿Ayer faltó sin aviso?

—Sí.

—¿Usted la llamó? —quiso saber ella.

—Por supuesto, comisaria. Primero al celular y después al fijo. Lo hice ayer y volví a hacerlo hace un rato.

—¿A qué atribuye el faltazo de ayer?

—No sé. Nunca había faltado sin avisar.

—¿Lucrecia tiene familiares?

—Dijo no tener padres ni familiares cercanos.

—¿Pareja, novio, amigas? —insistió Aberanda

—Tampoco. Hace unos días la vinieron a buscar. Primero en moto y después en auto. Creo que era el mismo hombre, pero

Lucrecia no se había arreglado como para una cita. Yo pensé que sería un hermano pero ella había dicho que era hija única.

—¿Cómo es su relación con Lucrecia?

—Normal, de jefe a empleada, aunque en esta Pyme somos cuatro locos y el trato es casi familiar.

—¿Lucrecia tiene alguna adicción?

— ¡No! Nada de drogas y casi nada de alcohol. Su único hobby son las apuestas.

—¿Es ludópata? —se interesó la comisaria.

—¡Noo! Un par de veces pidió adelanto de sueldo para cubrir esos gastos, pero nada más. Nada serio.

—Señor Nuñez, como la sargenta Díaz ya lo tiene agendado en sus contactos, le solicito que le avise cualquier novedad. Pero, debe hacerlo de inmediato. ¿Entendió? —concluyó la comisaria mirándolo fijamente y subrayando cada sílaba, como para que le quedara grabada la importancia del asunto.

Casi al mismo tiempo, Raula Díaz y dos de sus agentes, estacionaron en la colector, cerca de la esquina con San Pedro, y descendieron para recorrer la zona en busca de cámaras de vigilancia que pudieran aportar alguna pista.

11. Cámaras

Esa primavera mañana de domingo, frente al puente de San Pedro, la sargento Raula Díaz conformó dos grupos: mientras ella y uno de los agentes buscarían cámaras de vigilancia que cubrieran la salida del túnel hacía Morón, los otros dos harían lo mismo pero en el acceso al paso bajo la autopista, desde Hurlingham.

A continuación, con un tono de voz suave pero firme, los arengó:

—Sé bien que hoy es domingo y todos tenemos mejores cosas para hacer, pero somos policías y la justicia depende de las imágenes que podamos encontrar —comenzó, acompañada por un inocultable murmullo de disconformidad—. En principio, debemos detectar las cámaras que apunten a la entrada o salida del puente y hayan estado grabando ayer de 20 a 23 horas. Si alguien les niega el acceso, tómense los datos para pedir la orden judicial. Pero recuerden que lo fundamental es que nadie borre esas imágenes antes de que podamos revisarlas.

Al ingresar al maloliente túnel de la calle San Pedro, los policías afrontaron el brusco contraste entre la penumbra interior y la radiante luz exterior. Tras un instante de adaptación, gracias a los rayos del sol que iluminaban las fachadas orientadas al Norte, Raula Díaz pudo distinguir lo que parecía ser una cámara de vigilancia, colocada en el frente de un comercio. Como se trataba de una gomería que estaba abierta las 24 horas de los 7 días de la semana, los policías se acercaron hasta el playón de cemento donde un jovencito controlaba el aire de un neumático.

Desafortunadamente, la respuesta bien estudiada fue que las

cámaras no funcionaban, excusa muy común para evitar involucrarse en un caso policial, especialmente cuando se tiene algo que ocultar, como la reventa de gomas de dudoso origen, o algo peor.

Sin darse por vencida, Raula le pidió al empleado que llamara al dueño del local y le avisara que iban a clausurar el negocio hasta que la AFIP hiciera un inventario y revisara la documentación de compra de cada neumático y llanta. Poco después, cuando los policías ya se estaban retirando, reapareció el empleado para informar que el dueño ponía el sistema de vigilancia a su disposición para que verificaran si había funcionado o no, durante el período de tiempo que les interesaba.

Sin darle tiempo a arrepentirse, Raula Díaz volvió sobre sus pasos y acompañó al empleado hasta el monitor que reproducía las imágenes grabadas. Estaba instalado en un rincón del local, separado por unos tabiques tapizados con viejos almanaques, mostrando fotos de chicas ligeras de ropa.

Luego de un buen rato, los policías confirmaron que solo funcionaba una de las dos cámaras y era la que enfocaba hacia el interior del local y no hacia la salida del puente de San Pedro, que era lo que buscaban.

Cuando todavía no había digerido la mala noticia, Raula recibió un llamado de los agentes que cubrían la entrada al puente, desde Hurlingham: habían encontrado un kiosko, que también permanecía abierto las 24 horas, y ofrecía copia de sus grabaciones. Pero todavía no podían festejar porque las imágenes de los vehículos entrando al puente solo podrían ser de utilidad si también tenían imágenes de la salida, por la otra punta del túnel, para así intentar descubrir si se

demoró el tiempo suficiente como para parar, descargar el cadáver y retomar la marcha.

Al reiniciar la búsqueda sobre la colectora del lado de Castelar, detectaron otras dos cámaras de vigilancia. Una de ellas estaba en un taller mecánico que ofrecía servicio de grúas las 24 horas.

—Buen día, ¿usted es el dueño? —preguntó la sargento.

—¿Yo? ¡No! ¡Ni ahí, doña! —respondió el muchachito, sorprendido. Y, con una sonrisa pícara, agregó—. El trompa está mateando en el escritorio.

—Permiso. Buen día —dijo Raula.

—¿Qué desea? —preguntó desconfiado.

—Necesitamos ver las grabaciones de las cámaras.

—¡Son privadas!—argumentó.

—¡Por supuesto! Por eso le estamos pidiendo permiso —respondió y, sin darle tiempo, se dirigió a su colega—. Agente Gauna revise las grabaciones.

—¡Nooo! —se opuso el dueño con firmeza.

—¿Cuál es el problema? —lo encaró la sargento, poniéndole un dedo en el pecho

—Disculpe —reaccionó con un tono de voz más respetuoso—. ¿Qué día quiere ver?

—Anoche de 20 a 23.

—Si le parece bien, yo la busco, la copio y se la mando a su oficina —propuso.

—Gracias, pero preferimos hacerlo ahora, a la vista de todos, garantizando la integridad y confiabilidad de los videos.

—Lo único que les pido es privacidad sobre lo grabado

después de medianoche, porque vino mi novia y...

—¿Ella no sabe que la grabó? —preguntó la sargento sin esperar respuesta.

Finalmente, al revisar las imágenes, los policías se desilusionaron. Una de las cámaras apuntaba al interior del taller y la otra apenas cubría hasta la vereda. Nada sobre los vehículos que pasaban por la calle.

A continuación, tras abandonar ese local, la pareja de policías se detuvo en un dúplex vecino cuyas cámaras de seguridad enfocaban hacia la salida del puente de San Pedro. Raula tocó timbre en el departamento de la planta baja y, en cuanto la dueña entreabrió la puerta, señalando la cámara, le preguntó si había estado encendida la noche anterior. A media voz, como si compartiera un secreto, la cordial anciana respondió que solo era una carcasa “espanta giles”, completamente vacía, sin elementos para captar imágenes.

Con las manos vacías, la joven sargento se retiró y repitió la pregunta a los dueños de la planta alta. En este caso, un señor de mediana edad respondió que el manejo y control de las cámaras era un servicio que le proporcionaba la empresa “Tusegur” y debían comunicarse con ellos. De inmediato, Raula Díaz llamó a la empresa, se presentó e hizo el pedido. Muy amablemente, le respondieron que era domingo y el pedido debían efectuarlo el lunes, acompañando la orden judicial.

Dado que no encontraron más cámaras en la zona, la sargento consultó a su jefa quien decidió dar por terminada la búsqueda dominical y esperar las imágenes que proporcionaría “Tusegur”.

El lunes bien temprano, recordando que llevaba una pollera

cortona, la comisaria Aberanda prefirió tomar el ascensor y dejar con las ganas a los mirones que esperaban que subiera por la escalera para admirar esas atractivas piernas generalmente ocultas bajo los pantalones del uniforme.

Ya en su despacho, después de un fin de semana atípico, donde el almuerzo del sábado con sus hijos había sido interrumpido por cuestiones de trabajo, y el domingo a la tarde apenas había tenido tiempo para llevarlos a saborear un chocolate con churros, ahora tenía que enfrentarse con las miradas de reproche de sus subordinados molestos por haber trabajado el domingo.

12. SUV negra

A las 8:30 am de ese lunes, la comisaria ingresó al austero sector de oficinas asignado a sus colaboradores y comprobó con satisfacción que todos se le habían adelantado y estaban en sus asientos. Raula Díaz ya había reiniciado la conexión a la red policial y consultaba las novedades, mientras que los otros todavía trataban de poner orden en sus escritorios que, en conjunto, recordaban el caos de una habitación adolescente.

De inmediato, Aberanda los convocó a una reunión en su despacho. En cuanto estuvieron todos, antes de informarles el plan de acción, comenzó agradeciéndoles el esfuerzo que estaban realizando.

—¡Buen día para todos! Lamento que hayan tenido que trabajar durante el fin de semana, pero este trabajo es así. Ahora, quiero recordarles que lo primordial es encontrar testigos o grabaciones del vehículo utilizado para dejar el cadáver debajo del puente de San Pedro. Hoy tenemos que recibir los informes de las cámaras de monitoreo policiales y municipales. Además, ya le pedí al fiscal una orden para que “Tusegur” nos pase copia de lo grabado por las cámaras del duplex sobre colectora. Pero lo más importante serán las pericias para confirmar o descartar que el cuerpo decapitado corresponde a la periodista de “Oeste Profundo”. Tampoco debemos olvidar que la madre de todas las batallas es encontrar al señor Domecq, secuestrado el viernes en Castelar. Por lo tanto, a partir de este momento, mientras ustedes avanzan en el relevamiento de las imágenes, la sargento Díaz y yo priorizaremos la búsqueda de este pobre hombre. Si Dios quiere, tarde o temprano, las dos investigaciones tendrían que converger, esperemos que con éxito.

Una vez que los agentes se retiraron de su despacho, Aberanda le pidió a Raula que se comunicara con el testigo del supuesto secuestro en la calle Francia. Una vez que lo ubicó, le solicitó que permaneciera en el lugar, porque ya salían hacia allí.

Julián acababa de podar un enorme álamo ubicado sobre la avenida Sarmiento y, mientras esperaba al patrullero, aprovechó para amontonar las ramas caídas. En eso estaba cuando las policías se le acercaron. Tras sacarse los guantes, el jardinero estrechó la mano de ambas, quienes lo tomaron con naturalidad aunque no era habitual. A primera vista se trataba de un joven locuaz, con mirada franca y un tono de voz que generaba confianza.

En esta oportunidad fue la jefa quien llevó la voz cantante y lo hizo desde una postura fría, casi antipática, dejando para la dulce y componedora Raula, el rol de policía buena y razonable.

—Estoy muy preocupada, Julián —comenzó Aberanda, llamándolo por su nombre—. Tengo un amigo cuyas iniciales son “JD”, ronda los ochenta, fuma en pipa y no puedo ubicarlo. Por el otro lado, usted denunció un secuestro y el simultáneo hallazgo de una pipa con esas mismas letras, pero no hay otro testigo y su declaración deja mucho que desear.

—¿Mi declaración? ¡Yo a esta agente le conté...! —reaccionó el joven señalando a Raula, pero fue interrumpido por la comisaria.

—¡Sargento, Julián, sargento! —dijo en tono severo—. Mi colega no es una agente sino que ha logrado ascender a sargento en un medio hostil, manejado por hombres, y merece ser respetada por su cargo.

—¡Perdón, no entiendo de jinetas! No hice la colimba —intentó justificarse.

—Está bien, Julián. Vamos de nuevo. ¿Dónde estaba usted cuando empezó todo? —preguntó la comisaria, bajando un cambio.

—Estaba trabajando en el jardín de una casa en la calle Francia, entre Lincoln y Dean Funes, y escuché una frenada. Levanté la vista y vi la parte trasera de una camioneta negra, tipo SUV, que se detuvo de golpe y bajaron dos encapuchados que agarraron a un viejo que caminaba por la vereda. El más grande le dio una piña en la barriga y lo dobló al medio.

—¿Qué quiere decir con “el más grande”? ¿Uno era grande y el otro normal? ¿Uno era normal y el otro pequeño? ¿O eran dos grandotes pero uno lo era más que el otro? —preguntó la comisaria, mirándolo con firmeza.

—El grandote debería medir más de 1,80 y pesar más de 100 kilos. El otro era mediano.

—A qué llama usted mediano?

—No sé, como yo.

—Muy bien, siga por favor, descríbanos al supuesto secuestrado —pidió Aberanda, aunque estaba dispuesta a interrumpirlo tantas veces como fuera necesario.

—Era un viejito flaco y canoso, con anteojos gruesos que intentaba defenderse a los manotazos.

—¿Cómo estaba vestido?

—Con una campera marrón, jeans y zapatillas...

—¿La chaqueta pudo ser del tipo gamuza o cabra antilopada?

—¡Sí, sí! No era ni polar, ni lana, ni nylon.

—¿Podía ser esta persona?—preguntó Aberanda sacando su celular y mostrándole la foto de Domecq.

—¡Sí comisaria, es él! ¡Es el viejo que se llevaron en la SUV.

Durante un instante, las mujeres policías se miraron sin reaccionar ante lo que era una buena y una muy mala noticia. Habían confirmado la identidad de la víctima pero, lamentablemente, se trataba del amigo de Aberanda.

—Mire Julián, a partir de este momento usted se ha convertido en testigo de un secuestro y como tal deberá declarar en sede judicial. No obstante, como hay una vida en juego, tiene la obligación moral de ayudarnos a encontrar al señor Domecq. Ese es el apellido de la persona que se llevaron frente a sus ojos —comenzó la comisaria en un tono amigable, que intentaba transmitir confianza y cercanía—. Ahora concéntrese en la camioneta negra y cuéntenos hasta el más mínimo detalles.

—Era de esas camionetas tipo SUV, negra, con vidrios polarizados.

—¿Pudo ver la patente?

—¡No! Pero quizás la policía revisó la camarita del profesor “Neurus”.

—¿Quién es ese profesor? —reaccionó interesada Aberanda.

—Los chicos lo llaman así, como el personaje de Anteojitos, porque inventa cosas. Es un ingeniero que desarrolló una cámara con ojo de halcón que se hizo famosa en el barrio cuando buscaban a un gatito perdido y gracias a ese aparato lo encontraron acurrucado arriba de un poste de luz. Dicen que filma 360 grados.

—¿Dónde vive ese ingeniero?

—¡Justo en la esquina de Dean Funes y Francia!

—Mire Julián, voy a necesitar que me acompañe a casa del ingeniero.

—Mmm.... Deme un segundo que le aviso a mi compañero...

Sin responder, la comisaria subió al patrullero, mientras la sargento —tras dejar abierta la puerta trasera— se sentó al volante, encendió el motor y, en punto muerto, comenzó a acelerar en vacío, para apurar al jardinero con el ronquido del motor. En cuanto Julián subió, Raula Díaz condujo rápidamente hasta la dirección que él había mencionado.

Se trataba de una casa americana, típica de la década del 50, un cajoncito sin gracia y con sucesivas modificaciones que la habían empeorado estéticamente. En cuanto Julián tocó timbre, acompañado por varios gatos, apareció “el genio”. De edad indefinida, calvo pero con melena gris en la nuca, cejas gruesas muy negras y barba blanca, abrazó paternalmente al joven, quien le explicó la razón de la presencia policial.

Contento de sentirse útil, los hizo entrar a un atiborrado garaje, lleno de cables, pantallas y monitores, impregnado por un inconfundible olor a gatos. De pie, al igual que los visitantes, el ingeniero encendió un viejo televisor, conectado a la cámara de vigilancia que había inventado. Una vez que le indicaron fecha y hora aproximada, la pantalla de la vieja tv comenzó a mostrar imágenes borrosas que, sin embargo, permitieron detectar al mencionado SUV negro. Cuando ya desconfiaban de la utilidad de esas imágenes de tan baja calidad, el dueño de casa —mediante una rara interconexión entre aparatos supuestamente incompatibles— copió las imágenes en

un dispositivo y lo conectó a una Pc. Entonces sí, en el monitor LED pudieron ver la SUV con lujo de detalles, empezando por su patente.

Sin poder disimular la importancia del hallazgo, la comisaria felicitó al genio y le pidió copia en un *pendrive*. De inmediato, a toda marcha, las mujeres policías se dirigieron a la departamental Morón para iniciar la cacería de la SUV donde se habían llevado a Domecq.

13. AG714RA

Ya en la Departamental, la comisaria se acercó a su equipo de trabajo con la esperanza de escuchar algún hallazgo. Sin embargo, todos permanecieron con sus miradas clavadas en los monitores, tratando de evitar a su jefa, en un claro mensaje de que no tenían nada nuevo para aportar. Fue entonces cuando ella cambió las prioridades: «¡Vamos a buscar una SUV negra que, al momento del secuestro de Domecq, llevaba la patente AG714RA».

A partir de ese momento, todos se abocaron con ahínco a cumplir la orden. El primero que se puso de pie y se acercó, sin demasiada convicción, fue el agente Lucio Goyena.

—Creo que encontré algo...

—Venga, por favor —lo interrumpió Aberanda al tiempo que le hacía una seña para que la acompañara a su despacho.

—Lo escucho —dijo, cuando ya estaban sentados frente a frente.

—Necesitaría saber si esa cámara halcón captó las patentes delanteras y traseras del SUV.

—No, solo vimos la chapa delantera. ¿Por qué pregunta?

—Porque una cámara de vigilancia, sobre la colectora, en Hurlingham, muestra una SUV negra, sin patente en la parte de atrás, ingresando al puente de calle San Pedro hacia Castelar.

—¿El día y horario que apareció la degollada?

—¡Si, comisaria!

De inmediato, compartió la novedad con el resto de sus subordinados.

—Acabamos de descubrir que una SUV negra, como la que

intervino en el secuestro de Domecq, sin patente trasera, pasó por el puente San Pedro en un horario compatible con la aparición del cuerpo degollado. No quiero adelantar presunciones pero espero que sus cabecitas encuentren los eslabones que unen ambos casos. Ahora, vamos a hacer un alto, porque Raula nos trajo empanadas, así después retomaremos con más energías

A partir de ese momento, la comisaria se encerró en su despacho, sacó el termo con el café casero que tanto le gustaba, se sirvió en una taza que decía “Para mamá” y dejó volar su imaginación: «Domecq fue secuestrado en una SUV y, posiblemente, también en una SUV trasladaron el cadáver de una mujer vestida con una remera de “Oeste profundo”. Además, Domecq se había reunido con Lucrecia que trabajaba en esa radio. ¡Son muchas casualidades!» —pensó.

De pronto, llevada por la ansiedad, Aberanda interrumpió sus elucubraciones y llamó al jefe de la Policía Científica.

—Hola Gustavo, necesito saber si la degollada es o no Lucrecia Monzaga. ¿Un par de horas? Al menos adelantame algunos datos del cuerpo: estatura, peso, lesiones en la piel, tatuajes. ¿Cómo? Bueno, voy a intentar con eso.

Inmediatamente, la comisaria llamó al dueño de la radio y le preguntó a boca de jarro: —¿Lucrecia tenía un tatuaje en el brazo? ¿Sí, en cuál? En el derecho ¿Y de qué se trataba? Un corazón con iniciales. Supongo que la primera sería una L ¿y la otra? ¡Una P de perro! Repitió antes de pedirle la dirección de Lucrecia, agradecer y cortar.

Satisfecha, la comisaria abrió la puerta de su despacho, se asomó hacia la oficina donde trabajaban sus colaboradores y les

anunció:

—El cadáver degollado tiene el mismo tatuaje que tenía Lucrecia: un corazón con las letras “L y P”. ¡Lo identificamos, carajo! Después de leves aplausos y algún silbido fuera de lugar, agregó:

—Ahora tenemos que relacionar este asesinato con la desaparición de Domecq, quien había consultado a Lucrecia por la muerte de Dante Pena. Por eso, ya salgo hacia el domicilio que ella había registrado en la radio donde trabajaba.

De nuevo a bordo del patrullero, las dos mujeres policías se dirigieron a Castelar Sur. Al llegar frente al parque Gorki estacionaron en Bufano casi Saladillo y caminaron hasta el domicilio declarado por Lucrecia. Se trataba de una típica casa chorizo con un frente encalado y un jardín humilde pero cuidado. La antigua construcción era alargada, compuesta por una sucesión de habitaciones que ventilaban hacia un patio común, apenas protegido por una galería de chapas de zinc.

Como no había timbre, la comisaria golpeó las manos hasta que, acompañada por los histéricos ladridos de un caniche, salió una mujer mayor, encorvada, de cabello gris corto, vestida de negro y con un gastado delantal que supo ser floreado. Como la mujer no escuchaba del todo bien, fue necesario hablarle fuerte y despacio, marcando las sílabas mientras ella prestaba atención a los labios. Lo cierto era que Lucrecia vivía ahí desde hacía más de un año y alquilaba «una pieza amplia, con kichnet y baño privado completo pero sin bañadera», según palabras de la propietaria, quien definió a su inquilina como «una mujer correcta, trabajadora, limpia y puntual en el pago del alquiler». Viajaba seguido, nunca había traído hombres a la

casa y solía colaborar en el mantenimiento del jardín. Además, confirmó que «el sábado a la mañana salió a trabajar pero no volvió».

Una vez que entró en confianza, Aberanda le informó que habían encontrado el cadáver de una mujer vestida con una remera de “Oeste profundo” y un tatuaje en el brazo, que bien podría ser Lucrecia, por lo tanto necesitaban buscar sus documentos en la habitación que alquilaba. Luego de llevarse las manos al pecho, al borde del soponcio, la anciana se sentó e hizo un gesto con la mano, como diciendo: «pase nomás».

Ya dentro del monoambiente alquilado por Lucrecia, las policías pudieron comprobar que se trataba de una mujer prolija y ordenada, a quien le gustaban las fotos en blanco y negro de artistas y cantantes famosos de la década del noventa. Eso sí, en el placard había poca ropa, como si nunca hubiera terminado de mudarse.

Durante la búsqueda no encontraron ningún celular pero sí una tablet que se llevaron para hacerla revisar por la Policía Científica. El hallazgo más llamativo estaba en el primer cajón de único mueble existente, es decir para nada escondido. Se trataba de una bolsa de nylon con cuarenta billetes de mil, pero lejos de parecer retirados de un banco, estaban llamativamente arrugados y ajados, como los que suelen circular en el narco menudeo. Sin embargo, no encontraron rastros de drogas, solo libros, revistas y recortes de diarios, como así también antiguos cassetes y Dvds, más los respectivos equipos para reproducirlos, típico de una locutora y periodista radial.

Al salir, luego de comprobar que la dueña de casa ya estaba recompuesta, Aberanda retomó la conversación:

—¿Tenía algún vehículo?

—No. Solía llamar un UBER.

—Usted me dijo que Lucrecia no traía hombres a la casa, ¿tampoco tenía amigas?

—Al menos no la visitaban. Era una mujer reservada, trabajaba muchas horas, inclusive los sábados y viajaba por trabajo.

—¿Hay algo inusual que haya ocurrido en los últimos días?

—No sé..., hace unos días pasó un hombre a buscarla, debía conocerla pero no fue nada afectuoso. Vino en moto, sin sacarse el casco tocó bocina, ella salió, ni se saludaron, Lucrecia se puso el otro casco, subió atrás y se fueron. Yo pensé en un compañero de trabajo.

—¿Qué más recuerda de ese hombre?

—Era alto y corpulento.

—¿Y la moto...?

—Creo que era negra.

—¿Algo más?

—No comisaria, no me acuerdo nada más, es que con los arbustos del jardín apenas veo la calle, se justificó.

Al escuchar la palabra moto, como un *déjà vu*, la comisario había recordado a los motochorros que asesinaron a Dante Pena, en la plaza Cumelén, cuando jugaba al ajedrez con Domecq. Pero, lamentablemente, la anciana no podía aportar ningún dato útil.

Durante el regreso a la Departamental, mientras la sargento conducía el patrullero, Aberanda llamó al dueño de la radio y le preguntó si a Lucrecia le pagaban en efectivo.

—¡No comisaria! Le depositamos en la cuenta sueldo del banco que ella eligió —respondió el empresario.

Fue entonces que Anahí miró a Raula y le preguntó, ¿si no le

depositan en efectivo, de dónde sacó Lucrecia esos sospechosos cuarenta billetes de mil pesos?

14. SICARIO

Presionado por la reacción policial tras encontrar el cadáver degollado abandonado bajo el puente de la calle San Pedro, el sicario decidió destruir la SUV y las posibles pistas que pudiera guardar ese vehículo. A tal efecto, aquel mismo lunes de primavera, cuando el sol languidecía en el ocaso, abandonó el escondite y subió a la autopista rumbo a Luján. Al llegar al cruce con el camino del Buen Ayre, tomó hacia Mariano Acosta por la “ruta fantasma”, esa nueva calzada sin banquetas, caracterizada por la total falta de iluminación, la nula seguridad vial y la ausencia de controles policiales.

Unos kilómetros más adelante, ya en plena oscuridad, detuvo la camioneta, descargó la moto que llevaba en la parte trasera, la alejó y regresó a completar su faena. Arrancó la chapa patente delantera, la trasera la había perdido sin saber dónde, bajó dos bidones de nafta y comenzó a rociar la SUV. De inmediato, el fuerte olor penetró por su nariz provocándole una arcada seguida de un acceso de tos. No obstante, logró volcar los dos bidones, uno en el exterior y otro en el interior, empapando especialmente la parte donde habían yacido, primero Domecq y luego el cadáver decapitado de Lucrecia.

Satisfecho, buscó el encendedor descartable, lo arrojó encendido y salió corriendo hacia donde estaba la moto. Tras mirar una vez más cómo las llamas envolvían la camioneta robada, que ya despedía un humo gris y acre, volvió a Castelar con la tranquilidad de haber eliminado la prueba que más lo incriminaba.

15. Incendio

Después de un lunes tan ajetreado, Aberanda necesitaba descansar sin interrupciones, sin llamados que la sobresaltaran en medio de la noche. Tiempo atrás, cuando sus hijos eran más chicos, temía despertar alarmada por algún síntoma de enfermedad, pero las últimas alertas nocturnas se habían relacionado con sus obligaciones profesionales.

Desafortunadamente, ese mal presagio se cumplió. Bien pasada la medianoche, la sorprendió el llamado de la sargento Raula Díaz.

—Disculpe comisaria —comenzó a media voz, temiendo la reacción de su jefa—. Cumpló en notificarle que el 911 recibió la denuncia de una camioneta SUV negra incendiada, sin patentes, como la que estamos buscando. Pero está fuera de nuestra jurisdicción.

—¿Dónde está?

—En la continuación del camino del Buen Ayre, junto a la autopista Perón, en el límite entre Merlo y La Matanza, pero cerca de Morón.

—Pasame a buscar. ¡Ya!

A los apurones, Anahí entró al baño y se miró en el espejo. La abrupta interrupción del sueño le había hinchado los ojos, haciéndola parecer mucho más vieja de lo que era. Maldijo el madrugón y su profesión de policía. Era injusto tener que salir así, con la cara lavada, con esas flamantes ojeras que en un instante habían puesto en evidencia lo que ella tanto intentaba disimular. Priorizó su higiene bucal, pero antes de completarla el patrullero llegó a buscarla.

Cuando el cielo empezaba a iluminarse con las primeras luces del amanecer, casi sin saludar, la comisaria le preguntó a su asistente:

—¿Qué recordás de las imágenes del SUV que nos mostró el ingeniero de Dean Funes?

—El número de la patente.

—Bien. ¿Y qué más?

—Era una SUV negra con vidrios polarizados...

—¿Te acordás de algo especial, algún daño?

—No, comisaria, pero en la oficina tengo el USB.

—¡No es lo mismo! Aunque las computadoras nos permitan guardar la información relevante, necesitamos entrenar nuestra vista para prestar atención a los detalles. Como policías, no podemos pasar por alto las nimiedades. Por ejemplo, esa imagen del SUV mostraba un daño en la parte inferior de la trompa, del lado del conductor. Por lo tanto, aunque el vehículo que buscamos esté quemado, podríamos confirmarlo o descartarlo por ese detalle.

Cuando llegaron junto a los restos humeantes de la camioneta, totalmente destruida por el fuego, como no era el tipo de caso al que la policía le otorga prioridad, sólo encontraron a los bomberos voluntarios de la Matanza, que terminaban de combatir el siniestro.

En cuanto bajaron del patrullero, luego de presentarse, las mujeres se acercaron al vehículo carbonizado y fotografiaron la parte izquierda de la trompa, que ostentaba la abolladura que recordaba la comisaria.

Luego de solicitarle al jefe de bomberos que le enviara copia del acta, con los números de motor y chasis, Aberanda y Díaz se retiraron.

Aún era de madrugada cuando las mujeres ingresaron al primer bar que encontraron abierto en Morón. Durante el desayuno, con reconfortantes cafés dobles, acompañados por medialunas recién

horneadas, la comisaria aprovechó para pensar en voz alta.

—Gracias al bollo en la trompa, sabemos que ésta era la camioneta usada para secuestrar a Domecq, pero todavía no podemos relacionarla con Lucrecia.

—Voy a revisar las imágenes del puente de San Pedro captadas desde Hurlingham, para buscar abolladuras o elementos que nos permitan relacionarla con la que vimos incendiada —dijo la sargento.

—Me parece bien...—había comenzado Aberanda cuando, al mirar un mensaje llegado a su celular, cambió de tema—. La “científica” confirma que el cadáver decapitado es el de Lucrecia.

—¡Qué colegas madrugadores! —intervino Raula y agregó—. En realidad ratifican lo que ya suponíamos por el tatuaje.

Reconfortadas por el desayuno, las mujeres policías ingresaron a la Departamental Morón. Ya en su despacho, luego de encender su computadora, la comisaria recibió un correo electrónico de los bomberos de la Matanza. Además de informar los números de motor y chasis del vehículo incendiado intencionalmente con nafta, notificaba que las pruebas con Luminol mostraban un enorme charco de sangre en la parte trasera.

—¡Bingo, Raula! Es la misma SUV que transportó a la degollada.

Sin embargo, esa no era la única novedad. La patente delantera captada por la cámara en Dean Funes, correspondía a una SUV robada en Ituzaingó, durante la madrugada del sábado que secuestraron a Domecq.

Un rato después, cuando comenzaron a llegar los miembros de

su equipo, Aberanda les ordenó revisar las cámaras de Ituzaingó para buscar imágenes del robo de la SUV.

El resto de la mañana transcurrió sin novedades, hasta que uno de los agentes encontró la escena soñada: dos motochorros atacaban a un hombre joven que sacaba la camioneta de su garaje. Mientras el conductor de la moto se mantenía atento, su acompañante, encapuchado, violento y de gran porte, encañonaba al pobre vecino, lo desmayaba de un culatazo, le sacaba las llaves y huía con la SUV, precedida por la moto.

Luego de repasar las imágenes, Aberanda, comenzó a atar cabos, comparando las imágenes de cuatro escenas que suponía protagonizadas por los mismos actores. Al cabo de un rato llegó a una conclusión.

—¡Creo que cerré el círculo! —exclamó la comisaria ante la sorprendida sargento que abría exageradamente sus hermosos ojos—. ¡Prestá atención porque todo parece estar relacionado! Motochorros matan a Dante en Cumelén, luego roban una SUV y secuestran a Domecq, testigo del asesinato de Dante. Por alguna razón matan a Lucrecia y, tras descargar el cuerpo decapitado, llevan la SUV a la ruta fantasma y la queman. Como Pena, Domecq y Lucrecia intercambiaban información sobre las mujeres degolladas en Libertad, creo que ese es la razón de sus muertes. Por desgracia, no sabemos dónde está Domecq, ni tenemos idea de por qué degollaron a Lucrecia. ¿Sabría demasiado o sería uno de los atacantes, o ambas cosas?

Después de un instante de reflexión, Aberanda levantó el teléfono fijo y llamó a su colega de la policía científica.

—Por favor, estimá la altura y peso de Lucrecia, la degollada. ¿1,68 y 65 kilos? ¡Gracias, sos un amor! —se le escapó en medio de la euforia al ver que la talla se aproximaba a la estimada por el jardinero testigo del secuestro de Domecq.

—Como estás cariñosa te doy algo de yapa: en las uñas de Lucrecia hay restos de piel, posiblemente como consecuencia de una pelea, y la estamos investigando—agregó el colega.

Conteniendo la euforia triunfalista, la comisaria se asomó a la puerta de su despacho y, en voz neutra, informó:

—¡Atención! Es muy probable que Lucrecia, la decapitada, fuera uno de los encapuchados que secuestró a Domecq.

16. Tiroteo

Para cuando el laboratorio de informática envió el contenido de la tablet que perteneciera a Lucrecia, ya era media mañana. A falta del termo con el café preparado en casa, la comisaria tuvo que conformarse con el de la máquina dispenser. Lo bebió de un sorbo y en la boca le quedó un sabor aguado, ambiguo y dulzón.

Ya dispuesta a inmiscuirse en la vida de esa desdichada mujer decapitada, casi de su misma edad, empezó a revisar los mensajes de la difunta. Con su olfato policial, accedió a Facebook y otras similares, donde encontró notas relacionadas con escándalos mediáticos que ventilaba en su programa radial. Pero lo que más abundaban eran sitios de apuestas, de todo tipo y color. Luego de una ojeada, Aberanda comenzó a pensar que la información relevante podría estar en el teléfono celular que nunca habían encontrado.

Sin embargo, al revisar los correos recibidos, encontró el email de Dante Pena preguntándole cuál era la fuente de un comentario radial sobre “un baño de sangre en Castelar Sur”. De similar tenor era un correo de Domecq quien, además, le solicitaba una reunión. Pero lo que más le llamó la atención fueron los mensajes intercambiados con alguien que utilizaba una dirección de correo electrónico radicada en Paraguay: paco@hotmail.py, en los que se hablaba de una “tarea” por cuarenta mil pesos. «¿Serán los cuarenta billetes de mil que encontramos en casa de Lucrecia?» —se preguntó la comisaria—. «¿El paraguayo la habrá contratado y le pagó con billetes manoseados? ¿Fue contratada como chofer, o algo más?...».

A continuación, Aberanda abrió el archivo denominado “direcciones” y, dado que era muy voluminoso, ordenó su contenido

por fecha de alta y comenzó a revisar los más recientes. Fue así que, entre gran cantidad de domicilios y datos vinculados con los juegos de azar, encontró el de un tal “Paco”. Ante la posibilidad de que se tratara del mismo paraguayo con el que había hablado de cuarenta mil pesos por algún servicio no especificado, tomó nota: Merlo y Ventura Bustos. Entonces, a falta de una idea mejor, le pidió a Raula Díaz que la llevara a Castelar Norte.

Media hora después, una cuadra antes del destino, la comisaria le ordenó a su ayudante que la esperara allí mientras ella iba a dar un vistazo.

En pleno mediodía de una espléndida jornada de primavera, templada y sin viento, vestida de civil, con jeans, zapatillas y una remera rolinga, Aberanda caminó hasta el supuesto domicilio de Paco. Se trataba del viejo edificio de una clínica que quebró y estuvo abandonado y usurpado durante décadas. En los últimos tiempos, alguien le había lavado la cara para ofrecerlo en alquiler como *loft* reciclado.

El maltratado portero eléctrico mostraba cuatro opciones, de la A a la D, pero no funcionaba. En eso estaba cuando el pesado portón de hierro gimió al abrirse y salió una muchacha punk, tan tatuada que daba impresión. Aberanda le preguntó por Paco y la chica, sin emitir palabra, señaló la unidad “D”.

Aprovechando que el portón de acceso todavía no se había cerrado, ingresó a un corredor oscuro con un fuerte olor a porros. Gracias a la luz de su celular, encontró la unidad “D” y tocó timbre. Como nadie respondió, intentó golpeando la rústica puerta. Ante el inmutable silencio, sin pensarlo dos veces, sacó su llave maestra y

abrió. Luego, se levantó la larga remera, desenfundó la pistola que llevaba en la cintura e ingresó.

El silencio y la oscuridad eran totales. Esto último le pareció raro porque se trataba de un mediodía soleado. Entonces, guiándose con la luz del celular buscó el interruptor y lo activó. Aunque la iluminación era difusa, se sorprendió al descubrir un tétrico *loft*, con vidrios pintados de negro, techos altos, paredes descascaradas y viejas cañerías a la vista, un par de colchones en el suelo, botellas desparramadas, sillas de distintas formas y tamaños. Pero lo peor era un terrible olor a productos químicos, como los usados para cortar drogas. A pesar de la escasa iluminación, Aberanda se acercó a un armario metálico y no se sorprendió al encontrar armas y municiones de distinto calibre. También había bolsos de varios tamaños, capuchas, precintos aptos de usar como esposas, y algún otro material de laboratorio cuya utilidad no pudo determinar. Pero lo más interesante era la cantidad de celulares, en su mayoría descartables.

En eso estaba, cuando escuchó una llave tratando de abrir la puerta de entrada a ese siniestro cubil. Intentó apagar la luz pero pese a sus reflejos recién logró hacerlo en el mismo instante que Paco entraba a su guarida.

Al ver el súbito cambio en la iluminación, el hombre sacó un arma y empezó a disparar al bulto, pero con la ventaja de conocer el lugar. Instintivamente, la comisaria se parapetó y, cuerpo a tierra, con el arma bien sujeta entre sus manos y los sentidos alertas, esperó el momento para pedir refuerzos.

De pronto, a pesar de la escasa visibilidad las balas comenzaron impactar cerca de ella. Como era cuestión de vida o

muerte estaba obligada a defenderse, pero optó por cuidar las balas y esperar hasta tener un blanco visible.

A partir de ese momento, se generó un estruendo infernal, con balas, vidrios, revoques y esquirlas volando por doquier. Siempre acostada, Aberanda agudizó sus sentidos para ubicar al tirador que hacía fuego con una pistola. Las balas zumbaban, rebotaban y se incrustaban en el hermético ambiente.

De repente, tras un destello, con un dolor abrasador en su pierna izquierda, la comisaria se estremeció con un grito ahogado. Una bala de Paco había dado en su muslo. El dolor era insoportable pero la adrenalina la mantenía consciente. Respirando en forma rápida y entrecortada, veía su sangre fluir por la herida, empapando su jean y formando un charco oscuro y viscoso. A pesar del pánico y del temblor de sus manos, Aberanda aplicó presión sobre la herida. De pronto, el atacante se animó a acercarse. Sin dudar, ella apuntó y disparó. Al verlo caer, sin verificar si estaba vivo, pidió refuerzos y una ambulancia porque estaba herida.

Por cercanía, la primera en llegar fue Raula Díaz. Con cuidado y a punta de pistola, ingresó en el apartamento “D” y encontró el cadáver de Paco. Más adelante, contra una pared, sentada en el suelo, la comisaria apretaba un improvisado torniquete sobre su pierna

Luego de revisarle la herida, mientras esperaban a la ambulancia y a sus colegas, Raula hizo una pregunta demoledora: — ¿Si el secuestrador está muerto, cómo vamos a encontrar a Domecq?

17. DOMECCQ

Encadenado. Sin noción del tiempo. Con la boca seca y los labios más secos aún, la lengua se me pega al paladar. ¿Cuánto hace que no tomo agua? Tengo hambre y sed pero, por sobre todas las cosas tengo miedo. Un miedo profundo y final. Mis manos tiemblan, mi cuerpo duele y mi mente divaga. Pienso en Leonor, en lo felices que fuimos y en los hijos que no tuvimos. Tantos años vividos, para terminar en este maldito sótano. ¿Será el final? ¿Moriré aquí, solo y olvidado? Me cuesta respirar. Quiero gritar, pero no tengo fuerzas y el miedo me paraliza. Rezo. Pido un milagro. Cualquier cosa para salir de este infierno. Al levantar la vista, descubro que la puerta de hierro, otrora firmemente cerrada, ahora está entreabierta. «Tal vez el encapuchado no pudo cerrarla cuando salió arrastrando el cuerpo de Lucrecia» —pienso con un atisbo de esperanza—. Los sonidos del exterior me mantienen alerta. ¿Pasos apagados? ¡Alguien se acerca! «¿Viene por mí? ¿Va a matarme?» —me pregunto aterrorizado.

Tras el chirrido de la puerta al abrirse, a contraluz, veo una sombra y mi viejo corazón no aguanta más....

18. Amnesia

A mis ochenta años, secuestrado durante días, sin agua ni comida, con un corazón frágil, era casi imposible que pudiera sobrevivir. En mis momentos de lucidez, me fui acostumbrando a la idea de lo inevitable. «¿Cómo será ese misterioso último suspiro cargado de emociones, interrogantes y significados profundos?» «¿Podré ver esa luz blanca que marca el fin de la vida y, tal vez, el comienzo de otra forma de existencia?».

De pronto, mis peores temores parecieron concretarse. Envuelto en una potente luminosidad, sentí que mi suerte estaba echada. Sin embargo, pese a que la luz podía asociarse con el tránsito hacia el paraíso, de fondo se oía el monótono ronroneo de una máquina y el aire estaba impregnado de olor a desinfectante.

—¡Buen día! —dijo con voz dulce alguien ataviado con un blanco tan impecable como el resto del ambiente—. ¿Cómo está?

—No sé... —balbuceé sorprendido—. ¿Dónde estoy?

La sonrisa de mi interlocutora se fue desvaneciendo al tiempo que preguntaba: —¿Dónde cree que está?

—No parece el infierno...—arriesgué.

—No. No está en el infierno —respondió con una expresión de preocupación.

—Tampoco parece el cielo... ¿Es el purgatorio? —intenté encontrar la palabra adecuada.

En ese instante la conversación se interrumpió por la llegada de un hombre, también vestido íntegramente de blanco.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó en tono cordial.

—¿...? No me acuerdo.

—¿Recuerda qué le pasó?

—... No.

—Mire señor, lo han traído inconsciente y se mantuvo así por más de un día. En sus pertenencias no encontramos identificación. Además de deshidratado y hambriento, usted tenía marcas de golpes. ¿Tampoco recuerda eso?

Angustiado, me esforzaba por recordar algo, cualquier cosa, pero mi mente estaba en blanco:

—¡No me acuerdo! ¿Qué me pasa, doctor? —pregunté con voz temblorosa.

—No sé qué le pasó antes, pero lo encontró un joven. Había entrado a un depósito abandonado, buscando chatarra, y lo descubrió a usted encadenado en un sótano. Llamó al 911 y lo trajeron acá. Lo hemos estado cuidando, esperando que despertara. Pero parece que sufre algún tipo de amnesia.

A pesar de mi esfuerzo, en vano intentaba hurgar en mi memoria, buscando algún indicio que me ayudara a recordar quién era, qué me había pasado, o cómo había llegado allí.

Las horas siguientes transcurrieron de manera similar. Médicos y enfermeras me preguntaban sobre mi pasado, pero yo no podía darles respuestas. Mi mente era un vacío insondable.

Luego de que me auscultaran, me hicieran análisis y estudios varios, volví a escuchar al médico.

—Señor, los resultados eliminan la mayoría de los diagnósticos de rutina. Por lo tanto necesitamos investigar sus funciones cognitivas. Es muy posible que en los últimos tiempos usted haya estado olvidando cosas que normalmente le resultaban fáciles de recordar.

Tal vez fue al mercado y se sorprendió al no recordar lo que iba a comprar. O se cruzó con un conocido pero no logró recordar su nombre, incluso hay gente mayor que cree conversar con sus queridos difuntos. Tal vez usted había pasado por todo eso y al estar encerrado en un sótano, su estado se agravó, como si muchos años hubieran avanzado de golpe.

Mientras escuchaba, tuve como un flash:

«¿Me estaré volviendo loco?».

En realidad, estaba harto de ese médico que solo me había dado malas noticias. Sentí odio por el profesional y odio por mi amnesia. Odio por estar condenado a vivir en el limbo. Por eso sentí alivio cuando mi caso pasó a neurología.

—En mi opinión, sus síntomas podrían estar relacionados con un estrés postraumático derivado del episodio que padeció —comenzó lentamente el neurólogo, eligiendo sus palabras con cuidado—. Se trata de un trastorno que algunas personas desarrollan tras experimentar algún evento dramático. Es normal sentir miedo durante esas situaciones y, para protegerse, el cuerpo aumenta el estado de alerta, la presión arterial, la frecuencia cardíaca y la respiración. En algunos casos incluye pérdida de funciones corporales, pérdida del razonamiento crítico, pérdida de la memoria. Pero, con el tiempo, normalmente la mayoría de las personas se recuperan bien. Además, existen medicamentos que pueden aliviar algunos de los síntomas. Aunque nada de esto es garantía de mejora, sin embargo, vale la pena probarlos.

—¡Yo no me siento enfermo! —me quejé a viva voz.

—Eso es normal. Suele ser así.

En ese instante, cerré los ojos, intentando concentrarme y, milagrosamente, imágenes borrosas y confusas, comenzaron a parpadear en mi mente. Sin embargo, todavía, ninguna tenía sentido.

19. Hospital

Por la muerte de Paco, Aberanda había perdido la pista de Domecq, dejándolo librado a su suerte. Desesperada, reaccionó en todos los frentes. Desde lo oficial, exigiendo con carácter de urgente a la Policía Científica que descifrarán lo antes posible el contenido de los teléfonos encontrados en la guarida de Paco. Hasta lo casi ilegal, como apretar a los posibles informantes. En el medio, incluyó otros manotazos de ahogado: buscar NN en morgues y hospitales.

A media mañana, fue la sargento Raula Díaz quien la sorprendió con un pedido:

—Comisaria, quisiera ir hasta el Hospital Posadas para ver a un NN, con amnesia, masculino, de entre 75 y 85 años.

—¡Vamos juntas! —fue la instintiva reacción de Aberanda.

Una vez que las mujeres policías ingresaron a la guardia del hospital, la comisaria solicitó ver al NN con amnesia, argumentando que podría tratarse de una persona desaparecida después de ser secuestrada en Castelar.

Al entrar a la sala de internación, aún rengueando por las secuelas del balazo de Paco, la comisaria contuvo la respiración. Dormido y con una conexión intravenosa, había un anciano, pálido casi amarillento, ojeroso, muy demacrado, con hirsuto pelo gris cayendo sobre su frente atiborrada de arrugas, barba larga y descuidada, casi al borde de la extrema unción. ¡Aquel pobre desgraciado no se parecía en nada al saludable amigo que buscaba!

Cuando ya se sentía nuevamente derrotada, de pronto, en la mesa de luz, descubrió los inconfundibles anteojos, de armazón muy grueso y lentes de exageradas dioptrías.

—¡Domecq! —exclamó casi con un falsete—. ¡Domecq, soy yo Aberanda! —insistió entusiasmada.

Pero el paciente NN, a pesar de haber abierto sus ojos, la miraba sin reaccionar por su presencia. Como si estuviese mirando a una perfecta desconocida.

—Domecq, Jorge Domecq, ¿no recordas tu nombre? Jorge Domecq, el detective de Castelar, periodista jubilado, investigador de arte desaparecido...

Angustiada por la culpa que podría caberle por el estado de Domecq, hizo otro intento.

—¿Te acordás de Leonor? ¡Vamos Domecq, no pudiste olvidar al amor de tu vida. Leonor, tu amada Leonor. ¿La recordás?

Si bien los labios del anciano permanecieron sellados, una prometedora lágrima rodó por su mejilla.

Justo en ese instante llegaba el neurólogo quien, de inmediato, comenzó a susurrarle al paciente las frases y preguntas que creía apropiados para apuntalar esa reacción incipiente, pero reacción al fin.

20. Guarida

De regreso en las oficinas de la Departamental Morón, la comisaria reunió a su equipo y les informó que habían hallado a Domecq y le había asignado un agente de consigna. Sin embargo, dada su amnesia actual, no podían contar con sus recuerdos para describir a los autores del secuestro y sugerir el posible móvil. Por lo tanto, la prioridad absoluta seguía siendo Paco, su *loft* y sus misteriosos teléfonos, como así también el depósito donde estuvo cautivo a Domecq.

El primer *dossier* que llegó a la pantalla de su computadora fue el voluminoso prontuario del narco sicario abatido por ella: Francisco Duarte (alias Paco).

Al leer sus sangrientos antecedentes, Aberanda logró borrar hasta el más mínimo atisbo de remordimiento por haberlo matado. Las fotografías mostraban su mirada fría, cruel y calculadora, sin esperanza de redención. Su vida había estado irremediablemente ligada al inframundo del narcotráfico. Nacido en la pobreza y rodeado de violencia, su destino parecía sellado desde el primer aliento. En plena adolescencia, atraído por la promesa de dinero fácil, se unió a una de las tantas pandillas que merodeaban por Asunción, donde los jóvenes eran reducidos a carne de cañón. Fue en esos años cuando se formó en el arte de los cuchillos, las armas de distinto calibre y la total indiferencia por la muerte. Su ascenso en las filas narcos fue meteórico. Su primera víctima había sido un policía, a quien Paco ejecutó con tal frialdad que admiró a sus superiores. La lista de sus crímenes era extensa y aterradora. Secuestros y homicidios, cometidos en Paraguay, en la Triple Frontera y en nuestro país. La

crueldad de Paco no había conocido límites; ejecutaba sus “contratos” con eficiencia inhumana, como una máquina de matar. Su apariencia contrastaba con la brutalidad de sus actos, era la de un hombre común, casi anodino. Vestía con sencillez, buscando pasar desapercibido. Su rostro, de facciones marcadas y ojos hundidos, reflejaba la sombra de una vida consumida por la oscuridad del sicariato narco. Por último, Paco estaba sospechado de participar del escandaloso “baño de sangre en Castelar Sur.

Mientras tanto, gracias a la obstinada insistencia de Raula Díaz, la Policía Científica había comenzado a compartir el contenido de los teléfonos de Paco. En uno de esos aparatos se encontró el siguiente mensaje del sicario, dirigido a un celular descartable: «La piba fue. ¿Qué hago con el viejo?».

Al comprender que “la piba” debía ser Lucrecia y “el viejo” sería Domecq, la comisaria le envió un mensaje urgente a su colega de la Policía Científica para informarle que ese número de celular descartable correspondía a quien le daba las órdenes a Paco, por lo tanto resultaba imperioso localizar el aparato y a su dueño.

Pocos minutos después, recibió un mensaje de audio con la respuesta:

*«Aberanda, estamos haciendo todo lo humanamente posible. Ya ubicamos la última señal recibida por una torre de radiofrecuencia y te puedo adelantar que ese teléfono descartable estuvo en la zona del country “**Pingüinos**”, pero es imposible determinar si el dispositivo continúa en esa zona o no, porque está apagado. Si hubiera quedado encendido nuestra tarea sería mucho más sencilla. Con respecto al segundo celular ya presionamos a la empresa operadora para que nos*

entregue el registro de llamadas de los últimos seis meses. Lamentablemente, este último aparato estuvo expuesto al agua y tenemos que recurrir a técnicas complejas, para no perder la información almacenada en la memoria. Si todo sale bien, al final del día podríamos tener datos de contactos, registros de llamadas y los datos de geolocalización que me reclamás. Ahora necesito que me dejes trabajar. Chau».

Obligada es esperar noticias de sus colegas de la científica, la comisaria optó por inspeccionar nuevamente la guarida de Paco Duarte, en Merlo y Ventura Bustos.

En plena tarde, cuando llegó a la esquina indicada, la sargento Díaz estacionó el patrullero y se quedó esperando instrucciones de su jefa, quien descendió del vehículo, ingresó al edificio y avanzó lentamente por el oscuro y maloliente corredor hasta el departamento “D”. Como no había custodia policial, retiró la banda plástica de clausura y entró. De pronto, el vaho nauseabundo de ese ambiente que permanecía cerrado y sin ventilar, le produjo arcadas. Después de la inspección forense habían retirado el cuerpo de Paco pero las manchas de sangre seca y negra continuaban en el piso.

Al seguir avanzando y ver las salpicaduras de su propia sangre, una reacción instintiva le puso la piel de gallina. Gracias al cielo, sólo había sido un rasguño en el muslo y ya no necesitaba usar esas horribles muletas canadienses.

A partir de ese momento, sin apuro, se dispuso a develar los misterios que el sicario escondía en su madriguera.

Luego de perfumarse las fosas nasales para amortiguar el olor, Aberanda se dirigió a las extrañas ventanas pintadas de negro y las

abrió, una por una, de par en par. Al hacerlo, no sólo comenzó a renovarse el aire viciado, sino que con la luz natural el inmenso *loft* le pareció menos tétrico, aunque al caminar el piso crujía de modo siniestro. Luego de confirmar que sus colegas ya habían retirado las armas, municiones y teléfonos celulares que ella había descubierto en un armario, comenzó una nueva recorrida. La supuesta cocina estaba convertida en un precario e inquietante laboratorio con botellones y balanzas, para refinar o cortar sustancias ilícitas. En un rincón se amontonaban mamelucos y máscaras para manipular químicos y estupefacientes.

Cubiertas con guantes descartables, las manos de la comisaria se movieron con destreza y cautela. Con el haz de luz de su linterna escudriñaba cada rincón y grieta, mientras con la otra mano abría cajones y armarios con meticuloso rigor. Sabía que no podía permitirse dejar pasar ninguna pista, por insignificante que pareciera. Contra una de las paredes del enorme mono ambiente, opuesta a los ventanales que daban a la calle, había estanterías, armarios y cajoneras de diferentes materiales y tamaños, repletas de un aquelarre de objetos variopintos. Luego de revisar varios cajones, encontró uno que contenía artículos de electricidad, enchufes, cintas aisladoras, prolongadores, etc., nada importante excepto que se abría con menos resistencia que el resto, como si hubiera sido usado con más asiduidad. Entonces, tras sacarlo totalmente y dejarlo en el piso, estiró la mano hasta el fondo de la cajonera y, pegado con cintas de embalar, encontró un puñado de USB, que no habían sido detectados por sus colegas.

A partir de ese momento, volvió a revisar todos los cajones

habidos y por haber, pero sin éxito. Consciente, de que debía intentar otra cosa, empezó a caminar muy lentamente, pisando con fuerza sobre los viejos tirantes de madera, buscando un crujido delator. Al rato, desalentada, dejó de lado las tablas del piso y se concentró en los zócalos. Suavemente, fue pateándolos, a intervalos de unos quince centímetros. De pronto, uno sonó a hueco. Intentó sacarlo, pero había sido asegurado recientemente con un clavo aún no oxidado como los demás. A falta de herramientas, regresó a la cocina, buscó un grueso cuchillo y lo usó para hacer palanca. ¡Bingo! Al sacar el zócalo, quedó a la vista un hueco con una caja metálica. La abrió y encontró dólares, más tarjetas SIM, un Smartphone y una mugrienta libreta con cifras y nombres manuscritos que podrían ser claves para resolver el misterio del secuestro de Domecq y las muertes de Dante y Lucrecia. Su intuición y su experiencia seguían siendo sus mejores aliados en esta caza implacable, y sabía que el tiempo era esencial. Entusiasmada, llamó a Raula Díaz para que viniera a buscar ese material para llevarlo a analizar. Mientras esperaba, una leve sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro. ¡Por fin, estaba un paso más cerca de la verdad!

21. Efedrina

Ya en su departamento, Aberanda echó una rápida mirada hacia la ventana. Como había caído la noche, no pudo disfrutar la imagen que tanto le gustaba: los últimos rayos de sol iluminando a contraluz los brotes primaverales de los árboles.

Casi en forma mecánica, llamó a casa de su madre, escuchó las quejas y pidió hablar con sus hijos. Como era de esperar, los hermanitos sólo le contaron todo lo bueno y nada de lo malo de aquél día de clases. Detestaba no poder estar con ellos al momento de acostarse, aunque los chicos seguramente iban a estar encantados de trasnochar un poco, abusando de los laxos controles de la pobre abuela.

Luego de una ducha reparadora, envuelta en un toallón, Anahí puso música chamamecera, abrió la heladera, sacó una porción de tarta sobrante del día anterior y la puso a calentar. Luego de pasar por el dormitorio para ponerse el camisolín, regresó y se sirvió la tarta acompañada por un vaso de vino.

Mientras comía cedió a la tentación de consultar su celular, donde encontró un mensaje de la viuda de Dante Pena. En realidad, Magda simplemente le avisaba que estaba por enviarle un mail con información de su difunto esposo.

Si bien se sentía exhausta después de la larga jornada laboral, su adrenalina todavía le aportaba la energía como para continuar un poco más. El café podría ayudar, pensó y se levantó a prepararlo.

Sentada frente a la Pc, entre sorbo y sorbo, Aberanda leyó el mensaje de Magda: *«El artículo de Infobae sobre el “baño de sangre”, que mi marido compartió con Lucrecia, también lo guardó en un*

archivo titulado: “efedrina”. Como contiene mucha información, pensé que podría interesarle».

Al ver la palabra efedrina, presa de un repentino ataque de ansiedad, la comisaria empezó la lectura.

Tal como le anticipara Magda, el último artículo que Dante había incorporado a su archivo de “efedrina”, era el publicado en Infobae el 4/4/2024. Sin embargo, en el otro extremo, el dato más antiguo, la primera nota guardada en ese archivo era de agosto de 2008 y llevaba un título tan rotundo como inquietante: “El triple crimen de General Rodríguez”. «¿Acaso existe alguna relación entre la muerte de Dante y aquel triple crimen que mantuvo en vilo a la sociedad y dejó desairadas a las fuerzas del orden?» —se preguntó Aberanda.

Entonces, buscando respuestas, decidió releer las notas donde Dante había resaltado algunas frases y agregado notas al pie.

Siempre ansiosa, empezó por el final. Dado que ya conocía muy bien el artículo de Infobae, pasó al inmediato anterior: había sido publicado por La Nación, también en abril 2024, bajo el título. “Triple crimen de la efedrina”. Lo revisó de un vistazo y no pudo evitar estremecerse, Dante estaba investigando la vinculación entre en “baño de sangre” de Castelar Sur y el “triple crimen de la efedrina. En su artículo, La Nación informaba que Martín Lanatta (condenado a prisión perpetua por los homicidios de Forza, Ferrón y Bina), pedía la revisión de su sentencia. Como recordatorio para sus lectores el periódico repasaba los hechos: *«En el juicio del 2012, el tribunal dio por probado que a Forza, Ferrón y Bina los secuestraron y asesinaron el 7 de agosto de 2008. Para eso, con la excusa de una compraventa de un cargamento de efedrina, Martín Lanatta los hizo ir hasta la casa de su*

familia en Quilmes. Allí, el rastro de los tres se perdió y recién el 13 de agosto aparecen los cuerpos en la otra punta del conurbano: General Rodríguez».

Además de resaltar estos párrafos, Dante había hecho lo mismo con el siguiente: *«Después de investigar durante varios años buscando al autor intelectual del triple crimen, la jueza Servini llegó a la conclusión de que Pérez Corradi, el principal sospechoso, no era “el dueño” del negocio, aunque —gracias a la pasividad de la Aduana, la Sedronar, la SIDE y la inacción de todo el Gobierno— había movido ilegalmente una enorme cantidad de efedrina».*

Otro párrafo resaltado por Dante era el siguiente: *«En 2021, la jueza Servini planteó tres hipótesis sobre el autor intelectual del triple crimen: (I) alguien superior a Pérez Corradi en esa organización narcocriminal; (II) los traficantes mexicanos Martínez Espinoza y Pozas Iturbe; y (III) el hilo invisible de los servicios de inteligencia locales y extranjeros».*

Continuando la revisión del archivo que Dante había titulado “efedrina”, la comisaria encontró el link del sitio web Encripdata.com, especializado en crimen organizado, donde el periodista Agustín Ceruse había entrevistado a Diego Ferrón, hermano de una de las víctimas del triple crimen. En esa larga charla, Ferrón afirmó haber analizado las tres hipótesis planteadas por la jueza Servini y llegado a la conclusión de que la SIDE y la DEA estuvieron detrás de la masacre de General Rodríguez.

«¿Este tipo tendrá pruebas o sólo intenta victimizar a su hermano?» —se preguntó la comisaria.

El busca de respuestas, siguió revisando el sitio del periodista

Agustín Ceruse y descubrió que, junto con Diego Ferrón, habían publicado el libro: “Operación Crystal”, el expediente secreto sobre el triple crimen.

A pesar de que había pasado la medianoche, Aberanda buscó ese libro en Internet. Lamentablemente, no había sido digitalizado y la versión en papel estaba agotada, incluso en Mercado Libre.

Tras ese fracaso, para no acostarse con semejante entripado, decidió hacer una consulta. Sin mencionar que era una comisaria en actividad, trató de apelar al espíritu de grupo vigente entre periodistas. Ingresó a [Encripdata.com](https://www.encryptedata.com) y, en “contactos”, dejó el siguiente mensaje:

*«Estimado señor Agustín Ceruse,
Le escribo en nombre de su colega Jorge Domecq, actualmente internado en terapia intensiva. Domecq fue secuestrado en la vía pública cuando investigaba la muerte de su amigo Dante Pena, asesinado por narcos vinculados al “baño de sangre” de Castelar Sur (ver Infobae 4/4/2024). El difunto Dante Pena había detectado posibles vínculos entre el doble crimen de Castelar y el triple crimen de General Rodríguez: efedrina. Antes de ser secuestrado, Domecq intentó comprar el libro que usted publicó con Daniel Ferrón, pero está agotado y no existe versión digital. Señor Ceruse, en nombre de su viejo colega de redacción, y con la consigna de ayudar a Domecq a encontrar la verdad, le solicito tenga a bien permitirnos acceder a su libro “Operación Crystal”. Desde ya, le agradezco su buena voluntad. Cordialmente. Anahí Aberanda.*

Lo que la comisaria nunca imaginó fue que el periodista Ceruse le aportaría información dura y documentada sobre una poderosa organización narco, con tentáculos internacionales, que había

penetrado las diferentes capas del poder local. Con policías transportando cargamentos de cocaína, jueces que borraron órdenes de captura, políticos involucrados, batallas entre bandas por los territorios y el imprescindible lavado del dinero de todo ese tráfico. Sin saberlo aún, la joven comisaria estaba por recibir pistas sobre el autor intelectual de ciertos crímenes que conmovieron a la opinión pública y estaban vinculados a la financiación de un partido político.

22. Aberanda

Cuando cabalgaba en un potro blanco sobre un tablero de ajedrez cubierto de sangre, un ruido la despertó. Sobresaltada, Anahí abrió los ojos y se tranquilizó al descubrir que se trataba del barullo producido por el viejo ascensor, activado por un vecino trasnochado o, tal vez, madrugador. Llevada por una imperiosa necesidad de ir al baño, se levantó y caminó descalza. Ya aliviada, luego de lavarse los ojos para despegar las incómodas lagañas, no pudo evitar una mirada crítica a la imagen que le devolvía el espejo. A sus casi cincuenta años seguía manteniendo un cuerpo joven. Sin necesidad de largas horas en el gimnasio lograba mantener los kilos y las redondeces bajo control, pero la piel de su cara reclamaba cosméticos.

Al regresar a la habitación, se acercó a la ventana y pudo ver la luz del amanecer que se colaba por entre las ramas de los ginkgo bilobas tan típicos de Morón. Vivir en esa zona era una comodidad y un incordio. Una comodidad porque estaba a pocos minutos a pie de su lugar de trabajo. Pero también era un incordio porque tenía ruido garantizado todo el año. Sin embargo, para ella tenía un valor añadido: estaba cerca de la casa donde vivían sus hijos, al cuidado de la abuela.

Miró el despertador y suspiró profundamente. No tenía sentido volver a acostarse porque la alarma estaba programada para sonar apenas una hora más tarde. Lo mejor era desayunar y retomar la búsqueda interrumpida al acostarse. Mientras calentaba el agua para el café, buscó las pantuflas y un *deshabillé* liviano.

Una vez que se sirvió el café doble y amargo, se sentó frente a la pantalla de su PC y, tras verificar que no había llegado la respuesta

del periodista Ceruse, abrió el archivo de Dante Pena: “Efedrina”. Si bien creía recordar los datos relevantes, le dio un nuevo vistazo a todo lo que había leído la noche anterior.

En su sitio web, Agustín Ceruse afirmaba haber colaborado con Daniel Ferrón para publicar “Operación Crystal” y *«revelar detalles inéditos de la masacre de General Rodríguez, acaecida el 7 de agosto de 2008: el rol del Sedronar en la “ruta de la efedrina” y la sombra de las agencias de inteligencia en esta compleja trama que combina política, narcotráfico y espionaje, desde China e India hasta la Argentina y de aquí hacia México y Estados Unidos»*.

Por su parte, Daniel Ferrón, hermano de una de las víctimas, contaba su lucha de quince años para saber quiénes estuvieron detrás del triple crimen: *«Por amor a mi hermano, tomé la decisión de dedicarme a encontrar la verdad, buscando respuestas en los juzgados, en las fiscalías, donde sea. En el 2012 logramos la condena a prisión perpetua de los hermanos Lanatta y los hermanos Schillaci pero los que ordenaron el triple crimen y otros ocho partícipes quedaron impunes. Estuvimos cara a cara con lo peor del narcotráfico mundial, con representantes del Cártel de Sinaloa. Estamos vivos de milagro. Si bien la causa acaba de prescribir, es importante que nos animemos a contar nuestra verdad»*.

A su turno, Ceruse resumía cómo llevaron adelante la investigación periodística que le dio vida a “Operación Crystal”: *«Fueron tres años de trabajo, leer las 36 mil fojas del expediente, cruzar datos con la “ruta de la efedrina”, consultar fuentes, ofrecer derechos a réplicas. Lo que contamos está basado en pruebas, documentos, “escuchas” judiciales, informes de inteligencia. Nosotros*

no acusamos a nadie, pero sí contamos todo lo que se investigó y cómo y todo lo que no se investigó y por qué. Muchos se quedaron con la idea de que Pérez Corradi mandó a matar a Forza, Ferrón y Bina, pero la realidad es que el negocio era mucho más grande. Como descubrió la jueza federal María Servini, fueron 40 toneladas de efedrina que la Sedronar, la Aduana y la SIDE dejaron entrar por el puerto de Buenos Aires y el aeropuerto de Ezeiza. Por eso, hoy en día, Pérez Corradi está libre y con falta de mérito. De las otras dos teorías: una fue muy desarrollada por la Justicia Federal y otra no tanto. Una es la disputa de las organizaciones mexicanas, con las que Forza, Ferrón y Bina querían hacer negocios. Otra es la de los servicios de inteligencia locales y extranjeros. Como esta fue la teoría menos explorada por la Justicia Federal le dimos prioridad. El triple crimen no les sirvió a Pérez Corradi ni a los cárteles mexicanos porque al mes de que aparecieron los cuerpos de Forza, Ferrón y Bina en un zanjón de General Rodríguez, el Gobierno prohibió la importación de efedrina. Y ahí se acabó el negocio. Por eso pensamos que el triple crimen sirvió para cortar para siempre la “ruta de la efedrina” hacia México y, ya hecha crystal, a los Estados Unidos».

Absorta en la atrapante lectura, la comisaria se sobresaltó al escuchar el despertador que le anunciaba el comienzo de la rutina diaria. Sorprendida por lo rápido que había pasado aquella hora, apagó la PC y se dirigió al baño para la imprescindible ducha matutina.

Al rato, frente al espejo, todavía desnuda, Anahí revisó su largo cabello azabache recién lavado, buscando alguna de esas canas chismosas que delatan el paso del tiempo. En eso estaba cuando recibió el llamado de su asistente.

—¡Hola, Raula! —la saludó al identificar el llamado.

—Buen día, comisaria, hubo un tiroteo en Castelar. No hay heridos, pero balearon la casa de Magda, la viuda...

—Pasame a buscar, ya mismo —la interrumpió.

Obligada a salir sin demora, Aberanda se cepilló los dientes y se peinó lo necesario como para hacerse un rodete. Por último, se puso el uniforme y se perfumó con un toque de esa fragancia de rosas que le transmitía energía y seguridad. A pesar del apuro, quería mostrarse presentable.

En cuando Raula estacionó en la puerta del edificio de departamentos, Aberanda salió, subió al patrullero y juntas se dirigieron a la casa del difunto Dante Pena.

Cuando llegaron frente al domicilio, las policías comprobaron que sus colegas ya habían dispuesto un vallado con cintas plásticas amarillas, para mantener alejados a los curiosos y preservar la escena. El descascarado frente a esa antigua casona, amenazado por el inexorable avance de las plantas trepadoras, presentaba ahora varios impactos de bala. Dada la magnitud del daño causado, la comisaria intuyó que habían utilizado proyectiles de gran calibre. Algo inusual entre los delincuentes comunes.

23. Atentado

Demacrada y visiblemente asustada, en batón y sin peinarse, Magda Vinci recibió a la comisaria en la puerta del hogar que había compartido con Dante. Sin esperar preguntas, con voz temblorosa la mujer narró su calvario:

—Estaba durmiendo y me despertaron unas detonaciones y golpes como si estuvieran demoliendo la pared. Todavía no terminaba de reaccionar cuando todo se acabó. Pero al entornar la persiana vi una nube de polvo y escombros sobre el jardín delantero. Enseguida apareció un vecino y dijo que habían sido balazos y que en la fachada se veían los impactos. De inmediato llamé al 911. Dígame comisaria, ¿esto tendrá algo que ver con el asesinato de mi esposo? —preguntó presa de incontrollables espasmos.

Mientras Aberanda intentaba tranquilizar a Magda, Raula Díaz aprovechó para fotografiar algunas de las cápsulas servidas, que esperaban ser peritadas por la policía científica.

Ya en el viaje de regreso a la Departamental Morón, Raula le informó a su jefa que había encontrado cartuchos calibre 7,62 mm.

—¿Qué clase de loco anda con un fusil de asalto AK-47 baleando casas en Castelar? —preguntó la comisaria, sin esperar que le contestaran.

—No parece un arma de delincuentes comunes —acotó Raula.

—¡Así es! Parece que las grandes ligas llegaron al Oeste.

Al regresar a la brigada de investigaciones, la comisaria delegó en sus colaboradores las tareas de seguimiento del tiroteo a la casa de Magda Vinci. Luego ingresó a su despacho, conectó la computadora y se alegró al ver la respuesta del periodista de La

Nación, conteniendo una serie de links que, supuestamente, correspondían a cada uno de los capítulos del libro “Operación Crystal”. Esperando que no la molestaran, cerró la puerta de su oficina y abrió el primer link.

Sorprendida, Aberanda comprobó que no correspondía al libro en cuestión, sino a la nota publicada por **Agustín Ceruse en Encripdata**: *«El día que la DEA dejó al descubierto la “ruta de la efedrina” entre Argentina y México»*.

Dejándose llevar por el supuesto buen criterio del periodista, la comisaria empezó a leer: *«A mitad de julio de 2008, la Drug Enforcement Administration (DEA), la agencia de control de drogas de los Estados Unidos, dijo basta: luego de que la importación de efedrina pasara de los 1500 kilos en 2003 a los 19.150 kilos en 2007, decidió que ya era hora de dejar al descubierto cómo desde la Argentina, los cárteles mexicanos contrabandeaban esas toneladas que del otro lado de la gran frontera terminaban en metanfetaminas y sus consumidores estadounidenses, en víctimas por sobredosis. De ese negocio participaban Sebastián Forza, Damián Ferrón y Leopoldo Bina, asesinados el 7 de agosto de 2008. Sus cuerpos fueron plantados recién el 13 de agosto en General Rodríguez.*

Desde octubre de 2007, los agentes de la DEA en Buenos Aires sabían que Ibar Esteban Pérez Corradi podía mover una tonelada de efedrina por mes. Sin embargo, la efedrina no era un problema para el gobierno de Cristina Kirchner ni era un tema para los medios de comunicación. En la Argentina, la efedrina solo era el medicamento que había sacado del Mundial de Estados Unidos a Diego Armando Maradona, el que le había «cortado las piernas», y de eso ya habían

pasado 14 años. Para exponer la situación, la DEA eligió «reventar» una quinta de Ingeniero Maschwitz. No era una quinta cualquiera: era donde un grupo de mexicanos elaboraba metanfetaminas. Ese «laboratorio» era de Juan Jesús Martínez Espinosa. Como la DEA no estaba autorizada a operar en el país, una denuncia anónima fue suficiente para que la Policía Bonaerense terminara el trabajo. El 17 de julio de 2008, 24 horas después de la denuncia anónima, las fuerzas bonaerenses allanaron la quinta. Martínez Espinoza ya no estaba, había regresado a Cancún el mismo día de la denuncia anónima. Pero el golpe de efecto era un hecho y fue tapa de Clarín y La Nación. Así, aquel 17 de julio de 2008, la DEA le dio un mensaje al gobierno argentino y los cárteles mexicanos sobre su guerra contra las drogas sintéticas. Algunos no lo entendieron. No ese día».

Perpleja, Aberanda releyó una y otra vez el último párrafo. ¿Acaso el periodista insinuaba que, ante la falta de reacción del gobierno argentino contra los narcotraficantes de efedrina, la DEA hizo justicia con mano propia contra Forza, Ferrón y Bina?

En eso estaba cuando reapareció su asistente para informarle que esa madrugada también habían baleado la casa de Domecq, pero al no estar el dueño nadie había hecho la denuncia.

—¡Vamos para allá! —reaccionó la comisaria, al tiempo que llamaba a su colega de la policía científica solicitándole que comparara los tiroteos en los domicilios de Magda y Domecq, porque sospechaba que habían sido obra de los mismos atacantes.

Luego de estacionar en Larralde casi esquina con Italia, tocó el timbre de la casa de Renata, la vecina de Domecq.

—¡Señora comisaria! Cuando escuché el tiroteo pensé que era

uno de los tantos, pero cuando fui a darle de comer a Negro encontré la fachada del señor Domecq reventada a balazos. Ahí nomás llamé al 911.

Mientras escuchaba a la pobre mujer, Aberanda le hizo un gesto a Raula, señalando las cámaras de seguridad instaladas en una casa de la vereda de enfrente y que podrían haber captado el ataque.

Sin esperar otra indicación más precisa, la sargento cruzó la calle, tocó timbre, se presentó y logró que el dueño de casa le permitiera ingresar. De inmediato, la comisaria se despidió de Renata y siguió los pasos de su asistente.

Afortunadamente, el vecino disponía de cámaras y equipos de buena calidad que —a las 6,39 am— habían captado a los tripulantes de dos motos, frenando, disparando y huyendo del lugar.

Una vez que obtuvieron una copia de la grabación las mujeres policías se retiraron.

—¿Qué será lo que no estamos viendo? —se preguntó la comisaria en voz alta—. Mataron a Dante Pena y balearon la casa de su viuda. Secuestraron a Domecq y también balearon su domicilio. Alguien está muy preocupado por algo que comenzó Dante y que Domecq intentó continuar. Es algo que vincula el baño de sangre de Castelar Sur con el Triple Crimen de la efedrina, pero los sucesos de 2008 ya prescribieron...

—Tal vez lo que pasó en Castelar Sur fue parte de algo mayor y cuando Domecq se acercó a investigar lo secuestraron —arriesgó Raula.

—¡Es un buen punto! En algún momento pensé lo mismo, pero la amnesia de Domecq me ató las manos.

—Si le parece, comisaria, puedo dar una vuelta por el hospital y averiguar cómo evoluciona su amigo.

—Me parece genial. Debería ir yo pero...

24. Castelar Digital

Frente a la casa del infortunado Domecq, justo cuando estaba por subir al patrullero, la comisaria fue abordada por un reportero de Castelar Digital. No era para menos: dos tiroteos casi en simultáneo en esa otrora bucólica zona del Oeste era una nota de interés barrial, pero si llegaba a las pantallas de la televisión podría disparar un boom mediático.

Consciente de que cualquier comentario podía complicar la causa judicial, Aberanda se disculpó con su mejor sonrisa y le sugirió al periodista que se contactara con el área de Relaciones Públicas de la bonaerense. Sin embargo, el micrófono continuaba cortándole el paso.

—Soy Leandro, compañero de Domecq y sé que estuvo secuestrado. Ahora balean su casa. También le dispararon a la casa de Dante Pena, asesinado en la plaza del vagón cuando estaba con mi colega. ¿Qué está pasando en Castelar, comisaria?

Aunque era una profesional reservada, que evitaba la exposición pública, la pregunta había sido muy concreta y debía contestarla. Entonces, mientras con el dorso de la mano, apartaba un mechón rebelde que caía sobre sus ojos, Aberanda respondió:

—Usted conoce a Domecq y yo soy amiga de él. Ninguno de nosotros quiere agregar complicaciones a las que ya tiene. Como periodista usted sabe lo que implica patear un hormiguero, bueno parece que su colega volvió a hacerlo. Ahora, si me disculpa, tengo que retirarme. Saludos a Gabriel Colonna.

—Serán dados.

Ya frente a la Departamental Morón, la comisaria bajó del

patrullero, le deseó suerte a Raula en su visita al hospital y subió hasta el piso donde la esperaba su equipo. Tras una mínima introducción, les ordenó que se concentraran en la búsqueda de las motos que aparecían en el video de vigilancia que había captado el ataque a la casa de Domecq.

A continuación, se encerró en su despacho y comenzó a revisar el segundo *link* enviado por el periodista Ceruse, con el atractivo título: *«Una cita en la Embajada, la cuenta regresiva hacia el triple crimen»*. Con renovado interés, Aberanda retomó la lectura: *«Tras la denuncia y posterior operativo en la quinta de Ingeniero Maschwitz, el ministro de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, Aníbal Fernández, llamó al embajador estadounidense Earl Anthony Wayne y le pidió una reunión. Quedaron para el 30 de julio. Aquel día el embajador fue directo: advirtió que los cárteles habían bajado a la Argentina a buscar la efedrina para las metanfetaminas que en México ya no conseguían tan fácil por la prohibición del gobierno Azteca. El ministro tenía preparada la respuesta: —Estamos trabajando en una reforma de la ley sobre drogas para aumentar las penas por el desvío de precursores químicos. Existen 2 mil empresas en el sector y, hasta ahora, el mecanismo de control es inspeccionarlas una por una, lo cual es lento e ineficiente —dijo el ministro, en un tiro por elevación a la Sedronar (la DEA criolla). Por su parte, la Sedronar decía no contar con suficientes empleados para cumplir en tiempo y forma con la tarea.*

Así, de primera mano, la embajada yankee se enteró del cortocircuito entre los funcionarios argentinos. Después, el embajador Wayne envió un resumen de la reunión al Departamento de Estado: “El combate a los precursores químicos es una de las prioridades de

nuestra misión para este año, se lo planteamos en varias ocasiones al ministro y otros funcionarios y seguiremos presionando por más castigos estrictos como parte de la nueva ley". Después estaban los datos duros: a esa altura, el problema ya no era de kilos sino de toneladas. La Sedronar no sabía cuántos kilos de efedrina necesitaba la industria farmacéutica, pero el Registro Nacional de Precursores Químicos llevaba autorizadas, desde 2003 en adelante, importaciones por 47 toneladas y contando. De eso, la Argentina solo incautó 1200 kilos, la mayor parte gracias a un mexicano arrepentido.

«¡Qué buen ejemplo del estado ausente!» —masculló Aberanda.

Mientras tanto, luego de dejar a la comisaria en la departamental Morón, la sargento Díaz se dirigió al Hospital Posadas y consultó a los médicos de terapia intensiva sobre el paciente Domecq.

—Gracias al suero y el reposo, su cuerpo está muy recuperado. En cuanto a la amnesia le recomiendo hablar con el doctor Lavia.

Luego de hacerla esperar un buen rato, el profesional la invitó a sentarse en uno de los bancos de la sala de espera.

—Se le diagnosticó amnesia postraumática, con pérdida de la capacidad de recordar eventos que ocurrieron antes del incidente determinante, en este caso: lesiones y traumas cerebrales sufridos durante el cautiverio. Se trata de una amnesia retrógrada que le impide recordar sus experiencias pasadas o conocimientos generales. La severidad puede variar y, en algunos casos, los recuerdos se recuperan gradualmente con el tiempo, aunque algunos pueden no volver nunca completamente...

—Doctor, concretamente ¿qué le digo a mis superiores? —lo

interrumpió ella.

—Como el señor Domecq vivía solo y no tiene familiares, permanecerá internado y sometido a un tratamiento con terapias que le ayudarán a recuperar recuerdos y habilidades...

—¿Durante cuánto tiempo? —insistió la sargento Díaz.

—La duración es variable...

Desilusionada por la ambigua respuesta, Raula Díaz saludó al médico y bajó por las escaleras hasta la playa de estacionamiento. Justo antes de abrir la puerta del patrullero se le acercó un hombre mayor, calvo, barbudo y retacón.

—Señorita sargento... —dijo el hombre.

—¿Sí...? —reaccionó sorprendida.

—Mi apellido es Bonse y soy amigo de Domecq. Con Dante Pena los tres solíamos reunirnos para arreglar el mundo.

—Bueno, esperemos que mejore pronto...—dijo ella mientras se sentaba frente al volante.

—Por favor, sargento. Yo sé qué era lo que buscaba Dante y se lo conté a Domecq antes de que lo secuestraran. Quiero contárselo a alguien que quiera investigar de verdad —afirmó en tono convincente.

—Espere un segundo que consulto a mi jefa —respondió y cerró suavemente la puerta del vehículo.

Poco después, Raula descendió, se paró frente al septuagenario y dijo:

—La comisaria Aberanda, amiga personal de Domecq, está dispuesta a escucharlo, pero debe ser breve y conciso.

—¡De acuerdo! —dijo él mientras se le iluminaba el rostro.

—Por favor, suba del lado del acompañante —le pidió ella.

25. EL INFORMANTE

Luego de acompañar al señor Bonse hasta el despacho de la comisaria y hacer las presentaciones del caso, Raula se retiró.

—Tome asiento, por favor —fue la cordial invitación de Aberanda antes de preguntar—. Dígame su nombre y porqué está dispuesto a brindar información

—Mi nombre es Fernando Bonse y este es mi DNI —dijo él, apoyando el documento sobre el escritorio—. Soy periodista jubilado y suelo hacer trabajos *freelance*. A Domecq lo conocí por intermedio de un amigo en común, Dante Pena, quien —como yo— fue lo que suelen llamar un informante. Con Dante nos habíamos comprometido a ayudarnos mutuamente en caso de...

—¿A quién informaba? —lo interrumpió la comisaria.

—Aunque parezca mercenario, diría que vendía información a quién la quisiera comprar: colegas periodistas, medios de comunicación, autoridades, políticos...

—¿Y qué tipo de información?

—Nada de chismes de la farándula —se defendió—. Sólo información dura sobre casos policiales.

—¿Por ejemplo?

—Narcotráfico. Dante Pena me había pedido ayuda para investigar el rebrote de la mafia de la efedrina.

—¿Rebrote?

—¡Sí, comisaria! Después del Triple Crimen de General Rodríguez se cortó el negocio de la efedrina, pero la mano de obra que quedó desocupada se pasó a la cocaína.

—¿Dante estaba investigando eso? —preguntó Aberanda

aunque ya conocía el archivo sobre efedrina que tenía el difunto en su PC.

—Sí, comisaria. Y después de su muerte, a pedido de la viuda, Domecq tomó la posta y fue secuestrado.

—¿Secuestrado por quienes?

—Supongo que fueron los mismos que mataron a Dante.

—¿Quiénes son? —preguntó con firmeza mirándolo a los ojos.

—No tengo nombres. Conozco las piezas de este juego pero no sé quién las mueve ahora.

—¿Sabe algo que no esté publicado en los diarios? —preguntó impaciente

—Conozco la verdadera historia de la efedrina. Lo difundido fue incompleto y con errores. ¿Le interesa? —dijo con cara de pocker.

—¡Por supuesto! Pero más que escuchar su relato prefiero que responda a mis preguntas.

—Cómo usted diga. Eso sí, ¿podría conseguirme un cafecito? —pidió con su primera sonrisa.

Mientras Aberanda atendía el pedido, a modo de introducción, Fernando abrió el paraguas.

—Comisaria, usted sabe mejor que yo lo difícil que resulta investigar a los narcos. Son delitos complejos manejados por organizaciones criminales y sectores privados de gran poder económico, en un marco de corrupción política, policial y judicial.

Obviando esa introducción, tras servirle un buen café de su propio termo, la comisaria le hizo una pregunta bien concreta:

—Sé muy bien que la efedrina ingresaba a Estados Unidos, vía México, convertida en droga sintética, especialmente metanfetaminas

y éxtasis. Recién cuando México prohíbe la importación de efedrina, aparece Argentina. Lo que me interesa conocer son datos concretos— insistió.

—Acá empezó como un tema de piratas del asfalto y se convirtió en un enorme contrabando. En 2003, el laboratorio Abbot importaba efedrina para producir descongestivos y sus camiones comenzaron a ser saqueados sistemáticamente. Quienes estaban detrás de esos robos eran Sebastián Forza y Martín Magallanes, de Droguería Unifarma. En principio, cuando se hacían del botín, lo vendían en el mercado local a unos 120 dólares el kilo. Con el tiempo, descubrieron que en México el kilo de efedrina valía 10.000 dólares. Ante semejante oportunidad, como acá no estaba prohibido, comenzaron a importar efedrina desde la India y China para después contrabandearla a México. Dado que ese negocio crecía muy rápido, Forza necesitó financiarse con Ibar Pérez Corradi. La pata restante era el imprescindible amparo y complicidad estatal. Así, entre los años 2003 y 2008, un puñado de droguerías y laboratorios se las amañó para importar cantidades exorbitantes de efedrina, que reexportaban en forma clandestina a México como insumo para la fabricación drogas sintéticas. En este tráfico ilegal, estimado entre los 300 y 500 millones de dólares, estuvieron involucrados laboratorios formales y clandestinos, empresarios, importadores y cárteles de la droga, más la activa participación de policías, agentes de inteligencia, funcionarios judiciales y políticos de todos los niveles...

—¿No tiene nada más concreto? —lo interrumpió, impaciente.

—Concretamente, los funcionarios del Sedronar que debían controlar la importación de efedrina no detectaron que los volúmenes

importados resultaban injustificables. Más que inútiles parecen cómplices de los traficantes.

—¿Sedronar está detrás del Triple Crimen? —lo apuró Aberanda.

—La verdadera trama pasa por la mano invisible de la DEA —dijo a media voz, para que solo la comisaria pudiera escucharlo.

—¿Tan invisible como para no dejar huellas?

—Las huellas están denunciadas y demostradas en la Justicia, pero...

—¿Ejemplos? —lo apretó con ceño fruncido.

—A pesar de no estar autorizada a operar en Argentina, la DEA participó en los cuatro máximos operativos antidrogas de nuestra historia: “Operación Strawberry” (cocaína, 1997); “Bobinas Blancas” y “Águila Blanca” (cocaína, 2017) y “Triple Crimen” (efedrina, 2008).

—Detalles, por favor, señor Bonse...

—En nuestro país, la DEA también tiene su historia “encubierta e inconfesable” Como nunca consiguió que un gobierno local la autorizara a investigar por su cuenta, la DEA recurrió a los “facilitadores”: jueces, fiscales y abogados que se subordinan a la agencia a la hora de planificar investigaciones que no siempre se registran en los expedientes judiciales...

De pronto, don Fernando fue interrumpido por la brusca irrupción de la sargento Díaz quién, en tono dramático, alertó:

—¡Comisaria! Disculpe. ¡Se incendia su Jeep! Llamó el encargado de su edificio...

—¡Vamos ya! —ordenó, mientras le pedía a Fernando Bonse que le dejara sus datos para un futuro contacto.

Ya conduciendo a buena velocidad pero sin sirenas, la sargento se animó a preguntar:

—¿Pudo arreglar el cortocircuito del Jeep?

—Sí, pero es un auto viejo....Espero que sea poco o daño total, porque cualquier punto intermedio implica una lucha contra los cretinos del seguro.

—Tiene razón comisaria. Cuando a mi papá le chocaron el auto estando estacionado, se enfermó peleando contra los indolentes de la aseguradora. Luego de un durísimo regateo, al conocer el monto del resarcimiento, se sintió estafado —fue el poco alentador comentario de Raula.

Un par de cuadras antes de llegar al edificio donde vivía, Aberanda pudo visualizar el camión de bomberos. Ya en la esquina, al bajar del patrullero, las mujeres policías percibieron el inconfundible olor acre. Sin evitar una sensación de angustia, la comisaria se acercó a la playa de estacionamiento y, bajo el potente chorro de las mangueras, descubrió los remolinos de fuego y humo negro que aún salían de su pobre Jeep.

En medio de una sincera puteada, Aberanda apenas escuchó al jefe de la brigada de bomberos que le decía:

—Lo más probable es que haya sido algún «quemacoches».

—¿Quemacoches? —preguntó sorprendida.

—¡Sí! Está operando una barrita que se divierte quemando autos estacionados.

—¿En esta zona?

—Hubo casos en Ituzaingó y Padua. En lo que va de este año, en la zona Oeste ya quemaron más coches que en todo el año

pasado.

—¿A pleno día?

—Generalmente, atacan a la madrugada.

—¡Pero al mío lo quemaron al mediodía!

—¡Es cierto! También hay otra diferencia en el modus operandi: casi siempre bañan la carrocería con alcohol fino, lo encienden y el fuego se propaga rápido. En cambio, acá utilizaron una bomba molotov que arrojaron debajo del motor, lo que produjo una inmediata explosión.

—¡Entonces no son los mismos! —exclamó la comisaria.

—Hay que esperar las pericias, pero la utilización de molotov para quemar autos no es una novedad, ya se ha usado en varios casos registrados en Capital. Lo nuevo sería que los pirómanos del oeste hayan comenzado a copiar ese método.

—¿Pero podría tratarse de otra gente?

—Es posible, pero poco probable. Quemar un coche no se le ocurre a cualquiera. A no ser una novia despechada —bromeó el bombero.

—¡No es mi caso! —contestó de mal modo Aberanda.

26. La DEA

Esa misma tarde, en un alto de su batalla contra la burocracia aseguradora, la comisaria Aberanda volvió a recibir a Fernando Bonse. Tras servirle un café, retomó la conversación tan abruptamente interrumpida.

—Esta mañana usted estaba por contarme la historia oculta de la DEA. ¿Podría continuar, por favor?

—Un confeso informante de la DEA fue Julio César Pose, ex agente de la SIDE reconvertido en *freelance* de la agencia antidrogas *yankee* que le pagaba un porcentaje de lo que se lograba incautar. ¡Un corsario moderno! En 2003, aportó datos para la operación “Flor de Acero”: una supuesta “entrega controlada” a metros de la “Floralis Genérica” de Palermo. Pero, si bien la redada fue exitosa (31 kilos de cocaína y unos diez kilos de pasta base), como ningún juez había autorizado la participación de Pose como infiltrado, y pese a que la DEA defendió a su informante, la justicia solicitó la detención. En la práctica, Pose fue acusado y se profugó. Recién pudo ser condenado 17 años después.

—Es un buen dato, pero referido a cocaína y a mí me interesa conocer la participación de la DEA en casos de efedrina —dijo la comisaria con serena firmeza.

—Otro informante de la DEA fue un tal Armando Juliani, imputado por enviar efedrina por DHL a México. En 2008, poco antes del triple crimen, Juliani fue detenido, acusado de formar parte de la banda del mexicano Martínez Espinoza. Poco después logró ser excarcelado y cuando intentaron volver a indagarlo ya era tarde: Juliani se había borrado de la faz de la tierra y estuvo más de doce

años prófugo de la justicia porque, al estar protegido por la DEA, nadie lo buscó.

—Vamos mejorando. Ésta fue una participación de la DEA en un caso de efedrina, pero si Juliani la enviaba por DHL no podrían ser grandes cantidades. ¿Puede citar algún caso más significativo de la DEA en una operación de efedrina? —presionó Aberanda.

—Sí, comisaria. Pero estos dos casos muestran que, independientemente del monto en juego, la DEA siempre protege a sus informantes porque, en la práctica, son agentes inorgánicos. No están “en blanco” pero...

—Entiendo, Fernando, entiendo —lo interrumpió, ansiosa—. Pero necesito un caso que muestre concretamente cómo operó la DEA con la efedrina, **en** la Argentina.

—La operación más grande fue la llamada “ruta de la efedrina” y voy a empezar por el final. En 2012 la justicia bonaerense sentenció a prisión perpetua a Martín Lanatta, Cristian Lanatta, Víctor Schillaci y Marcelo Schillaci, aunque no como autores materiales sino como partícipes necesarios del triple crimen de General Rodríguez, ocurrido en 2008, cuyas víctimas fueron Forza, Ferrón y Bina. Finalmente, en 2018 la Corte Suprema de Justicia de la Nación dejó firme aquel fallo. Sin embargo, nunca se supo quién dio la orden de matarlos y quién fue el autor intelectual de semejante masacre.

—Toda esta información ya es de dominio público —le enrostró en tono crítico—. ¡Vaya al grano, por favor!

—Tiene razón, comisaria. Lo que no está en los diarios es que Martín Lanatta conocía a Julio César Pose, el informante de la DEA que participó en la operación “Flor de Acero”, que ya mencioné. En

marzo de 2008, Sebastián Forza los presentó en un bar donde cerraron una compraventa de efedrina, que terminó mal. En esa reunión Pose se topó con un amigo de Lanatta, llamado Máximo que trabajaba para la SIDE. Al reconocerse el uno al otro como espías, al servicio de fuerzas distintas la operación se canceló.

«*Parece una escena de “Brigada Cola”*» —pensó la comisaria ante el papelón de nuestros espías berretas.

—Al abortarse la operación por DHL, el narco mexicano Martínez Espinoza necesitaba conseguir otro proveedor de efedrina para reanudar el negocio y contactó a Julio César Pose para llegar hasta Forza. Pose se arriesgó a enviarle un mail con el que facilita la relación pero dejando sus huellas. En ese correo electrónico, Pose amenaza a Forza: «*Tengo muchas grabaciones y videos tuyos hablando de muchas cosas... y de todos. Así las cosas, es mejor encontrarnos y arreglar*». Finalmente acuerdan reunirse y, durante un almuerzo con Forza, Ferrón y Bina, Pose llamó a Martínez Espinoza e hizo que hablara con Forza. El mexicano se mostró entusiasmado con hacer negocios y los invitó a viajar a Cancún. Después de ese almuerzo, Pose se reportó por mail ante un agente especial de la DEA, le informó la operación que se concretaría al día siguiente y le propuso: «*¡Demos un buen golpe, necesito ganar el premio!*». Lo cierto es que un día después, Forza, Ferrón y Bina fueron secuestrados y torturados hasta morir.

—¿Usted está diciendo que la DEA sabía cuándo y dónde Lanatta se iba a reunir con Forza, Ferrón y Bina? —preguntó Aberanda para forzarlo a repetir semejante dato.

—¡Si comisaria, sí! —ratificó con énfasis.

—¡Perdón Fernando! —lo interrumpió Aberanda y, mirándolo fijo, agregó—. Necesito algo que respalde sus palabras.

Y luego, para bajar la adrenalina, agregó:

—Ya son las seis de la tarde y prácticamente no almorcé. Voy a pedir un té con un sándwich. ¿Usted que prefiere?

—Un café con leche con medialunas.

De inmediato, la comisaria le hizo una seña a su asistente y, cuando se acercó, le ordenó que pidiera el *delivery* a “La Intendencia”.

—Continúe, por favor, pero con los hechos —enfaticó.

—Comisaria, todo lo que acabo contar son hechos probados. Pero de ahí en más es materia de hipótesis—aclaró Fernando.

—Entonces tenemos tres argentinos muertos cuando intentaban contrabandear efedrina al narco mexicano Martínez Espinoza, con la intermediación de Lanatta y la participación de Pose, quien ya había informado a la DEA. ¿Me falta algo? —preguntó ella.

—Para completar, tenemos que recordar que Pose, el informante de la DEA, era un ex SIDE. Por último, Forza, Ferrón y Bina estaban atrasados en sus pagos a Pérez Corradi quien importaba efedrina declarándola como pólvora, apañado por la aduana y con la vista gorda del Renar —agregó Bonse.

—Usted comenzó recordando que la justicia bonaerense sentenció a prisión perpetua, como partícipes necesarios, a Martín Lanatta, su hermano Cristian y a los hermanos Schillaci, pero no avanzó más allá de los ejecutores materiales—acotó Aberanda.

—En principio habían culpado a Pérez Corradi como autor intelectual, pero la jueza Servini tenía otra opinión.

—¿Cuál? —preguntó con real interés.

—Analizando las cifras del contrabando de efedrina, la participación de Pérez Corradi era minoritaria dentro de un negocio mucho más grande en el que estaba involucrada la Aduana, la Sedronar y la SIDE. Así, Pérez Corradi quedó libre por falta de mérito. En cambio, la jueza priorizó dos teorías: una es la disputa entre los narcotraficantes mexicanos, con los que Forza, Ferrón y Bina querían hacer negocios. Otra es la de los servicios de inteligencia locales y extranjeros.

—Empecemos por los mexicanos —decidió.

—A criterio de la jueza Servini, el triple crimen no les sirvió a Pérez Corradini a los cárteles mexicanos porque al mes de que aparecieron los cuerpos de Forza, Ferrón y Bina en un zanjón de General Rodríguez, acá se prohibió la importación de efedrina y se acabó el negocio.

—¿Entonces? —preguntó, mirándolo con firmeza.

—El triple crimen sirvió para cortar para siempre la ‘ruta de la efedrina’ hacia México y, ya hecha metanfetaminas, a los Estados Unidos.

—¿Entonces? —insistió, exigiendo una definición.

—Entonces..., los únicos beneficiados fueron los yankees.

27. Pirómanos.

—Permiso, comisaria —dijo la sargento Díaz, entreabriendo la puerta del despacho de su jefa—. Tenemos imágenes del pirómano que quemó su Jeep.

Sin dudar, Aberanda se despidió del enigmático Fernando Bonse, extenuado después de tantas horas respondiendo preguntas, e hizo pasar a su asistente.

Con su reconocida habilidad informática, Díaz tecleó en la terminal de su jefa y pronto apareció el video grabado por las cámaras de seguridad de Morón. La imagen era clarísima. Un conductor detenía su moto, descendía, caminaba directamente hacia el Jeep de Aberanda, encendía la Molotov y la tiraba debajo del motor. Una segunda cámara había captado a la misma moto, cuando se alejaba. Si bien el casco impedía visualizar al agresor, la patente de la Kawasaki había quedado bien grabada.

De inmediato, la comisaria le pidió a Díaz que comparara esa moto con la que usaron los asesinos de Dante Pena. Si bien, el resultado fue negativo, ya que se trataba de una Honda y no una Kawasaki, la casualidad permitió un descubrimiento importante. Al revisar las imágenes de la tragedia de la plaza del vagón, la sargento Díaz notó que aquella moto Honda, negra, tenía un llamativo silenciador plateado semejante a otro que ya había visto. Al forzar su memoria, recordó que mientras esperaba a su jefa en la esquina de Merlo y Ventura Bustos había estado mirando una moto estacionada, de esa marca y con un silenciador similar.

Al escuchar este comentario, la comisaria ordenó que uno de los patrulleros que estaban por aquella zona se acercara a esa

esquina para verificar si, ahí o por los alrededores, estaba aquella moto.

Pocos minutos después, llegó la respuesta: la motocicleta Honda estaba pero le habían robado las ruedas y algo más. Tras disponer que el agente se quedara de custodia, Aberanda tomó dos decisiones. Una, solicitar a la policía científica que retirara esa moto para buscar huellas y compararlas con las de Paco. La otra decisión fue solicitarle a Raula que fuera de nuevo a Merlo y Ventura Bustos, porque recordaba que en la guarida del paraguayo había visto un llavero con el logo de Honda y quería que ella lo buscara para chequear si correspondía a la moto estacionada frente a su loft.

De ahí en más se sucedieron buenas noticias: Raula Díaz no solo encontró la llave de Paco sino que logró poner en marcha esa moto, ya sin ruedas pero con el motor intacto. Por su parte, en el mismo vehículo, la Policía Científica encontró huellas dactilares que pertenecieron a Paco y Lucrecia,

Entonces, al volver a revisar más detenidamente las imágenes del crimen de Dante, el equipo de Aberanda comprobó que los motochorros asesinos eran un hombre y una mujer. La misma moto y las mismas huellas dactilares, ergo: los asesinos habían sido Paco Duarte y Lucrecia Monzaga. Una de las tantas preguntas pendientes era: ¿Por qué Paco decapitó a su cómplice Lucrecia? La otra: muertos Paco y Lucrecia ¿quién quemó el jeep de la comisaria?

Mientras Díaz redactaba el informe para agregar las novedades al expediente de la investigación, la comisaria le envió un mensaje a Bonse. Tras confirmarle que Paco y Lucrecia eran los asesinos de su amigo Dante, le adjuntó fotos de ambos para ver si los reconocía.

La respuesta de Fernando Bonse fue rápida. A Lucrecia no la había visto nunca. En cambio, Paco tenía rasgos vulgares, fáciles de camuflar con anteojos, cambio de pelo, bigotes, barbas o gorras. Por lo tanto, solicitaba conocer más datos de ese personaje. En especial, le interesaba saber cuáles ambientes había frecuentado el asesino.

En principio, Aberanda rechazó la idea de compartir información con alguien que apenas conocía. Pero luego fue cambiando de idea. Se trataba de los datos de un asesino, muerto, y que pudo estar involucrado con los secuestradores de Domecq. Finalmente le mando siguiente resumen:

«Francisco Duarte (alias Paco), paraguayo, ligado al inframundo narco, responsable de secuestros y homicidios cometidos en Paraguay, en la Triple Frontera y en nuestro país. Su apariencia contrastaba con la brutalidad de sus actos. Paco estaba sospechado de participar del “baño de sangre” en Castelar Sur».

La respuesta de Bonse, via mensaje de voz fue: *«De nuevo aparece el “baño de sangre” de Castelar que Dante y Domecq estaban investigando. Ojalá su amigo supere la amnesia».*

Si bien consideró que Bonse solo mencionaba obviedades, esa misma noche, ya en la cama, mientras esperaba la llegada del sueño reparador, Anahíre conoció que la más mínima palabra de Domecq podría ser fundamental. Entonces, a pesar de que ya había pasado la medianoche, le envió un Whatsapp a su asistente para que a las 7,30 am. pasara a buscarla, para ir juntas al Hospital Posadas.

Aquella mañana, ya frente al neurólogo que atendía a Domecq, la comisaria expuso sus inquietudes:

—Doctor Lavia, estoy aquí como amiga de Domecq y no quiero

afectar en lo más mínimo su proceso de recuperación. Pero además soy policía y sé que está en peligro. Quienes lo secuestraron ya cometieron dos asesinatos. Milagrosamente, alguien encontró a Domecq antes de que lo silenciaron. Pero en cuanto descubran que está internado acá, a pesar de la custodia policial, vendrán a liquidarlo. La única forma de evitarlo es anticiparnos a ellos. Descubrir quiénes son e ir a buscarlos. Pero el único que puede identificarlos es Domecq y está amnésico. ¿Usted cree que hay alguna forma de hacerle preguntas sin alterar su recuperación?

—Comisaria, le voy a ser sincero. Gracias a que la vez pasada usted mencionó a Leonor, hemos logrado avanzar en la comunicación con el paciente, sin que le generen inquietud o agitación, pero sólo sobre temas familiares. Puedo intentar con otras preguntas pero a cuenta gotas, por prueba y error. Si usted me dice lo que quiere preguntarle, después, a solas con él, buscaré la mejor forma de ir planteándoselo.

Impotente, dominando sus ganas de reaccionar, Aberanda comprendió que no tenía opciones.

—Mire doctor, al momento de ser secuestrado y torturado el señor Domecq estaba buscando la posible vinculación entre el denominado “baño de sangre de Castelar Sur” y algún otro caso de narcotráfico, como la efedrina. Es muy posible que antes del secuestro él hubiera descubierto algo. Conocer ese “algo” nos permitiría avanzar y proteger su vida.

Luego de dejarle sus números de contacto al doctor Lavia, la comisaria decidió sorprender a Fernando Bonse, visitándolo en su escondite. Si bien la viuda de Dante había confirmado que su marido

solía reunirse con don Fernando, Aberanda nunca había escuchado a Domecq mencionar a este “informante”.

Una vez que recibió la orden de su jefa, Raula cargó la dirección de Bonse en el GPS y confirmó que el domicilio correspondía a Ituzaingó, más precisamente Villa Udaondo.

Luego de transitar por el Acceso Oeste, el patrullero descendió en la calle Dr. Repetto y avanzó hasta toparse con el arroyo Soto. Allí, entre el cauce del arroyo y el inmenso predio del INTA, sobre una calle de tierra, estaba la tranquera de “Acá no es”, la poco amigable casaquinta donde vivía Fernando Bonse.

Alertado por los agresivos ladridos de sus perros, entre el alto yuyal que casi ocultaba su silueta, apareció el dueño de casa. Sorprendido por las inesperadas visitas, silenció a sus animales con una orden en alemán y, casi por obligación, preguntó:

—¿Quieren pasar?

Ya sentados bajo la galería de chapa que bordeaba la rústica casona rural, Fernando ofreció compartir el mate. Al tiempo que Raula lo rechazaba con una sonrisa, la comisaria se alejó para leer el mensaje que acaba de enviarle el doctor Lavia: «*Al escuchar la palabra efedrina, Domecq había reaccionado repitiendo: la morsa..., la morsa...*».

28. La Morsa

—¿Quién es “La Morsa”? —preguntó sin rodeos la comisaria Aberanda.

Luego de esbozar una sonrisa escéptica, don Fernando Bonse respondió:

—En 2015, en el programa de Jorge Lanata en Canal 13, un tal Salerno, socio de una de las víctimas del Triple Crimen, vinculó a Esteban Pérez Corradi con Aníbal Fernandez y sostuvo que el ministro era “La Morsa”. Según Salerno, el propio Pérez Corradi le había dicho: «“La Morsa” es Aníbal, y en su campaña a Gobernador lava dinero de la efedrina».

—Si mal no recuerdo, Aníbal logró frenar el escándalo porque esa denuncia no fue ratificada en sede judicial —intervino Aberanda.

—En realidad, cuando declaró como testigo en el juicio del Triple Crimen, Salerno repitió esta anécdota pero no pudo demostrarlo. Era sólo su palabra contra la de Aníbal.

—¿Entonces? —insistió la comisaria.

—Un año después de la denuncia de Salerno en canal 13, cuando la jueza Servini le preguntó quién era “La Morsa”, Pérez Corradi aseguró que era Aníbal Fernández, pero aclaró que así se lo había dicho Sebastián Forza, uno de las víctimas del triple crimen.

—¡Y el muerto ya no lo podía contradecir...! —acotó ella con una mueca irónica.

—¡Exacto! Sin embargo, la viuda de Forza aseguró en el juicio que su marido temía que Pérez Corradi lo asesinara y, días antes de su homicidio, le había pagado por protección unos 200 mil dólares a una persona apodada “La Morsa”.

—¿Y...?

—Hay otra versión —continuó Bonse—. El ex policía Martín Lanatta, uno de los condenados por el triple crimen, también sostuvo que "La Morsa" era Aníbal. Incluso aseguró que él personalmente retiró el dinero pagado por los narcotraficantes y lo llevó, en dos ocasiones, a la casa del ministro.

—¿Y qué dijo Fernandez?

— ¡Váyase a cagar!

—¿Qué? —reaccionó Aberanda.

—¡Perdón, comisaria, pero ese fue el exabrupto de Aníbal al periodista que lo consultó.

—Parece el cuento de "la buena pipa".

—Además, hubo quien afirmó que "La Morsa" era Julio César Pose, el agente inorgánico de la DEA del caso "Flor Metálica". Pero Pose retrucó denunciando que lo querían manchar porque la DEA estaba investigando a Fernández.

—¿Y usted qué opina? —lo apuró Aberanda.

—Aunque no se pueda probar que Fernandez era "La Morsa", es innegable que Aníbal, como ministro K, controló las inoperantes fuerzas de seguridad y bloqueó personalmente la ley contra la efedrina con una carta a cada diputado nacional pidiendo que no votasen la penalización del tráfico de precursores químicos. Pero lo más contundente es que el condenado Martín Lanatta declaró que Aníbal había sido su jefe en una "red de tráfico de armas y drogas". Recuerde comisaria, que importaban efedrina declarando pólvora y los organismo de control no se dieron cuenta. Además, los vínculos de Fernández con Lanatta iban más allá de un alias o apodo. Ambos se

conocían de Quilmes y Aníbal le facilitó el acceso al RENAR para gestionar la portación de armas “por izquierda”. Se cobraba 3.500 dólares cada portación. Como frutilla del postre, el abogado de Fernández fue también abogado de Lanatta. Además, está la denuncia de Carrió.

—¿Qué dijo Lilita?

—Elisa Carrió dijo, casi textual:

«Tuvimos un criminal de jefe de Gabinete, de ministro de Justicia y de ministro del Interior. Es el autor intelectual de los crímenes de General Rodríguez, Ingeniero Maschwitz, y Unicenter». ¿Se puede ser más claro y directo?

Ante el silencio de su interlocutora, don Fernando preguntó:

—Si me permite, comisaria, ¿por qué le interesa “La Morsa”?

—Porque Domecq empezó a recuperarse de su amnesia y asoció las palabras efedrina y morsa —contestó ella y agregó—. Mi intuición me dice que esas dos palabras se vinculan con su secuestro.

—Por lo que yo sé, Domecq había retomado la investigación de Dante...

—Y Dante estaba investigando el “baño de sangre” en Castelar —lo interrumpió ella.

—¡No, comisaria! Dante estaba obsesionado con los narcovuelos.

—Mire Fernando, Domecq ingresó a la PC de Dante y al revisar los últimos mensajes encontró que se referían a la masacre de Castelar Sur, y estaban en un archivo que caratuló “efedrina”.

—¿No encontró archivos sobre narcovuelos?

Evitando enrojecer de vergüenza, Aberanda tuvo que reconocer

que se había concentrado en el archivo “efedrina”, sin revisar el resto. Entonces, buscó una salida elegante.

—Tengo que retirarme. Seguimos en otro momento. Gracias por su aporte.

En cuanto subió al patrullero, la comisaria le ordenó a Raula que se dirigiera a la casa de la familia Pena.

Durante el trayecto de Villa Udaondo a Castelar, Aberanda le envió un mensaje al doctor Lavia:

«Por favor, consultar a Domecq sobre los narcovuelos».

Más animada que la última vez y esbozando una leve sonrisa, Magda recibió a la comisaria quien, casi sin introducción, le comentó que había analizado el archivo de “efedrina” y ahora buscaba información sobre “narcovuelos”. Fue entonces cuando se sorprendió al enterarse de que el difunto Dante tenía brevet de piloto. A continuación, tras guiarla por la estrecha escalera caracol hasta el altillo donde solía trabajar su esposo, Magda activó la PC con su clave y se retiró para que Aberanda trabajara tranquila. Una vez que exploró varios archivos, copió algunos en una USB y, tras agradecerle a la dueña de casa, se retiró anticipándole que enviaría a un técnico para copiar todo el contenido del disco duro.

Como ya habían pasado un par de horas después del mediodía, la comisaria le pidió a su asistente que detuviera el patrullero frente a una pizzería para engañar el estómago con unas porciones del mostrador. Aún no había pasado media hora cuando pagó la cuenta y decidió regresar a Morón.

Una vez en su despacho, Aberanda se sirvió café de su termo personal. Luego, mientras apretaba entre sus manos la taza con la

dedicación “*Para mamá*”, abrió el archivo titulado “Bombardeo de drogas” cuyo contenido suponía vinculado a los narcovuelos. En efecto, el primer artículo copiado databa de agosto de 2023. En él, la periodista Cecilia Di Lodovico afirmaba lo siguiente:

«Si las aeronaves que transportan drogas no cometen un error, no son detectadas por un gobierno tan incapaz como desinteresado frente a semejante flagelo».

Luego de tan contundente introducción, la periodista relataba el fortuito descubrimiento de una avioneta que cayó en Chaco con 324 panes de cocaína, alertando sobre los narcos que operan en el país para enviar droga a Europa.

En otro párrafo, la misma periodista afirmaba:

«Se sabe que la mayor parte de los ladrillos que caen del cielo tienen al viejo continente como destino final. También se conocen los nombres de los principales capos detrás de los millonarios cargamentos que provienen de laboratorios de Bolivia y Perú. Estos narcos compran stock de droga y luego la trasladan desde Latinoamérica hasta su destino final europeo. Son quienes más ganan en un negocio aceitado y de formato empresarial, en el que un kilo que cuesta 2 mil dólares en Bolivia termina vendiéndose a 30 mil euros en Barcelona o Madrid».

Desorientada, la comisaria masculló una frase de bronca:

—No veo la más mínima vinculación entre la efedrina, los narcovuelos y el baño de sangre de Castelar Sur. Y menos aún con “**La Morsa**”. ¿Acaso Domecq salió de la amnesia y entró en el delirio?

29. Doble femicidio

Aquella tarde, al finalizar su jornada laboral, Raula Díaz notó que su jefa estaba apesadumbrada e inventó una excusa para sacarle conversación.

—Permiso comisaria, antes de retirarme quería agradecerle la pizza del mediodía —dijo la sargento luego de entreabrir la puerta del despacho.

—No hay de qué. Pero ya que estás por acá te dejo una pregunta para que la discutas con la almohada. ¿Ves alguna vinculación entre la efedrina, los narcovuelos y el baño de sangre que investigaba Dante?

—En principio son tres casos de drogas, pero creo que la efedrina no tiene nada que ver con los narcovuelos, ni con el narcomenudeo de Castelar Sur— arriesgó Raula.

—¡Tenés razón! Es más, la droga de los vuelos viene de Bolivia y Perú y va para Europa. En cambio la efedrina viene de Asia y sigue para América del Norte. En fin, no logro entender por qué Dante vinculó el baño de sangre con la efedrina.

—Muerto Dante habría que esperar a que Domecq se recupere de la amnesia. Bueno comisaria, me voy a la práctica de tiro.

—Espero que te toque un instructor pintón y sin compromisos— dijo la comisaria y ambas rieron.

Al recordar el comentario de Raula sobre la amnesia de su amigo, Aberanda decidió reenviarle el mensaje al doctor Lavia: «*RECORDATORIO: Por favor, consultar a Domecq sobre los narcovuelos*».

La respuesta fue tan rápida como desalentadora: «*El paciente*

involucionó. Por el momento no podemos molestarlo con temas que lo inquieten».

Abrumada frente al callejón sin salida, la comisaria comprendió que tras la muerte de Dante y la amnesia de Domecq solo Fernando Bonse podía brindarle las respuestas que necesitaba. De inmediato le envió un Whatsapp:

«¿Por qué Dante Pena relacionó el baño de sangre de Castelar con la efedrina y los narcovuelos».

Dando por sentado que don Fernando se tomaría su tiempo para contestar, Aberanda decidió darse el gusto de cenar con sus hijos y quedarse con ellos hasta que se acostaran. Entonces, llamó a su madre para confirmarle la hora de llegada y anticiparle que llevaría helado para el postre.

El día siguiente, Anahí levantó las persianas de su departamento y descubrió una luminosa mañana de primavera, ideal para correr. Entonces, después de un desayuno variado pero incompleto, se vistió con el jogging negro y salió. No llevó el celular porque quería concentrarse en los divagues de su mente. En cuanto regresó, se dio una ducha y mientras tomaba otro vaso de jugo de naranjas, leyó los mensajes recibidos.

La primera noticia era de la aseguradora: en base a la cláusula de destrucción total del Jeep ponían a su disposición un auto sustituto. En principio, por siete días. «¡Sólo por siete días!» —gruñó—. « ¡Y no mencionan qué cacharro me van a dar!».

El siguiente mensaje era de Fernando Bonse, quien esbozaba una respuesta:

«Los envases de la cocaína encontrada en la masacre de Castelar

mostraban dos imágenes: un hombre con barba o una mano negra abierta, idénticas a las encontradas en la avioneta narco que cayó en Chaco. Pero no veo relación entre estos dos casos con la efedrina».

Si bien seguía desconociendo la razón por la cual Dante había vinculado la efedrina con el bunker de cocaína, la comisaria tenía una nueva pista: envases de droga con un barbudo o una mano negra habían aparecido tanto en el avión narco caído como en el bunker del baño de sangre.

En cuanto llegó a su despacho, llamó a la sargento Díaz, le comentó el aporte de don Fernando y le pidió que buscara otros casos donde aparecieran envases de cocaína con las mismas imágenes. Por su parte, decidió revisar el archivo al que Dante había titulado: “Bombardeo de drogas”.

A falta de un criterio mejor, comenzó con el caso de la avioneta que, en Julio de 2023, cayó en Chaco con 324 panes de droga. En su trabajo de investigación, Dante Pena se había preguntado:

«¿Quiénes son los nuevos magnates de la cocaína que llueve del cielo en la Argentina?».

Y había esbozado la siguiente respuesta:

«Son pocos. A los capos que adquieren la droga en su origen y la ofrecen al mercado europeo, se los puede contar con una mano. Los ladrillos llevan un inconfundible sello que los identifica, una marca de calidad y origen».

Si bien se trataba de un informe interesante, Aberanda recién comprendió su importancia, al leer lo siguiente:

«Los narcovuelos están relacionados con el PCC (Primer Comando Capital de Brasil) que ya tiene control sobre las rutas de

abastecimiento de drogas y quedó posicionado encima de los clanes que distribuyen cocaína y violencia en nuestras calles».

Por último, Dante Pena había anotado lo siguiente:

«La avioneta que se desplomó sobre territorio chaqueño habría partido de Bolivia, e ingresado a la Argentina vía Paraguay. Se cree que tenía salida a Europa vía puertos de Buenos Aires o Uruguay. La avioneta se accidentó muy cerca de una de las principales zonas de bombardeo y aterrizajes narco en la Argentina: en el límite entre Chaco y Santiago del Estero».

Satisfecha por la lectura de esta primera aproximación de Dante al caso de la cocaína “llovida sobre Chaco”, la comisaria buscó las notas del difunto sobre el doble femicidio en Castelar Sur.

«En un baño de sangre dos mujeres fueron decapitadas en un búnker de drogas. En el inmueble, que ya tenía denuncias por narcomenudeo, secuestraron drogas, una balanza, papel film y una importante cantidad de teléfonos celulares que podrían ser robados».

Durante esta lectura, Aberanda recordó que, tras la llamada al 911, uno de los patrulleros de la dotación de la comisaria Aberanda había llegado a la escena del doble crimen. Al recordarlo, decidió releer el informe redactado por sus agentes para confrontarlo con lo que acababa de leer en el archivo de Dante Pena.

Además, como los policías de Morón habían tenido el buen tino de fotografiar la escena del doble femicidio, la comisaria pudo confirmar que algunos envases de cocaína llevaban impresa la imagen de un hombre con barba y gorra, mientras que otros mostraban una mano negra abierta. Pero lo sorprendente, fue un dato macabro que no había sido replicado en los medios de comunicación: las dos

mujeres habían sido baleadas, degolladas y sus cabezas estaban junto a un altar de San La Muerte.

«¿Qué carajo significa la presencia de San la Muerte? ¿Las víctimas eran devotas, tenían un altar y, casualmente, las degollaron en ese lugar, o sus cabezas fueron “una ofrenda”?» —se preguntó.

30. Narcovuelos

«Durante una breve mejoría del paciente Domecq, le trasladé su pregunta sobre los narcovuelos y dijo que Dante investigaba si la cocaína llovida en el Chaco llegaba a Castelar. Es todo. Si sigue mejorando pronto podrá visitarlo».

Entusiasmada por las buenas noticias, la comisaria Aberanda le hizo señas a Raula Díaz para que se acercara a su despacho.

Luego de releer en voz alta el mensaje del doctor Lavia, la comisaria compartió sus elucubraciones.

—Domecq fue secuestrado cuando investigaba la muerte de Dante Pena, asesinado mientras intentaba averiguar si la cocaína encontrada en el bunker de Castelar era parte de la carga de la avioneta que cayó en el Chaco —resumió—. ¿Qué podés agregar?

—Los “ladrillos” tenían la misma imagen —acotó Raula.

—Es cierto. Algunos mostraban un barbudo y otros una mano negra.

—¿Sabemos por qué Dante investigaba eso?

—Además de periodista de investigación, según la viuda, era informante de la DEA —respondió Aberanda.

—¿No podemos contactar a la DEA? —se arriesgó a sugerir la sargento.

—No puedo presentarme frente a los *yankees* con las manos vacías —argumentó la comisaria antes de agregar, en tono burlón—. ¿Qué voy a decirles?: señores, una viuda jura que a su esposo lo mataron cuando trabajaba para ustedes. ¿Pueden contarme la verdad?

Roja por una mezcla de bronca y vergüenza, la pobre Raula prefirió mirar al piso sin emitir palabra.

Como ignorando lo sucedido, Aberanda retomó su tono habitual y preguntó:

—¿Cómo resultó la búsqueda que te encargué esta mañana?

—Para conocer el significado de las imágenes que aparecen en los envases de cocaína consulté a nuestros colegas de narcóticos y me pasaron un link donde están codificados todos los sellos o logotipos detectados hasta ahora. En general se cree que indican la calidad de la “merca” pero eso es válido para el éxtasis y no para la cocaína donde funciona como un sistema de identificación para proveedores y destinatarios. Cuando un distribuidor local tiene varios proveedores necesita diferenciar la sustancia que ofrece a sus clientes. En ese registro hay miles de formas y figuras: animales, imágenes de famosos como Messi o Bob Marley, escudos de equipos de fútbol, marcas de joyas, países como Qatar, símbolos de superhéroes, el rostro de Pablo Escobar y hasta el conejito de Playboy. Seguramente usted recuerda que los Zetas de México se identifican con el “cavallino rampante” de Ferrari y el cartel del Golfo con el logo de la marca de tractores John Deere. Bueno, en base a ese código, accedí a la base de datos con la historia de los distintos logos.

—Veo que hiciste los deberes. Ahora contame algo que no sepa —la apuró la impaciente comisaria.

—Con respecto a las imágenes que estaban en los paquetes de cocaína que se encontraron en la avioneta estrellada en el Chaco, la

figura de la “mano negra” es adjudicada al boliviano Jorge “El Nono” Granier Ruiz, también apodado “el fantasma”, líder de una organización dedicada al transporte de cocaína, en avionetas, desde Bolivia y Paraguay hacia la Argentina. Granier tiene vínculos con el Primer Comando Capital de Brasil (PCC).

—¿Granier no está preso?

—¡Sí, comisaria! Lo acaban de agarrar en Brasil y ya Argentina pidió la extradición, porque además del tráfico de drogas está acusado del triple crimen de Ibarlucea, en Santa Fe.

—La boda narco, donde mataron a un matrimonio y su bebé.

—Sí, comisaria.

—¿Qué más sabés de Granier?

—Se dedicaba al “bombardeo” de droga en zonas rurales de Salta, Chaco, Santiago del Estero y Santa Fe. Puntualmente, fue en la localidad de Ibarlucea donde se produjo la masacre de la boda narco que usted mencionó. Granier era buscado por Interpol debido a su vinculación con el temible PCC de Brasil que busca controlar la producción y distribución de la droga entre América del Sur y Europa.

—¿A Granier lo agarraron en Brasil?

—Sí, comisaria. Fue en una ruta, gracias a una denuncia anónima. Lo acusan de una doble tarea: “dueño” de la operación y encargado de la logística. Compraba droga a distintos laboratorios bolivianos, tercerizaba sus empaques y luego los transportaba a nuestro país. Dicen que un kilo cuesta 2 mil dólares en Bolivia y 30 mil euros en España.

—¿Algo más?

—Si le interesa, un reciente informe de la DEA menciona a la

efedrina.

— ¿Será la pata que buscamos?

—Según la DEA, años atrás, atraídos por el tráfico de efedrina, los más importantes cárteles mexicanos, colombianos y peruanos llegaron a Argentina. Cuando se prohibió la importación de precursores químicos, como ya se habían establecido en nuestro territorio, esos cárteles se quedaron para traer droga producida en sus países como paso intermedio a su destino en Europa —resumió.

—Está bien, Raula, podés retirarte. Yo me voy a quedar un rato más porque me acaban de traer los USB con copia del disco rígido de Dante Pena y quiero ver si encuentro algo más —concluyó, antes de agregar—. Algo más, por favor llamá a “La Intendencia” y pedí que me traigan un *capuccino* con dos medialunas de manteca. Gracias.

Mientras los últimos rayos del sol iluminaban la ventana de su despacho, Aberanda hizo honores a su tardía merienda. Al rato, con renovadas energías comenzó a revisar los USB prestando atención a los nombres de las carpetas en las que Dante Pena archivaba sus investigaciones. Ya había revisado las que llevaban por título: “Efedrina” y “Bombardeo de drogas” pero había decenas de carpetas más, cada una conteniendo numerosos documentos. Después de un rato, como no encontró carpetas con nombres vinculados a “Garnier Ruiz” o el “PCC”, decidió ordenar todos los documentos por fecha de modificación sin importar su título. Luego, revisó los documentos que Dante había creado o modificado los días previos a su muerte, sin importar el asunto o título. Fue así que descubrió que, justo antes de ser asesinado, Dante había estado trabajando simultáneamente con cuatro documentos que había archivado en carpetas distintas. Uno

estaba relacionado con el bunker de Castelar y el otro con los “narcovuelos”, mientras que los otros dos documentos llevaban por título: “FB” y “Viajes”, respectivamente.

Al abrir la carpeta “FB”, la comisaria confirmó lo que había intuido: se refería a textos intercambiados con Fernando Bonse. En cambio la carpeta “Viajes” contenía documentos sin título y cuyo asunto era simplemente una fecha.

Al tener que decidir cuál leer primero, Anahí Aberanda dio por sentado que en “FB” encontraría material que ya don Fernando le habría compartido, entonces ingresó a la carpeta “Viajes” y, en base a la fecha, buscó el documento más reciente.

«Estoy en el Chaco, Magda cree que estoy con la DEA pero vine solo, sin avisarle a nadie. Quise ver con mis propios ojos la lluvia de cocaína sobre estos campos. Acompañado por un vaqueano, revisé las misteriosas marcas que habían aparecido en un sembrado. Si bien eran huecos casi imperceptibles, pronto encontramos demarcaciones y huellas de vehículos en el suelo. Confiando en la suerte, permanecemos en el lugar durante todo el día hasta que, al anochecer, escuchamos retumbar el motor de un avión. Casi al mismo tiempo aparecieron en el horizonte camionetas 4x4 cargando hombre armados. Cuerpo a tierra, mimetizados con el sembrado, esperamos en silencio. De pronto, sin aterrizar, la avioneta dejó caer bolsas desparramadas por el campo. Ocultos entre la maleza, en silencio, sin movernos, descartando la posibilidad de sacar fotos, esperamos a que el operativo terminara. Mi objetivo estaba cumplido, la lluvia de cocaína en bolsas era una realidad».

31. Lluvia de cocaína

Aquella mañana, a primera hora, la comisaria recibió el mensaje del doctor Lavia comunicándole que ya podía visitar a Domecq, pero por no más de cinco minutos y sin mencionar temas que pudieran incomodarlo.

Horas después, pese a la lluvia torrencial, Anahí atravesó de buen grado la enorme playa de estacionamiento e ingresó al Hospital Posadas. Sin uniforme, con los cabellos revueltos por la lluvia y el viento, entró en la sala de internación donde, siempre vigilado, la esperaba su viejo amigo.

—Veo que me trajiste chocolate —dijo el paciente a modo de bienvenida.

—Al menos para estos vicios tu memoria está perfecta —bromeó ella mientras lo besaba en la mejilla y le entregaba la cajita con bombones.

—Cada día voy recuperando más recuerdos pero el doctor dice que no tengo que ponerme ansioso.

—¡Justo a “don ansioso” Domecq le van a pedir eso! —acotó y ambos rieron.

Charlando de las pequeñas cosas de la vida, los cinco minutos pasaron volando sin que ella se atreviera a formular las preguntas que le interesaban. Finalmente, cuando regresó la enfermera para indicar el fin del horario de visita, fue Domecq quien sacó el tema.

—Supongo que mi médico te habrá informado que Dante investigaba si la cocaína llovida en el Chaco se vendía en Castelar.

—Sí, sí. Me informó, pero no sé por qué lo hacía—respondió ella.

—Parece que rebajaban la cocaína y arruinaban el negocio — respondió el paciente, al tiempo que se despedía de la visita.

Una vez en su despacho, la comisaria buscó el uniforme que tenía en el placard y se dirigió al baño para secarse y cambiarse la remera y los jeans empapados. Ya más cómoda, llamó a su asistente, le contó lo dicho por Domecq y le pidió que buscara información sobre cocaína rebajada encontrada en la zona Oeste, en principio, durante los últimos meses.

Mientras Raula Díaz cumplía con la tarea encomendada, Aberanda le escribió un mensaje de whatsapp a Fernando Bonse: *«Según Domecq, Dante investigaba la presencia de cocaína adulterada en Castelar y alrededores».*

La pronta respuesta no le aportó demasiado: *«Tengo entendido que se lo propuso a la DEA, pero a los yankees no le interesó».*

Sorprendida por la afirmación de don Fernando, la comisaria decidió consultar nuevamente los archivos de Dante y buscar algo relacionado con cocaína adulterada.

Repitiendo el criterio de consultar primero los documentos más recientes, abrió el que llevaba el título “Cocaína 2x1”. Se trataba de la copia de un artículo publicado por Cecilia Di Lodovico, el 27 de junio de 2024: “Ladrillos de cocaína cortada en Avellaneda”. Si bien era algo sucedido en la zona sur, lejos de Castelar, igual lo leyó con atención: *«Dilson Eduardo Polanco Muñoz, dominicano, de 35 años, fue arrestado esta semana al salir de su departamento de la zona de Sarandí, donde prensaba ladrillos de cocaína rebajada. Allí, los policías incautaron una contadora de billetes, un celular, 415 mil pesos*

y una prensa hidráulica con matriz metálica que usaba para hacer ladrillos de cocaína, con sello propio: “GTI206”. Polanco compraba un pan de la droga de máxima pureza, lo rebajaba y, con esa sustancia, hacía dos ladrillos de mala calidad. A 24 horas de la detención, Polanco Muñoz aceptó su culpa en un juicio abreviado y fue condenado a cinco años y medio de prisión, precisaron fuentes allegadas al expediente».

Al terminar de leer el artículo periodístico, Aberanda llamó a Raula Díaz y le pidió que volviera a revisar los logos usados por los traficantes de cocaína y buscara “GTI206”, el sello de la droga adulterada en Avellaneda.

—Es fácil —dijo Raula, contenta por poder lucirse—. El registro ya lo tenemos en red y podemos consultarlo desde cualquier terminal. Si me permite..., voy a usar su teclado. Por suerte está por orden alfabético. Acá está.

En silencio, la comisaria leyó la información que aparecía en su pantalla y que coincidía con lo publicado por Cecilia Di Lodovico: *«El logo “GTI206” era el sello utilizado en la cocaína adulterada en Avellaneda»*... Pero la frase siguiente casi la hace caer de espaldas: *«La sigla “GTI206” también fue encontrada durante un allanamiento a un búnker de Libertad»*.

—¡Mirá Raula! —exclamó la comisaria—. Acá habla de un búnker en Libertad pero puede ser el mismo del baño de sangre que investigaba Domecq y que estaba en el límite entre Libertad y Castelar Sur. Que nuestro equipo se ponga a buscar posibles ramificaciones de este caso. ¡Ya!

—¡Parece que tenemos la punta del ovillo! —intentó festejar

Raula Díaz, pero su jefa la cortó en seco con un orden dada con firmeza.

—¡A trabajar, sargento, a trabajar!

—Sí, comisaria, pero recuerde que el agente Oyuela tiene novedades del incendio de su jeep.

—¡Decile que venga!

El joven agente Oyuela, tan morocho como pícaro y simpático, egresado con honores de la escuela de policías, era la más reciente incorporación del Departamento de Investigaciones.

—¿Quería verme, comisaria?

—Sí, Oyuela. ¿Qué averiguó?

—Como usted ya sabe, una cámara de seguridad municipal captó al conductor de una moto Kawasaki que tiraba una molotov contra su Jeep —comenzó—. Bueno, revisamos todas las cámaras de Morón hasta descubrir que esa moto había fugado hacia el parque Gorki Grana camino a la localidad de Libertad. Ayer pedimos autorización para revisar las cámaras del Partido de Merlo pero todavía no respondieron.

Luego de contener una puteada contra sus colegas de Merlo, Aberanda le agradeció a Oyuela y, una vez sola, marcó los números de la Superintendencia de Seguridad para que intercedieran ante los burócratas de turno.

Como no era una de esas personas que se sientan a esperar que le lleguen las respuestas, y dado que su intuición rechazaba la idea de que fuera mera casualidad que el pirómano se refugiara en la zona del sangriento búnker del doble femicidio, la comisaria llamó a Raula Díaz para que la acompañara a dar una vuelta por Libertad, en

busca de cámaras de vigilancia no municipales.

Luego de bordear el polideportivo y la ex mansión Seré, el patrullero avanzó por la Ruta 21 hasta abandonar Morón e ingresar en el Municipio de Merlo. A diferencia de Castelar, donde existen varias cámaras privadas por cuadra, en Libertad la seguridad pasaba por los perros guardianes y los alambrados de púas enrollados como en las viejas trincheras de la primera guerra mundial. Por eso, luego de ir y venir por el principal acceso, las mujeres policías sólo detectaron las cámaras de seguridad de un corralón de materiales.

Mientras Raula esperaba afuera, Aberanda ingresó al poco surtido corralón y se dirigió a lo que parecía una oficina.

—¡Anahí! —exclamó el dueño del negocio.

— ¡Cacho! —se alegró ella al reconocer a un fanático plateísta de Deportivo Morón.

—Hace mucho que no te veo por la cancha.

—Es que no renové la platea.

—¿Para no ver perder al Gallo?

—¡No! Para no ver a mi ex esposo —fue la contundente respuesta.

32. Corralón

De mediana edad, cabello entrecano y risa contagiosa, Cacho siempre encontraba una razón para estar de buen humor y disfrutar de las pequeñas cosas de la vida. Por eso no perdió la oportunidad de acceder a la entrega de los videos de vigilancia a cambio de que las mujeres policías se quedaran a compartir los choripanes que ya tenía en la parrilla.

El improvisado convite apenas duró media hora, pero durante ese tiempo las invitadas no pararon de reír ante las delirantes anécdotas del anfitrión.

Ya de regreso, “con la panza llena y el corazón contento”, la comisaria decidió repartir entre Raula, Oyuela y ella, los tres videos, para avanzar simultáneamente en la búsqueda de la Kawasaki del incendiario. La gran duda era si el sujeto vivía en la localidad de Libertad o, simplemente, la había atravesado de paso a un destino más lejano.

La primera en detectar al autor del atentado fue Aberanda, quien había iniciado su búsqueda a partir del mismo día en que quemaron su Jeep. Tal como había señalado Oyuela, la Kawasaki abandonó Morón e ingresó a Merlo. Ahora, la comisaria pudo confirmar que había pasado frente al corralón de Cacho y continuado hacia el Sur. A falta de una segunda cámara, la única esperanza era que esa moto hubiera vuelto a pasar frente a las cámaras del corralón. Tampoco disponían de los lectores de patentes que en CABA permitían buscar vehículos con pedido de captura.

Recién a media tarde hubo novedades. Ahora fue Oyuela quien detectó a la Kawasaki pasando frente al corralón. Fue un par de días

antes del atentado con la molotov. Primero hacia el Norte y al rato regresando hacia el Sur. La novedad era que la moto estaba conducida por una mujer, con casco rojo, en lugar del hombre con casco negro.

Finalmente, fue Raula quien volvió a encontrar un par de imágenes de la Kawasaki, a medianoche, de Sur a Norte, regresando casi al amanecer, conducida por un hombre con casco negro, muy parecido al quemacoches.

—Comisaria, ¿quiere que patrullemos esa zona? —propuso la sargento Díaz.

—Ganas no me faltan —reconoció Aberanda—. Pero se armaría quilombo con las jurisdicciones. Voy a esperar hasta mañana. Tal vez podamos acceder a las cámaras de Merlo.

Esa noche, luego de rechazar la invitación de Cacho, para “cenar algo mejor que el choripan del mediodía”, Anahí regresó a su departamento. Se sacó el calzado y el uniforme para hablar por teléfono, largo y tendido, con su madre y sus hijos. Luego, tras disfrutar de una larga ducha, envuelta en un toallón, puso música melódica y calentó las lasañas que le había traído su mamá.

Junto al plato humeante y el vaso de vino tinto, abrió su notebook. Sin proponérselo, comenzó a hacer zapping por las webs de noticias, hasta que recordó que aún no había leído el informe de Raula Díaz, pomposamente titulado: “Tenemos una pista”.

La sargento había buscado posibles relaciones entre los sellos de la cocaína adulterada y el resto de los logos de cocaína registrados en la base de datos policial.

El primer cruce era entre los logos “mano negra” y “GTI206”. El primero correspondía a los ladrillos de cocaína encontrados en la

avioneta que cayó en el Chaco, mientras que el segundo había sido utilizado en la cocaína adulterada en el Partido de Avellaneda.

Juntos, esos logos habían aparecido en dos allanamientos: uno era el siniestro búnker del baño de sangre, en el límite entre Libertad y Castelar. El otro, una fiesta electrónica clandestina en El Palomar, cerca de la Reserva Natural. Como ya sabía bastante del búnker, Aberanda leyó directamente el documento que Raula le había enviado sobre la fiesta en El Palomar.

Dada su experiencia como comisaria, ella no necesitaba que le explicaran el modus operandi de las peligrosas y descontroladas fiestas electrónicas clandestinas, donde reina el consumo de drogas mortales. Sin embargo, necesitaba descubrir el hilo que había unido, al menos transitoriamente, a los logos “mano negra” y “GTI206”.

Según el informe de Raula Díaz, en una casa quinta cercana a la Reserva Natural de El Palomar se llevó a cabo un operativo en el que cuarenta personas fueron detenidas durante una fiesta electrónica en la que se secuestró una gran cantidad de drogas por un valor superior a dos millones de pesos. Además, en el Hospital Posadas fueron internadas trece personas con síntomas de intoxicación.

Al revisar los informes policiales del caso, Aberanda confirmó que entre las drogas secuestradas había cocaína con los sellos “mano negra”, “GTI206” y otras. En cambio, en el listado de los detenidos no encontró ningún apellido conocido, aunque la sargento había resaltado uno de ellos porque vivía en la localidad de Libertad,

Aunque esa era la supuesta pista sugerida por Raula Díaz, a la comisaria le dejó gusto a poco.

Obligada a cambiar la rutina, la mañana siguiente Aberanda

comenzó su jornada en la agencia donde debía retirar el auto sustituto provisto por la aseguradora. Al llegar y ver el Gol de color rosa que le ofrecían, casi se infarta. La expresión de su rostro debió ser tan elocuente que el gerente de la concesionaria le ofreció cambiarlo por otro, de color blanco, que ella aceptó satisfecha.

Luego de estacionar frente a la Departamental Morón, la comisaria tomó el ascensor hasta el piso donde tenía su despacho. En cuanto descendió, se cruzó con el agente Oyuela quien la sorprendió con una buena noticia:

— ¡Comisaria! En la Superintendencia le hicieron caso y ya tenemos acceso *on line* al as grabaciones de las cámaras del municipio de Merlo.

Contenta de empezar el día con el pie derecho, Aberanda ordenó a los cuatro integrantes de su equipo que se concentraran en revisar las imágenes de las motos Kawasaki que, en ambos sentidos, cruzaban la frontera entre Morón y Merlo. Pero, además, los arengó:

—Para tener éxito en esta tarea es necesario prestar atención a las nimiedades. Por lo tanto, no descarten la imagen de ninguna moto sin estar completamente seguros de que no es la Kawasaki que buscamos

Aquella mañana la suerte estuvo del lado de la agente Emma Tevere, quien fue la primera en detectar a la moto con la patente que ya conocían. A partir de ese momento, todo el equipo se concentró en seguir las imágenes de la Kawasaki, cuadra por cuadra, hasta verla entrar en una casa de Libertad.

Ansiosa, como de costumbre, Raula Díaz propuso:

—Comisaria, ¿patrullamos la zona?

—Vamos a ir pero en mi autito sustituto y sin uniforme. Como un par de vecinas que hacen sus compras —respondió Aberanda.

—De paso comparamos precios —bromeó Raula.

33. Perejil

Acostumbrada a su Jeep, Anahí Aberanda se sentía desprotegida en el pequeño Gol sustituto. No obstante, como el auto venía equipado con el siempre útil GPS, cargó las calles Mataco y Atahualpa, Libertad, Merlo, y en la pantalla apareció un mapa con un globito rojo muy cerca del trágico búnker del doble femicidio.

Luego de avanzar por la Ruta 21, siguió por la calle Sabattini y finalmente por Atahualpa hasta la dirección donde las cámaras habían mostrado al incendiario ingresando con su moto. Se trataba de una casa chorizo que, a la calle, tenía un local de venta de frutas y verduras y un acceso al pasillo lateral que conducía hacia las otras viviendas. En ese pasillo estaba la Kawasaki.

Aberanda estacionó justo en la puerta y con Raula, ambas vistiendo jeans y remeras informales ingresaron a la verdulería donde el aroma a frutas y verduras convivía con el bullicio de las cumbias.

—Está todo más barato —comentó la sargento mientras admiraba los impecables tomates perfectamente ordenados en un cajón.

Antes que la comisaria respondiera, el bullicio se quebró por el histérico repiqueteo de la bocina de una moto.

—Disculpen...—dijo una muchacha morena que apareció detrás del mostrador con un delantal manchado de tierra—. ¿Pueden correr el auto que mi hermano tiene que sacar la moto? —pidió en buen tono y gesto amable.

—¡Si, como no! —dijo Aberanda—aprovechando para salir y acercarse al motoquero, para verle la cara sin casco. Se trataba de un veinteañero, flaco y demacrado, con ojos hundidos posiblemente por

el consumo de drogas. No parecía peligroso, ni agresivo, sino más bien ausente.

Una vez que ella corrió el Gol, el muchacho salió haciendo tronar el caño de escape. De inmediato, con ambas mujeres en el pequeño auto banco, comenzó la persecución a distancia, para no asustarlo.

Mientras la comisaria se esforzaba por no perder de vista aquella moto, Raula Díaz se comunicó con las patrullas de Morón para que interceptaran la Kawasaki apenas abandonara Libertad e ingresara a Castelar.

Poco después, a la altura del parque Gorki, cuando un patrullero le cruzó el paso a la moto, el conductor—lejos de detenerse—hizo una pirueta, frenó quemando neumáticos, caracoleó, giró e intentó escapar por donde había llegado.

De pronto, Aberanda se encontró con un motoquero que, de contramano, aceleraba con desesperación para huir del patrullero. Cuando el creciente rugido de la moto amenazaba con un choque inminente, en vez de esquivarla, con frialdad y determinación, la comisaria cruzó su auto en el camino de la Kawasaki.

El impacto fue brutal y el estrepitoso sonido metálico quebró el apacible silencio de la tarde. Mientras volaba despedido de su moto, poco antes de que su cabeza impactara contra el parabrisas del Gol, las mujeres policías pudieron ver la mirada de terror del joven motoquero. Inmerso en el polvo generado por la colisión, el cuerpo del fugitivo rebotó y cayó pesadamente en el asfalto.

De inmediato, Aberanda se acercó, le quitó el casco y comprobó que estaba vivo, pero inconsciente. Por su parte, tras llamar al 911,

Raula revisó los bolsillos del accidentado.

Impaciente, temiendo que el joven muriera sin denunciar a quien lo había contratado para incendiar su Jeep, la comisaria le ordenó a Raula que, en cuanto llegara la ambulancia, se subiera para custodiar al detenido hasta el hospital y, de paso, tratar de sonsacarle el nombre del autor intelectual del atentado con la Molotov. La orden era bien clara: «¡No te separes de él hasta que confiese!».

En cuanto regresó a la departamental, Aberanda llamó al agente Oyuela y le mostró los documentos que la sargento Díaz había encontrado en los bolsillos del desafortunado conductor de la Kawasaki. Se llamaba Cristian Ayala, tenía 17 años. La moto estaba a nombre de Juliana Ayala, tal vez la madre o una hermana. Al rato, Oyuela regresó con los primeros datos: el quemacoches tenía antecedentes de delitos menores relacionados con la tenencia de droga para consumo, pero ninguna denuncia por actos violentos o portación de armas. «Un perejil» —pensó ella.

Ansiosa, cuando ya estaba por llamarla, Aberanda recibió el llamado de Raula:

—Comisaria, el pibe está bien pero con una pierna rota. Se llama Cristian Ayala, es adicto y tiró la Molotov a cambio de merca...

—¿Te dijo quién lo mandó? —la interrumpió Aberanda.

—Sí, comisaria. Fue Paco, el paraguayo cómplice de Lucrecia.

—¿El que me cargué en el *loft*?

—Sí, comisaria.

Mascando un insulto, Aberanda cortó la comunicación. Acababa de perder otra pista y Paco se había llevado todas las respuestas a su tumba. Sin embargo, de inmediato, la sorprendió un nuevo llamado de

la sargento Díaz.

—¿Comisaria...?

—¿Qué pasa ahora, tenés otra mala noticia? —se apuró a maltratarla.

—El pibe es un pobre diablo, pero es bocón y sabe muchas cosas... Pensé que tal vez..., con alguna zanahoria..., quizás nos cuente algo del búnker que regenteaba Paco...

—Quedate que voy para ahí —respondió la comisaria Aberanda en un giro impensado.

A pesar de que su Gol sustituto tenía el parabrisas rajado del lado del acompañante, la comisaria condujo hasta el Hospital Posadas, donde la esperaba su asistente. Juntas recorrieron un largo y gélido pasillo con olor a humedad hasta llegar a la sala donde, custodiado por un agente de la bonaerense, se encontraba Cristian Ayala.

Aunque según sus documentos solo tenía 17 años, estaba tan demacrado y con una mirada tan vencida y ausente que resultaba difícil considerarlo un adolescente. Estaba sedado y tenía una pierna enyesada, acababa de comer y tomar sus calmantes.

Por todo eso, más el desacostumbrado placer de estar en una cama limpia y en un ambiente silencioso, el joven se manifestaba propenso a conversar, en especial con la dulce Raula cuyo rostro agradable fue lo primero que vio cuando despertó en la ambulancia.

Como ya habían estado hablando, la sargento retomó una charla intrascendente sobre el barrio de Libertad, la verdulería, sus changas de *delivery* para su hermana pero también para el búnker, donde le pagaban con merca. Ese búnker estaba a cargo de dos

mujeres que trabajaban para Paco, hasta que descubrió que le rebajaban la droga y las borró del mapa. Paco no era del barrio, llegaba en moto o en una SUV negra y lo había convencido de tirar la Molotov sobre el Jeep a cambio de droga. Nunca había hecho algo así, a lo sumo manotearle el celu a algún pendejo. Pero prender la mecha y tirar la botella con combustible, era un trabajito fácil y bien pago.

Entre tantos datos intrascendentes, Cristian Ayala agregó que Paco tenía una amante en el barrio: “la rusa Stein”.

34. Strippers

En la avenida Santa Rosa, el sótano de la cervecería Blood se alquilaba para eventos privados y esa noche Cynthia festejaba su despedida de soltera. Acompañada sólo por mujeres que gritaban y bailaban excitadas por el alcohol, unas más ridículas que otras, con tutús de danza clásica, remeras con dibujos pornográficos y rostros cubiertos de purpurina, Cynthia era la más mojigata y “la rusa” la más zafada. De pronto, “la rusa” corrió un telón e hizo pasar a dos strippers, enormes, musculosos y atractivos, con los cuerpos brillando por el aceite. Uno era un afro senegalés y el otro un rubio casi albino. Entraron vestidos de policías y fueron arrancándose la ropa. Luego de bailar frotándose contra la homenajeadada, entre los dos la levantaron en vilo y se la llevaron detrás del telón, acompañados por el griterío histérico del resto de las mujeres.

Voluptuosa, platinada y con excesivo maquillaje, mientras consumía otra cerveza, “la rusa” no se percató de las dos mujeres jóvenes pero desconocidas que se le habían acercado demasiado, hasta que ambas mostraron sus credenciales de policías.

—¿Hablamos tranquilas acá o te llevamos a la comisaría?— propuso Aberanda.

—¿Qué carajo quieren?

—Información sobre Paco Duarte —dijo la comisaria.

—¡Tarde! Lo mató la cana...

—Tranquila, ya sabemos eso y, también, que vos eras su pareja —insistió Aberanda, con voz firme y mirada dura.

—Pero él no me contaba nada de sus negocios.

—¡Por supuesto! A nosotras, los machos no nos cuentan nada,

ni siquiera en la cama —intervino Raula, en su papel de policía buena.

—¡Exacto! —asintió “la rusa”.

—¡Escuchame! Nosotras estamos laburando y no podemos dejarte ir sin que nos des un dato. No seas boluda, danos una dirección, un tubo, un número de patente, algo para no volver con las manos vacías y las tuyas esposadas en la parte trasera del patrullero.

—Paco usaba una camioneta y una moto.

—Eso también lo sabemos, la moto era Honda y la camioneta era una SUV negra. Además, conocemos el loft cerca del Acceso Oeste y el búnker en Libertad. También te metía los cuernos con Lucrecia la locutora de radio de Ituzaingó.

—¡Era sólo una informante!

—Pero la degolló en un ataque pasional.

—¿Pasional? Que yo sepa, la cabeza se la cortan a los traidores.

—Puede ser. Pero lo importante es que largues el rollo o hago entrar a los muchachos del patrullero que está en la esquina y te sacan de los pelos —la amenazó Aberanda.

—Es qué...

—Última oportunidad: ¿de dónde llegaba la cocaína?

—Del Norte....

—El Norte es muy grande.

—Del Chaco...o Santiago.

—¿Él iba a buscarla hasta allá?

—No, se la traían por la Hidrovía...creo.

—¿De dónde sacaba la cocaína que entregaba en el búnker de Libertad?

—Se la pasaban de un vehículo a otro

—¿Dónde?

—¡No sé! En cualquier lado. Cada vez acordaban por teléfono.

—Tengo el teléfono de Paco en el que te tiene registrada como “la rusa”. Hay muchos nombres y llevaría mucho tiempo investigarlos a todos. Por eso necesito que me digas cuáles de los contactos de Paco son los más importantes —insistió Aberanda.

—Usaba “hermanito” para comunicarse con su jefe.

—¿Quién es el jefe?

—¡Ni idea! No conozco el nombre, le dicen “la morsa”.

—Al escuchar ese apodo, en contra de lo prometido, llamó al patrullero para que se llevara detenida a “la rusa”.

—¡Hija de puta! ¡Me mentiste! —gritó la mujer.

—Es lo que hay —contestó Aberanda.

En cuanto regresó a su departamento, sin importarle que ya había pasado la medianoche, la comisaria le envió un mensaje a su colega de la Policía Científica solicitando que revisaran los teléfonos incautados en el *loft* de Francisco (Paco) Duarte y revisaran sus llamadas intercambiadas con “hermanito”.

A las 6 am. sonó el insobornable despertador. Anahi estiró el brazo y, de mala gana, apagó el *ringtone*. Era primavera y, al mirar hacia la ventana, pudo ver la luz matinal que se colaba entre el joven follaje de los árboles de Morón. Se había acostado más tarde que de costumbre y el cuerpo le pasaba factura. Además, le apenaba no haber podido saludar a sus hijos, la noche anterior, pero el bochinche en Blood era tal que los chicos se habrían preocupado por las andanzas de su mamá.

Luego de una buena ducha, mientras se doraban las tostadas para el desayuno, la comisaria llamó al doctor Lavia para preguntarle si podía visitar a Domecq. Al rato, llegó la respuesta esperada:

«De acuerdo, pero no más de 10 minutos».

Cuando Aberanda estacionó su abollado Gol blanco en el desguarnecido playón del Hospital Posadas, el Sol del mediodía anticipaba la cercanía del verano. Sin uniforme, con jean y blusa sin mangas, ingresó a la sala donde, siempre custodiado, la esperaba Domecq.

Al ver la mirada aún apagada del anciano, la comisaria se preguntó si su amigo podría recuperarse y volver a ser lo que era antes del secuestro.

—Hoy no traje bombones porque tengo preguntas y no quiero que me contestes con la boca llena.

—Estoy amnésico pero no soy estúpido —replicó el veterano periodista y detective por vocación.

—¡Bravo, éste es mi amigo! ¡Volviste!

—No volví del todo, pero estoy en camino. Es más, ya decidí que cuando salga de acá, en vez de volver a mi casa, voy a esconderme en Pontevedra, en casa de mi amigo Pineda.

—Me parece genial, allá podremos hablar largo y tendido, sin horarios. Pero hoy el tordo me autorizó sólo 10 minutos. Te cuento lo que averigüé para que vos agregues lo que te parezca. El tipo que te secuestró está muerto, era un paraguayo de nombre Francisco (Paco) Duarte y estaba con Lucrecia Monzaga...

—¡Tenés razón! ¡Ahora me acuerdo! Atiné a sacarle la capucha y cuando la reconocí, el tipo la mató.

—Yo pude hablar con su pareja, “la rusa”, y me confirmó que Paco manejaba la droga que se vendía en el bunker de Libertad. La mujer dice que la droga venía del Norte, por la Hidrovía y que el Jefe de Paco, era apodado “la morsa”.

—Sí, sí, “la morsa” ¿No te lo conté antes?

—A mí, no. Pero se lo habías mencionado al doctor Lavia.

—¡Ah!... primero, Dante Pena creía que “la morsa” era Aníbal Fernandez, pero no. “La morsa” de la efedrina no es la misma en la cocaína.

—¿Entonces?

—Dante creía que era alguien de la DEA. Pero murió antes de poder confirmarlo.

Pese al insaciable interés de Aberanda, la llegada de la amable pero estricta enfermera determinó el fin de la conversación.

—Por favor, pedile a Renata que prepare mis cosas para una mini mudanza a Pontevedra —pidió Domecq.

—¡Ojo! No des detalles de tu futura ubicación porque el misterioso jefe de Paco podría tenerte en la mira.

35. Caballos

Cuando Anahí se presentó en el hospital y completó los trámites exigidos para mi alta, temí que sólo se tratara de un lindo sueño para compensar la feroz y larga pesadilla. Pero su cálido abrazo y el beso en la mejilla disiparon todas mis dudas.

Juntos, atravesamos la doble puerta de vidrio y salimos a la playa de estacionamiento donde, bajo un cielo limpio y transparente, volví a disfrutar de la anhelada caricia del sol.

—No busques me jeep porque me lo quemaron, ahora ando con aquel Gol sustituto que me prestó la aseguradora —me advirtió, señalando un autito blanco.

—¿Ya pasaste por lo de Renata? —pregunté.

—¡Sí! Parece que tu vecina pensó en una mudanza definitiva porque me llenó el baúl con cosas tuyas.

—¿Cómo están Negro y mi coupé?

—Según Renata, tus dos amores están perfectos —me tranquilizó.

Ya en la ruta disfruté cada detalle del paisaje: los distintos tonos de verdes, sembrados, pasturas, árboles, vacas y sobretodo caballos. Fue en ese momento, al ver un alazán, cuando los resabios de la amnesia cedieron ante la potencia de un recuerdo imborrable: “Viejo”, mi querido caballo.

Con culpa recordé aquel día que, sin averiguar demasiado, acepté el trueque del viejo caballo que ya ni trotaba por una joven potranca. Supuestamente “Viejo” iba a descansar, y yo quise imaginarlo en una hermosa y verde pradera, acompañado por otros veteranos matungos, pero...

—¿En qué pensás?—interrumpió Anahí mis recuerdos y me evitó revivir el triste final de aquella vieja historia.

—Trataba de recordar a mi primer caballo, en la chacra de mis abuelos.

—Hablando de la chacra, cuando terminemos de cruzar Pontevedra ¿por dónde tengo que seguir?

—La calle principal se llama avenida de la Unión y se transforma en una ruta que conecta con 20 de junio. Vos seguí derech, hasta que yo te avise.

Al rato, después que ella esquivara la sucesión de traicioneros baches típicos de las rutas de la provincia, al ver el oxidado cartel de “Soguería”, le indiqué a Anahí que doblara a la derecha y bordeara un antiguo establecimiento rural, iniciado a fin del siglo XIX por la familia Colonna. Finalmente, al estacionar frente a la rústica tranquera, de madera noble pero despintada, un par de perrazos, amenazantes, rodearon a nuestro pequeño Gol.

—¡A cucha! —sonó un grito ronco y los perros se volvieron para la casa, con la cola entre las patas.

—¡Pineda!—casi grité al ver al viejo paisano que se sacaba la boina a modo de saludo.

—El mismo que viste y calza —dijo mientras esbozaba una sonrisa que delataba su dentadura incompleta—. ¿Y vos seguí siendo Domecq? —preguntó con un gesto pícaro, propio del “Viejo Vizcacha”.

—¡Sí, soy Domecq! —respondí—. ¿Te acordás de Anahí Aberanda? —pregunté señalando a mi amiga, enfundada en un jean rigurosamente elástico.

—¡Cómo voy a olvidarme de la comisaria más linda que vi en mi vida!

—Que es la única mujer comisaria que vio —retrucó Anahí y todos reímos.

A partir de ese momento, sentados bajo las casuarinas y sin apuro, los tres comenzamos a hablar de bueyes perdidos y a intercambiar anécdotas. Anahí compartió una generosa bolsa de bizcochos con grasa, y el dueño de casa preparó un mate con toques mágicos, gracias a esos yuyos que sólo la gente de campo conoce y guarda en secreto.

—Traje unos chorizos para el mediodía —dijo Anahí.

—Y yo tengo un pollo que apunta a maricón, ideal para la parrilla —agregó el paisano canoso, de piel oscura y ojos achinados, con manos fuertes y ásperas.

—¿Puedo dar una vueltita por la huerta? —pidió ella.

— ¡Andá nomás! Y cortá algo para la ensalada —respondió Pineda, mientras se acercaba a la parrilla para comenzar el fuego.

—¿Cómo se dio lo de ser domador? —pregunté.

—¿Te volvió la amnesia? —se asustó Pineda.

—Espero que no, pero me gustaría confirmar si mis recuerdos son correctos.

—¡Güeno! Acá no le negamos una anécdota a nadie —respondió con una sonrisa franca—. Mi abuelo era un indio Pampa que nos enseñó las técnicas ancestrales para amansar caballos sin violencia. Con tranquilidad, respeto y tiempo, los indios lograban amansarlos. Por eso, podían pararse sobre sus pingos para mirar a la distancia, y hasta echarlos al suelo cuando necesitaban esconderse.

De gurí nomás, aprendí la tradición familiar de evitar que los potros sufrieran durante la doma porque, luego de ese maltrato, el animal temería ser agredido nuevamente y nunca confiaría en el hombre.

—¿Y cómo lo hacías? —insistí.

—Respetando los tiempos del potro, yo me acercaba despacito, despacito, y le hablaba. Recién después de un rato lo tocaba, lo palmeaba con cariño, hasta estar tan cerca como para poder soplarle en el hocico, ya que los caballos utilizan el olfato para reconocerse. En fin, fue lindo hasta que me llegó la maldita artritis y decidí transformar este campo en un santuario para caballos maltratados, a los que cuido y protejo con cariño.

—¿Dónde lavo la verdura? —interrumpió Anahi a su regreso de la huerta.

—Lavá todo bajo la bomba y dejalo en la fuente que tengo en la cocina, junto a la hornalla. De paso voy a poner el pollo al fuego y los chorizos en el borde, bien de a poco.

—Muchachos, les cuento que Renata mandó un vinito para Domecq y supongo que va a compartirlo —me chicaneó Anahí ante la risa de todos.

Cuando mi amiga se alejó para seguir con sus quehaceres, don Anselmo, en tono cómplice, me preguntó:

—Es la segunda vez que aparecés con esta mina ¿Pasa algo entre ustedes?

—¡Ojalá! —suspiré—. Pero la diferencia de edad sólo se podría salvar con una billetera que no tengo. Además, la vez pasada la traje porque ella estaba en el ojo de la tormenta y necesitaba borrarse. Ahora el fugitivo soy yo.

—En tu mensaje mencionaste que estabas recuperándote de una amnesia. ¿Fue por la edad o...?

—¡Nada que ver! Me secuestraron, me encadenaron y me cagaron a golpes. Parece que fue una reacción postraumática.

—¿En qué andabas?

—Un amigo periodista fue asesinado mientras investigaba a los narcos y su viuda me pidió que averiguara quién fue, pero a alguien le molestó.

—¿Cuánto pensás quedarte?

—No tengo idea. ¿Por...?

—Aunque sacrifique un pollo por día no pasamos de una quincena y la carne de perro es horrible —bromeó.

—¡No me digas que a estos pagos todavía no llegó el delivery!
—me preocupé.

—Sí señor, llegó y aceptan todas las tarjetas.

—¡Por fin una buena noticia!

—Pero no es gratis y los bancos fajan lindo.

36. Sin paz

—¡Al asado hay que comerlo a punto y caliente” —sentenció don Pineda esbozando una sonrisa.

Mientras el irresistible olor de la parrilla relegaba al perfume de las casuarinas, el asador armó tres choripanes que desaparecieron en un instante.

Para la segunda vuelta, el paisano cortó un pan y lo usó para sostener un pedazo de pollo, con la mano izquierda, sin quemarse los dedos. A continuación, mientras mordía un extremo de la carne asada, con el cuchillo en la otra mano terminó de cortarla y listo. Ya podía masticar ese manjar.

Luego de mirarnos entre nosotros, tras encogernos de hombros, Aberanda y yo comprendimos que teníamos que imitarlo y comer sin plato, ni tenedor.

Como no había postre y a ninguno nos deslumbraban las naranjas salvajes, ni los quinotos ácidos, sólo buenos para dulce, regamos la sobremesa con lo que quedaba del vino de Renata.

Atraídos por el apetitoso aroma a carne asada, los perros de Pineda empezaron a merodear la parrilla con la expectación de arrebatarse algún bocado. Pero recién cuando los comensales nos dimos por satisfechos, el viejo parrillero se acordó de los animales y los recompensó generosamente.

Aprovechando ese momento de distensión, y con su mejor buena onda, mi amiga dijo:

—Todo muy lindo, pero hoy es día laborable y la obligación me llama.

Obviando saludos efusivos e ignorando los comentarios sobre

los controles de alcoholemia, Anahí subió al Gol blanco, encendió el motor, pero esta vez los perros no ladraron, quizás porque ya conocían el auto o porque estaban entretenidos con las sobras del asado.

A marcha lenta, con prudencia, la comisaria atravesó la tranquera y recién entonces aceleró, levantando una nube de tierra que asustó a las pobres gallinas que pastaban en la banquina.

Al quedar solos, don Pineda comenzó a liarse un cigarrillo y yo aproveché para encender mi entrañable pipa Peterson, cuyo relajante, humo no disfrutaba desde el maldito secuestro y mi posterior internación en el Posadas. Como si fuera la primera vez, encaré el acto de cargar la pipa como parte de un placentero ritual. Volqué en la palma de la mano el tabaco que iba a utilizar y lo froté entre ambas manos, dejando caer sobre un pedazo de papel las hebras que se iban soltando. Con el tabaco que había caído en la hoja, llené la pipa y lo prensé hasta completar un tercio de la capacidad del hornillo. Por último, la encendí con fósforos y, al percibir el agradable aroma, comencé unas inspiraciones suaves, para evitar que el humo me llegara muy caliente a la boca, con riesgo de quemarme la lengua. Finalmente, arrullado por el canto de los pájaros, murmuré: «¡Esto es vida!».

Bajo la sombra de centenarias casuarinas, con Pineda disfrutamos una interminable mateada acompañada con bizcochos de grasa, que cumplirían el doble papel de merienda y cena.

En un alto, entre mate y mate, el anfitrión me guió por la auténtica casa colonial de los primeros dueños de la chacra, que llegaron de Italia allá por 1890, y que él mantenía en buen estado.

Tras un breve recorrido, elegí la misma pieza que ya había usado en una estadía anterior. Era pequeña pero luminosa, con una cama de una plaza. Sin demasiado esmero, extendí las sábanas que me había mandado Renata, para tener la cama lista cuando decidiera acostarme y, después de tantas noches en el hospital, aprovechar el silencio absoluto para dormir y descansar.

Pero antes, quería disfrutar el aliento fresco del campo y el olor a pasto húmedo, pero por sobre todas las cosas quería admirar el infinito cielo rural, de noche, sin que la luz de la ciudad ni la contaminación ambiental enturbiaban la observación.

Mientras miraba con atención, buscando esquivas estrellas fugaces, el silencio de la noche estalló con el ladrido de los perros. Tal vez habían visto una rata o una comadreja, pero como el ruido de cadenas indicaba que estaban furiosos, me quedé inmóvil, esperando la reacción de Pineda.

De pronto, me sorprendió un estruendo que ahuyentó a murciélagos y aves nocturnas que huyeron despavoridos. Al prestar atención, comprendí que se trataba de disparos que impactaban contra el frente de la histórica casa donde acaba de dejar preparada mi cama. Aterrorizado, como tenía el celular encima, llamé a Aberanda.

Justo en ese momento, cuando los disparos de revólver parecían haber cesado y solo se escuchaba el furioso ladrido de los perros, quedé paralizado al escuchar dos detonaciones que acompañaron a los fogonazos que salían de la casa de Pineda. Segundo después, el ronquido de una moto que se alejaba se mezcló con los furibundos ladridos.

—¡Domecq! ¿Dónde carajo estás? —el vozarrón de Pineda se sobrepuso a los desgañitados ladridos.

—¡Acá estoy! Había salido a mirar las estrellas...

—¡Gasté mis dos últimos cartuchos...! Si vuelven no...

—No te preocupes. Ya llamé a la comisaria y vienen a buscarme.

—¿Dónde vas a esconderte? —se preocupó el paisano.

—¡No tengo la más puta idea! —fue mi sincera respuesta.

Al rato, cuando la chacra recobraba su quietud habitual, sólo alterada por los incansables ladridos de los perros, mientras juntaba mis cosas para una nueva mudanza, aún inmerso en un estado de zozobra escuché la inefable voz de mi difunta esposa:

—¡Zafaste, mi amor! Y van...

—¡Leonor! Casi, casi, me mandan a hacerte compañía...

—¡No es broma!

—Ya lo sé, Leo. ¿Pero, qué puedo hacer?

—¡Borraste, mi amor, borrate! Dejá de jugar al Sherlock.

—¿Querés que me resigné a alimentar palomas en una plaza?

—¡No exageres! Podés dedicarte a escribir ficciones, sin meter la nariz donde te la pueden cortar.

—En eso estaba, pero mataron a Dante y Magda me pidió ayuda.

—La mejor ayuda es dejar todo en mano de la Justicia.

—¿En serio? —reaccioné, pero la evanescente voz de Leonor había sido desplazada por la exagerada sirena del patrullero policial.

Después de estacionar frente a la tranquera, Raaula Díaz y el agente Oyuela bajaron del vehículo policial y se acercaron a paso vivo.

—¿Está bien? —me preguntó ella, mirándome con lástima y yo asentí con un gesto de cabeza.

—¡Entonces, vamos!

—¡Adónde? —pregunté.

—La comisaria le informará en el trayecto.

—¿Y vos? —le dije a don Pineda.

—Yo me quedo acá. Si vos no estás nadie va a venir a joder —me reprochó, con razón.

Lo abracé en silencio.

—¡Cuidate! —me dijo.

—Vos también. ¡Gracias por todo, querido amigo!

37. Colonia (ROU)

El río color de león estaba planchado y el ferry que me llevaba a Colonia tardó apenas una hora para llegar. En cuanto pisé tierra uruguaya, tomé un taxi hasta el alojamiento reservado por Anahí. Se trataba de la Posada Panorama, establecida junto al río, en un histórico edificio de estilo colonial, rodeado por una galería revestida de coloridos azulejos portugueses.

Como en el trayecto náutico había disfrutado del *brunch* que ofrecían a bordo, me di una ducha y aproveché para dormir una larga siesta, de esas que parecen prestadas por la muerte.

Ya más relajado, dejé mi habitación y me senté en la terraza de la posada para observar el atardecer que enrojecía el Río de la Plata. El sol había convertido al cielo azul en naranja, luego en rosa tenue y más tarde en púrpura. Recién cuando comenzaban a aparecer las primeras estrellas pensé en buscar un lugar para cenar y recordé al “Bodegón”, el tranquilo local con buena comida casera que tanto le gustaba a mi querida Leonor.

Después de la cena, caminé lentamente hasta la posada y me quedé en la terraza mirando aquel cielo estrellado que no lograba reflejarse en el río ahora inquieto. En medio del silencio, Mozart irrumpió en el *ringtone* de mi celular. Era un mensaje de Anahí. *«Espero que te guste la posada. Elegí Colonia porque siempre la mencionás con cariño. Te cuento: para no preocuparte, te oculté que había instalado una camarita de vigilancia en la chacra de Pontevedra. Tengo las imágenes del atacante. Era uno solo, en moto y disparó con una 22. No parece pertenecer a una organización con muchos recursos. La moto era robada y estamos buscando más imágenes».*

Bien temprano, cuando desayunaba con tortas fritas calientes y contemplaba el Río de la Plata desde la terraza de la posada, recibí una visita inesperada. Sin hacer ruido, en forma sigilosa, se me acercó el perro labrador de la dueña del lugar. Cuando le ofrecí un pedazo de torta, olió mi imborrable olor a gato y se alejó, levantando la pata acá y allá, demarcando territorio.

Mientras escuchaba un tango de Piazzola, me llegó otro mensaje de Anahí:

«Agarramos al que disparó anteanoche. Es un pibe de Pontevedra. Un desconocido le propuso que pegara unos tiros a la casona en la que estabas, a cambio podía quedarse con el revólver. En fin, otro perejil y otro plan berreta».

Preso del desánimo, apagué el celular y salí a caminar. Al rato, aprovechando la sombra de unos sauces llorones, me senté a descansar junto al río. Sin proponérmelo, inicié una autocrítica.

«Leonor tiene razón. Ya estoy más cerca del arpa que de la guitarra. ¿Para qué sigo revolviendo mierda como si pudiera salvar al mundo. Si no pude de joven, menos ahora. Si zafo de ésta, juro retirarme a cuarteles de invierno. Pero, mientras tanto, no puedo estar tranquilo hasta que localicen y neutralicen a mis atacantes. ¿Quiénes serán? Sin dudas todo comenzó con Dante, pero no paró cuando lo mataron sino que se la agarraron conmigo. ¿Qué carajos me dijo Dante que es tan importante y yo no me doy cuenta? ¿Acaso Lucrecia era un personaje clave en la banda de Paco y al acercarme a ella disparé las alarmas? Lo cierto es que alguien quiere silenciarme. Es la peor situación: tener un enemigo en acecho y no saber quién es. Lo único cierto es que el búnker de Libertad tiene algo que ver: ¿baño de

sangre, droga caída de “narcoaviones”, cocaína adulteraba, alguien llamado “la morsa” que no es AF? Además: ¿Qué papel desempeñaba Lucrecia Monzaga antes de ser degollada? ¿La DEA estuvo vinculada? ¿Qué es lo que no veo y se me escapa?».

38. Pólvora

En su despacho de la Departamental Morón, con la tranquilidad de haber podido sacar a Domecq del país, la comisaria Aberanda recapitulaba los últimos sucesos: la pista de la droga adulterada en el búnker de Libertad, la detención del quemacoches contratado por Paco Duarte, y la captura del perezoso que baleó la chacra de Pontevedra sin idea de quién y por qué se lo había pedido.

Recién entonces recordó que la policía científica había logrado desbloquear el resto del contenido de la tablet de Lucrecia. Entusiasmada, porque en ese dispositivo ya había encontrado la dirección del *loft* de Paco, Aberanda cerró la puerta de su despacho, se sirvió el último café casero del termo y empezó a husmear.

La primera gran sorpresa fue que Lucrecia usaba supuestas páginas de apuestas como fachada para ocultar algunas de sus comunicaciones.

La segunda, fue que uno de sus interlocutores, supuesto rival en partidas de póker, usaba el apodo “hermanito”, el mismo con el que “la rusa” identificó al jefe de Paco. Finalmente, de no estar sentada, la tercera sorpresa la hubiera hecho caer de culo: a “hermanito”, Lucrecia le decía “mi amor” o “mi morsa”.

Repatingada en el sillón de su despacho, con los pies sobre el escritorio y mirando al techo, la comisaria empezó a atar cabos y a formularse preguntas: “hermanito” (o “morsa”) era jefe de Paco Duarte y amante de Lucrecia Monzaga. Pero, ¿Lucrecia sólo era amante del jefe o ejercía otro papel en la banda?

Al ver que “hermanito” también tenía como alias “la morsa”, Aberanda recordó la pregunta de Dante que también repetían Domecq

y Bonse:

« ¿“La morsa” de la cocaína es la misma persona que “la morsa” de la efedrina?” ¿Hay “mano de obra desocupada” de la efedrina que se pasó al negocio de la cocaína?»

Decidida a dedicar varias horas más a la revisión del contenido de la tablet de Lucrecia, la comisaria le encargó a Raula que pidiera su merienda al bar cercano.

Mientras esperaba el *capuccino* con medialunas, aprovechó para hablar con su madre y con sus hijos. Todo estaba como siempre: la abuela se quejaba de los nietos y, al hablar con ellos, sus hijos le respondían con monosílabos para no desatender la pantalla de los jueguitos digitales.

Al rato, después de la primera medialuna y entre sorbo y sorbo del exquisito café, abrió otro archivo muy anterior al que acababa de revisar.

El mensaje era de julio de 2021 y, en ese entonces, Lucrecia no le decía “mi amor” a “la morsa” sino simplemente “JC”. « ¿Juan Carlos?» —se preguntó la comisaria, sin imaginar lo que estaba por leer.

«Hola JC: Dice el RENAR que ya te liberó la pólvora. Lucrecia».

En cuanto leyó la palabra pólvora, recordó que el gran escándalo de “la ruta de la efedrina” consistía en importar esos precursores químicos declarando en que se trataba de pólvora y el RENAR en vez de controlar, miraba para otro lado.

«¿Acaso Dante Pena fue asesinado porque había descubierto que el RENAR cambió “la ruta de la efedrina” por “la autopista de la cocaína”?» —se preguntó la comisaria Aberanda.

39. RENAR

«*Pérez Corradi traficaba efedrina con “ayuda” del RENAR*» —era el título del artículo que el periodista Nicolás Wiñazki publicó en Clarín y que la comisaria Aberanda se dispuso a releer.

«El financista y narcotraficante recibía apoyo del ente de control de armas para ingresar al país la efedrina como si fuera pólvora. Pérez Corradi tenía la impunidad para negociar la compra de toneladas de efedrina vía mail, con vendedores ubicados en China, a quienes pedía que la droga llegue al país escondida como pólvora, porque eso le permitía "limpiar" los controles aduaneros. Este narcotraficante lograba esa impunidad debido a sus contactos con el Registro Nacional de Armas (RENAR, hoy ANMaC), donde trabajaba de forma informal su ex socio, el hoy preso por el triple crimen de General Rodríguez, Martín Lanatta».

Si bien la operatoria descrita por el periodista era clara, Aberanda no lograba encontrar similitudes entre la operatoria de importar efedrina de China para contrabandearla a México, con el negocio de la cocaína que ingresaba clandestinamente por la frontera norte para ser reenviada a Europa.

En medio de esas elucubraciones, Raula Díaz entreabrió la puerta del despacho para despedirse de su jefa. Fue entonces cuando la comisaria le formuló una pregunta obvia:

—¿De qué te sirve tener impunidad para importar cualquier cosa como pólvora si querés exportar droga?

—Tal vez la impunidad con la pólvora incluya no sólo importar sino también exportar —respondió Raula.

—¡Exportación de cocaína como pólvora! —exclamó la jefa—.

¿Cómo no se me ocurrió?!

—Comisaria, yo puedo quedarme un rato más. Si quiere, le doy una mano con las exportaciones —propuso la joven.

—¡Genial! Buscá las exportaciones de pólvora a países de Europa donde suele llegar cocaína sudamericana.

Antes de lo que Aberanda hubiera imaginado, Raula le reenvió una planilla Excel con las exportaciones argentinas de pólvora que, casualmente, habían aumentado en los últimos años. Las cifras estaban acompañadas por la siguiente comunicación oficial, fechada el 3 de junio de 2021:

«El Gobierno nacional quiere potenciar la exportación de pólvora y explosivos fabricados por la industria militar argentina para generar divisas».

—Un mal pensado diría que el gobierno potenció a los exportadores de narco pólvora —arriesgó Raula antes de retirarse.

Luego de agradecerle a su asistente, ya sola, Anahí buscó en los archivos de Dante Pena alguna mención a la exportación de pólvora.

Una vez que cargó el USB correspondiente a “Viajes”, repasó lo último leído. Dante había viajado sin que su esposa ni la DEA lo supieran. Incluso los *yankees* le habían manifestado su desinterés en investigar los “narcovuelos” sobre el Chaco.

El texto siguiente empezaba así:

«Cumplido mi objetivo de confirmar la lluvia de cocaína, me propuse seguir esa pista y buscar el siguiente eslabón. Fue entonces que la suerte estuvo de mi lado ya que la policía chaqueña, al ingresar a una vivienda por una denuncia de violencia de género, había encontrado

parte de un cargamento de cocaína cuyos envases con los logos “Qatar” coincidían con los hallados en dos episodios previos: la avioneta caída en el Chaco y la lluvia de bolsas de cocaína en un campo chaqueño, que yo había presenciado. El hombre detenido trabajaba como puestero de una estancia chaqueña de grandes dimensiones, con pista de aterrizaje para avionetas, cuyo propietario había sido diputado provincial y está prófugo, con pedido de captura. Lo llamativo era que, casi simultáneamente, en el complejo portuario de Rosario, se desbarató un gran cargamento de cocaína, también con el logo “Qatar”, que estaba esperando ser enviada a su destino final, camuflada como granos ¿o pólvora?».

Así, con una duda y sin ninguna conclusión, terminaba el archivo “Viajes”.

Ansiosa por cerrar aquel círculo que había comenzado a trazar Dante, Aberanda decidió abrir otro de los documentos que el difunto había redactado en sus últimos días. El título era “Rosario”, estaba archivado en la carpeta Hidrovía, y reproducía un artículo publicado en La Nación, el 2 de agosto de 2014:

«Preocupación en la Hidrovía. Desde las terminales ubicadas a lo largo de 70 kilómetros de costa del Río Paraná se exporta el 80 por ciento de la producción agropecuaria argentina. Ahora, las empresas agroexportadoras sumarán videovigilancia para evitar que narcos oculten cocaína en sus cargamentos. Se instalarán antenas satelitales Starlink en los remolcadores para monitorear la navegación, en los 1500 kilómetros de la ruta fluvial, de las barcazas que llegan con soja desde Paraguay, y son usadas por el narcotráfico para realizar contrabandos de droga a Europa, Asia y Oceanía. El centro de

monitoreo se instalará en Rosario».

Si bien el artículo resaltaba la magnitud del flagelo, sólo hacía referencia a la droga escondida en exportaciones de granos, sin mencionar la pólvora.

Tras un momento de duda, descartó dejar esa tarea para el día siguiente, llamó a su madre para anticipar el faltazo a la cena familiar con ella y sus hijos, y llamó a Fernando Bonse. Luego de comentarle las sospechas de Dante sobre un nuevo caso RENAR pero vinculado a la cocaína, el veterano informante dijo no recordar casos de droga oculta en embarques de pólvora, pero sí de armas.

—¡Las exportaciones de armas, como las de pólvora, también están bajo el control del RENAR—exclamó la comisaria.

De ahí en más, Aberanda accedió al metabuscador que le había instalado su asistente y buscó: “exportación de droga oculta en armas”.

La primera mención la encontró en la web de Interpol: *«El tráfico de drogas se asocia frecuentemente a otros tipos de delitos como el blanqueo de capitales o la corrupción. Las redes delictivas se sirven de las rutas de tráfico de drogas para transportar otros productos ilícitos (como armas, oro y diamantes), haciendo que se dé una convergencia de delitos».*

La segunda referencia correspondía a un antiguo caso local: *«El contrabando de armas a Ecuador, Croacia y Bosnia-Herzegovina fue un escándalo político que tuvo lugar durante la presidencia de Carlos Menen (1989-1999)».*

La tercera nota, bajo el título: *«Las mil y una formas de ocultar drogas»*, mencionaba casos de cocaína escondida en cargamentos de

pólvora y explosivos, pero ninguno correspondía a Argentina.

Cuando el desánimo se adueñaba de ella, Aberanda se permitió pensar en voz alta:

«Que no hayan descubierto casos similares en nuestro país no quiere decir que no existan. Es más, tal vez a Dante lo mataron por estar cerca de denunciar el primer caso de cocaína oculta en una exportación de pólvora, explosivos, cartuchos u otro tipo de elemento bélico».

Entusiasmada por su razonamiento, la comisaria estuvo a punto de llamar a Raula Díaz, pero un resabio de sentido común le recordó que faltaba poco para la medianoche, hora en que solo los insomnes y los viejos están despiertos. Fue entonces cuando asoció “viejo” con Domecq y decidió escribirle a su amigo escondido del otro lado del charco.

40. Pensamiento lateral

Mientras observaba la imagen fragmentada de la Luna reflejada en la mansa superficie del río, mi tablet me avisó que tenía un mensaje. Era de Anahí.

Sin demasiada introducción, mi amiga resumió las dudas que frenaban su investigación y me anticipó que adjuntaba sus archivos “por si yo quería darles un vistazo”. Más allá de estar en deuda con ella, la lectura de todo ese material me pareció una buena forma de ocupar el tiempo durante mi exilio uruguayo.

Con el croar de las ranas como música de fondo, durante horas, repasé las idas y vueltas de la comisaria en su búsqueda de un hilo conductor entre el asesinato de Dante y mi secuestro: ¿quién, y por qué, había contratado a Paco Duarte y Lucrecia Monzaga para matar a mi amigo y secuestrarme a mí?

Cuando estaba por leer las conclusiones preliminares a las que ella había llegado, recordé una metodología de análisis propia del periodismo de investigación: el pensamiento lateral, que permite buscar soluciones creativas y atípicas a cualquier problema.

Entonces, asumiendo que si repetía el rígido proceso lógico seguido por ella llegaría a sus mismas conclusiones, me propuse innovar dando un salto conceptual, buscando formas diferentes de ver las cosas y explorando vías alternativas al camino que Aberanda había recorrido en su razonamiento. El desafío era descartar propuestas irreales o ilógicas, y sólo reconocer las que fueran válidas para resolver el problema.

De pronto, cuando un zorzal madrugador rompió el silencio nocturno, comprendí que descansar era la condición necesaria para

encarar el desafío con la mente fresca y abierta.

Aunque me había acostado tarde, a las ocho de la mañana ya estaba sentado a mi mesa para desayunar en la terraza con vista al río. Después del jugo de naranjas recién exprimidas, elegí un té de Ceylan para acompañar las tostadas y los scones con mermelada casera. Si bien era el único huésped madrugador, no desayuné solo ya que varios gorriones se acercaron y, luego de comer las migas caídas al piso, decidieron compartir mi mesa para picotear las que estaban sobre el mantel.

Al rato, con la vista perdida en la línea del horizonte donde el cielo celeste se fusionaba con el agua amarronada, me pregunté si Aberanda había dejado algún cabo suelto. Lo primero que me vino la cabeza fueron las iniciales “JC” en los mensajes de Lucrecia dirigidos a la misma persona que luego llamaría “mi amor” o “morsa”.

Evitando recurrir a las mismas fuentes que ella, traté de pensar como periodista y no cómo detective. Fue entonces que me acordé de mi colega Simón Weiss, ex director de la agencia de noticias Reuter quien, a pesar de estar jubilado, conservaba el acceso a las más variadas bases de datos locales e internacionales.

Dado que Simón solía levantarse al alba, no dudé en contactarlo. Tras un breve saludo, le pregunté: «¿dónde puedo encontrar información sobre un tal “JC”, alias “la morsa”, vinculado a los “narcovuelos” de cocaína y con posibles contactos en la “DEA”?».

Todavía no había terminado de encender mi pipa cuando recibí un voluminoso archivo de Thomson Reuters Argentina con la categórica respuesta:

«La Morsa era de la DEA: Julio César Pose». De confirmarse estos

datos, “JC” no era Juan Carlos sino Julio César, pero si se trataba de Pose, estábamos frente a un peso pesado que jugaba en las grandes ligas del siniestro espionaje internacional.

«¿Cómo se le ocurrió a Dante meterse con esta gente?»—fue mi primera reacción.

Aunque no tenía la más mínima certeza de que Pose fuera el “JC” mencionado por Lucrecia, como tenía todo mi tiempo libre, comencé a leer el completo *dossier* de Reuter, que incluía desde un artículo de Clarín:

«Fuentes consultadas por este diario dijeron que Julio Pose sería ‘La Morsa’», hasta un libro digital: “EL AGENTE” (memorias de un espía de la DEA, la SIDE y la Federal).

Al azar, elegí un artículo publicado en *Ámbito Financiero*, escrito por el periodista Sebastián Penelli, cuyo atrapante título era:

«Un ex espía inorgánico de la SIDE era informante de la DEA, usaba otros 4 nombres falsos, tuvo una docena de causas penales y un pedido captura de Interpol».

En uno de los párrafos más explícitos, Penelli informaba lo siguiente:

«Como todo agente secreto, tiene varios nombres: Julio Posse, José Posada, el Gitano Julio, Juan Papaleo. Admirado por colegas, consultado por periodistas, necesitado por abogados y temido por los políticos, Pose carga con un frondoso historial de participación en casos policiales de relevancia nacional. La foja judicial de Pose lo involucra en una docena de causas por delitos de acción pública, (narcotráfico, dar cheques sin fondos, estafa, contrabando, etc). A “La Morsa” verdadera se le atribuyen increíbles hazañas policíaco-

delictivas: lo vinculan a la detención en México y la posterior extradición de Enrique Gorriarán Merlo; fue mano derecha de “Mameluco” Villalba en San Martín; participó de lo ocurrido en la quinta de Ingeniero Maschwitz, donde se encontró un megalaboratorio de metanfetamina; fue pieza clave en el desenlace del Triple Crimen de General Rodríguez; lo relacionan con los homicidios de los colombianos en el shopping Unicenter, y la lista sigue. “Pose es un narco-informante, dicen que no podés hacer dos negocios con él, el primero bien y el segundo te entrega a la DEA o algún cartel”, dijo alguien que lo conoce en profundidad».

Si bien ese artículo de *Ámbito Financiero* bastaría para inspirar una de mis novelas policiales, yo estaba buscando confirmar si Pose era el “JC” que Aberanda había encontrado en los mensajes de Lucrecia Monzaga a su jefe y amante.

Fue entonces cuando decidí dejar el material periodístico que estaba leyendo, para acceder a la versión digital de “El agente”, la autobiografía de JC Pose, en cuya introducción figura lo siguiente:

«La DEA, la SIDE y la vida de un espía acostumbrado a jugar en las grandes ligas. Fue el máximo informante de la DEA en la Argentina durante casi dos décadas. Infiltrado de la SIDE en la Triple Frontera en la causa AMIA. Espía inorgánico de la Policía Federal y cuentrapropista en el mundo de los servicios de inteligencia. La caja de cristal en la que se encontraba Julio César Pose se rompió el 12 de septiembre de 2020 cuando públicamente lo acusaron de ser la “Morsa” en el triple crimen de General Rodríguez. Podían decir cualquier cosa sobre él, mercenario, topo, informante, pero eso no. En ese momento tomó la decisión de hablar sin importar las

consecuencias. Desde sus inicios con Jorge “Fino” Palacios hasta sus trabajos como freelance para la agencia antinarcóticos más importante del mundo. Pose cuenta cómo es infiltrarse en aviones, barcos, empresas, bancos, oficinas gubernamentales, la selva y la frontera. Brasil, Paraguay, Estados Unidos, Centroamérica y Europa son algunos de los escenarios. Sus objetivos fueron futuros candidatos presidenciales, diplomáticos, Hezbollah y los narcos internacionales más buscados. Con detalles escabrosos y cotidianos, El Agente corre el velo de aquello que se mantiene oculto y lejano para la mayoría de las personas: la vida de un espía internacional. El uso de los micrófonos más sofisticados, los papeles como infiltrado, la mimesis con los narcos, los trucos para ponerse a salvo y la dificultad de volver a casa después de convivir entre criminales durante meses. Cualquier profesional de los servicios de inteligencia sabe que cruza una línea sin retorno cuando queda expuesto frente a la sociedad. Sin embargo, Julio César Pose, actualmente en prisión domiciliaria, piensa que no tiene nada para perder. Para él, esto recién empieza. (Agosto 2024)».

41. El agente

Antes de comenzar la lectura de “El agente”, me permití fantasear con lo que pudo haber encontrado Dante Pena para que decidieran silenciarlo.

Partiendo de los únicos datos irrefutables (a Dante lo asesinaron Paco y Lucrecia, cuyo jefe era “JC” alias “la morsa”) asumí como hipótesis de trabajo que “JC” era el ex espía de la SIDE, la DEA y la Federal: Julio César Pose.

Ahora bien, estando en prisión domiciliaria, ¿qué podría ser tan grave para Pose como para arriesgarse a ordenar un asesinato?, ¿acaso algo que podría agravar el fallo de la justicia?

Sinceramente, pese a mi frondosa imaginación no pude encontrar una mejor respuesta. Menos aún, teniendo en cuenta que Paco y Lucrecia no estaban a la altura de los sicarios profesionales que podría contratar alguien como Pose. Aunque absurda, la única explicación era que a ese nivel de impunidad ya no hay límites.

En eso estaba cuando recibí un alarmante mensaje de Simón Weiss, de Reuter:

«URGENTE: ¡Pará la mano! Después de enviarte el archivo, me llamó personalmente el mismísimo JC Pose, desde su prisión domiciliaria. No sé cómo se enteró, pero me acusó de querer emputecer la causa a pocos días del fallo judicial. Además me increpó: ¿Quién me está haciendo la cama? ¿Quién y por qué quiere hundirme? Amigo mío, tomándolo como de quien viene, te pido que pares. Dante no paró y ya sabemos cómo terminó».

Por un momento, dudé. No sabía si borrarle, si seguir con la lectura o hablar con Aberanda. Finalmente opté por la tercera opción,

pero en forma de un breve mensaje:

«Hola Anahí, necesito hablarte. Llamame en cuánto puedas. Le pedí a Weiss, información sobre “JC” alias “la morsa”, quien —según Reuter— resultó ser JC Pose. Pero este intercambio de información llegó a Pose y amenazó a Weiss. ¿Qué hacemos?».

Casi de inmediato, recibí el llamado de mi amiga comisaria.

—Te escondí en Uruguay y ya hiciste un nuevo enemigo — bromeó ella, antes de preguntar—. ¿Qué le pediste a Weiss?

—Le pedí información sobre un tal “JC”, alias “la morsa”, vinculado a la cocaína y con posibles contactos en la “DEA”.

—¿Y qué te contestó?

—Dijo que, según Reuter, Julio César Pose, de la DEA, era “la Morsa”. Además me mandó varias notas de Clarín, Ámbito Financiero y hasta un libro autobiográfico de Pose.

—¿Y después?

—Pose se enteró y llamó a Weiss. Lo acusó de querer emputecer la causa a pocos días del fallo judicial. Además le preguntó, quién y porque quería hundirlo. Al recibir esta amenaza, Weiss me pidió que parara la mano, pero yo no sé qué hacer.

—Weiss tiene razón. Pará y hacé silencio de radio —dijo la comisaria.

—¿Y vos? —pregunté, aunque imaginaba la respuesta.

—Yo soy cana, no puedo borrarle. Lamento haberte mencionado a “JC” porque te arruiné el exilio. Eso sí, antes de borrarlo, reenvíame todo el material de Reuter. ¡Cuidate!

En cuanto terminó la comunicación, le mandé a Anahí todo el material de Reuter sobre “JC” pero no lo borré, porque —como

periodista— no podía destruir semejante material de investigación sin hacer una copia, para leer tranquilo.

Fue así que, como si fuera una ficción, continué con la autobiografía de “El agente”.

Un par de horas después, asombrado por lo rápido que había pasado el tiempo, la dueña de la posada me preguntó si quería aprovechar ese clima maravilloso para almorzar en la terraza y acepté, especialmente para no hacer un alto en la lectura.

El diario de ese agente de inteligencia me había atrapado. Lejos de asustarme, cada página acrecentaba mis ganas de conocer a semejante personaje. Fue entonces cuando —sin pensarlo dos veces— le escribí a editorial Planeta solicitando una entrevista para publicar en Castelar Digital.

Si bien comencé con un argumento verdadero (había leído su libro y me interesaba entrevistarlo), oculté que detrás del periodista jubilado que trabajaba *freelance*, había un detective vocacional que estaba investigando el asesinato de Dante Pena.

Esa misma tarde, me sorprendió un mensaje de Pose. «Antes de hablar de entrevistas contame cuál es tu relación con Weiss».

Fue entonces cuando, con otra media mentira, blanqueé mis contactos con Simón, mostrándolo como un viejo colega a quién le había pedido información adicional sobre “El agente”, con un doble propósito: entrevistarlo para Castelar Digital y ver la posibilidad de utilizarlo como personaje de una de mis ficciones.

Aquella tarde pasó sin novedades; cayó la noche sobre el río sin recibir noticias de Pose.

A la mañana siguiente, antes de la ducha, revisé mi celular y encontré un mensaje de Pose: «Hoy a las 11 am, por zoom».

Sin comentarlo siquiera con Aberanda, a la hora indicada, en mi habitación, esperé la llamada hasta que en la pantalla apareció alguien que no se parecía en nada a lo que había imaginado. Ciertamente, las películas de espías influyen por demás en el imaginario popular y “el agente” resultó ser un tipo campechano, humilde y, aparentemente, simpático.

—Sos más viejo que lo que imaginaba —dijo él.

—Ochenta y contando —respondí.

—Anoche leí parte de tu novela sobre el robo al museo y encontré datos que sólo muy pocos conocen.

—Me ayudó Patricia Martín García —dije.

—¡Con razón! Esa piba tenía unos huevos enormes y se animó a investigar a la “mano de obra desocupada”.

—De desocupada no tenía nada —acoté.

—¡Cierto! —resonó su vozarrón, antes de preguntar — ¿Te parece que a mi vida falta agregarle ficción?

—No, por supuesto que no. Lo que le mencioné a Planeta fue la posibilidad de escribir mi propia versión libre de un personaje inspirado en vos.

—¡Jaaa! ¿Yo inspirador? ¿De malandras o superhéroes?

—Los protagonistas suelen tener ambas cosas, pero no podría anticipártelo porque durante el proceso de escritura algunos personajes suelen rebelarse y tuercen la trama inicial.

—Suenas a sanata —dijo en tono despectivo.

—Tal vez lo sea.

—¿Y yo qué gano? —preguntó cambiando de tono.

—A mis novelas las subo gratis a la web, así que plata no...

—¿Te parece que necesito tu guita? —me interrumpió de mala gana.

—Justamente. Yo no escribo por plata, sino para entretenerme y, de paso, opinar sobre la realidad por intermedio de mis personajes, amparándome en la ficción para denunciar cosas que no podría probar en un tribunal. Quizás te quedaste con las ganas de contar algo que no está en tu libro y esta sería una forma de hacerlo.

—¿El viejo curro de “cualquier parecido con la realidad es pura casualidad”?

—¡Exacto!

—Puede ser, pero olvidate de la entrevista por mi libro porque Planeta ya tiene todo pautado con los grandes medios. Y lo de tu novela dependerá de que yo tenga tiempo y ganas. La agenda la pongo yo y te voy a llamar desde un celu descartable que vas a agendar como “El agente”. Chau —cortó.

A partir de ese momento, con arriesgado optimismo, asumiendo que “el agente” había mordido el anzuelo, intenté imaginar el camino a seguir. Por lo pronto, si bien no lo compartiría con Aberanda, decidí llamar a Simón Weiss para ponerlo al tanto del reciente giro de los acontecimientos.

—¿Te volviste loco?» —fue la inmediata reacción de Simón que casi arruina mi placentero almuerzo al aire libre.

42. La trama

—Ya que leíste mi libro, deberías saber que lo escribí para defenderme de la falsa acusación de ser la "Morsa" en el triple crimen de General Rodríguez. Pueden decir muchas cosas sobre mí, desde informante y topo, hasta mercenario pero eso no. Además, salir en el diario te mata. Exponer de ese modo a alguien que vive del secreto es como pegarle un tiro. No uno cualquiera: un tiro de gracia —comenzó “el agente”, en la que sería nuestra primera charla telefónica de trabajo—. Ahora decime de qué va tu novela? —preguntó.

—Mis novelas policiales están protagonizadas por mi alter ego: un viejo de 80 años, periodista jubilado y detective de arte. En la trama que tengo en mente, matan a un amigo del detective y la viuda le pide que investigue. Como su experiencia se reduce a investigaciones sobre arte robado, busca la ayuda de un experto: “el agente”.

—¡Jaa! La voy de bueno —dijo en tono burlón.

—Depende de si el fin justifica los medios —respondí, antes de preguntar—. ¿Qué se siente al ser agente de inteligencia?

—A lo largo de muchos años sentí que cada paso que daba estaba protegido por la Justicia, las fuerzas de seguridad y la DEA. Andaba con el pecho inflado, sabiendo que no me podía pasar nada dentro de la ley. Sin embargo, en un chasquido, me di cuenta de que había vivido equivocado. De la nada, quedé pedaleando en el aire. Atrapante, adictivo y traicionero, así es el mundo de la información, en el que me moví durante casi cuarenta años.

—¿En qué se diferencia un agente de un informante?

—El informante es un buchón y los buchones entregan a sus propios compañeros, son aquellos integrantes de las bandas que se

convierten en delatores. Pero no soy uno de ellos, yo me infiltraba donde me decían y, después, cobraba. Si me preguntan, prefiero que me vean como un *freelancer*. Alguien que trabajaba al límite y era realmente bueno en lo que hacía. Si no, que me expliquen por qué me buscó la SIDE para el Caso AMIA, la DEA o la inteligencia alemana. En el inframundo del delito, muchos me conocen por mi seudónimo: el Gitano. Aunque en la SIDE era Jorge Posadas. Y para los yonis, ni más ni menos que un infiltrado. Uno de los mejores.

—¿En la DEA conoció a Lucrecia Monzaga? —me animé a sorprenderlo con esa pregunta.

—No me suena. ¿Quién es?

—Supuestamente una informante que trabajaba con Paco Duarte —agregué.

—¡No! No recuerdo a ninguno de los dos. Ahora tengo que cortar. Chau.

En ese momento maldije mi ansiedad. Acababa de meter la pata. El incipiente vínculo con “el agente” se había cortado por hacerle preguntas tramposas antes de haberme ganado su confianza.

Después de un par de días sin tener noticias de él, una mañana muy temprano Pose me volvió a llamar.

—Con respecto a Paco Duarte y Lucrecia Monzaga, averigüé que no trabajaban para la DEA, sino que se cargaron a Dante Pena, un buen tipo, siempre bien informado. Ahora decime por qué carajos me hiciste esa pregunta —me arrostró.

—Yo era amigo de Dante y lo mataron mientras jugaba al ajedrez conmigo. Además, Paco y Lucrecia me secuestraron pero murieron antes de dar explicaciones. Dante y Lucrecia se conocían y

él la tenía agendada como Lucrecia (DEA). De ahí mi interés —dije.

—¿Esa no es la trama de tu novela? —me preguntó.

—En parte, sí. Suelo mezclar datos reales y personajes ficticios. Pero, más allá del novelista, como amigo de Dante, me gustaría saber quién y por qué ordenó matarlo. Si tenés alguna pista te lo voy a agradecer.

—Volvamos a lo nuestro. Estaba hablando de la diferencia entre un informante y un agente como yo que se especializó en extraer información en el mundo del delito complejo. Para eso, me infiltré en cuanta banda de narcotraficantes había, mimetizándome entre narcos y terroristas. Lo hice en Argentina, en la Triple Frontera y en Bolivia, Guatemala, Panamá y en Europa Oriental. Empecé hace mucho tiempo, cuando las fuerzas de seguridad no estaban formadas para un trabajo de esa magnitud. Me infiltré tanto a demanda como por las mías, a partir de algún dato al que había accedido. En este “palo”, manejar data es tocar el cielo con las manos. Por eso, el mejor halago que pueden proferir cuando preguntan por mí es: “Julio maneja información”.

—Que no es lo mismo que ser “buchón” —intervine para demostrarle que recordaba lo que él había dicho durante la primera charla.

—¡Sí, señor! Es un trabajo que para ser exitoso debe terminar con la incautación de drogas y armas; o, lo que es mejor, acceder a información que permita ir por los jefes de los jefes. La información es el botín máspreciado en cualquier trabajo de inteligencia. Bueno, tengo que cortar —dijo y cortó.

Esa misma mañana, mientras recorría el casco antiguo de

Colonia, me llamó Anahí Aberanda.

—¡Hola! Te tomaste en serio eso de borrarte. Hace días que no sé nada de vos.

—Es que estuve hablando con el “enemigo público número uno”

—¿Quién?

—Tuve largas charlas con el “agente” que asustó a Simón Weiss.

—¿Pose?

—¡Bingo, acertaste!

—¿Te volviste loco? —reaccionó la comisaria.

Fue entonces cuando le resumí mi llamado a editorial Planeta, la entrevista fallida y la inusual charla para ayudarme en una supuesta novela.

—No entiendo para qué te arriesgaste.

—Fue un impulso y, por ahora, va bien...

—¡Por ahora! —me interrumpió.

—Pose sabe que soy inofensivo y que, mutuamente, nos ayudamos a matar el tiempo libre. Te recuerdo que él está en prisión domiciliaria y yo en este exilio.

—¿Y cómo sigue esto?

—¡No tengo la menor idea!

—¿Seguís en contacto con el doctor Lavia? —cambió de tema.

—No, ¿por qué?

—Tal vez tu amnesia derivó en inconsciencia —dijo y me sonó a insulto.

—Tengo que cortar porque me están llamando. ¡Chau! —mentí para no seguir explicando lo inexplicable.

Anahí es una buena amiga, pero me trata como a sus hijos, asumiendo que la vejez y la infancia son lo mismo. A esta altura de mi vida no necesito tutores ni, menos aún, censores. A mis ochenta años tengo derecho a correr mis propios riesgos y cometer los errores que me parezcan oportunos.

—Vaya, vaya —escuché la voz evanescente de mi difunta Leonor—. Reapareció el adolescente rebelde que llevás adentro.

—¿Es una crítica o...?

—¿Crítica? No. Apenas una descripción de la realidad.

—Entonces jugate y decime qué pensás —reaccioné molesto.

—¿Necesitás que te repita que sos dueño de cometer tus propios errores, pero no podés evitar las consecuencias?

—¡No Leonor! No necesito escuchar frases hechas, sino respuestas puntuales. Aberanda asume que mi capacidad mental está mermada y debo reducir mis expectativas sobre el futuro, pero hacerle caso implicaría resignarme a una existencia tan monótona como la no vida. ¿Qué opinás? —pregunté tratando de forzar su respuesta.

—¿Leonor?... ¿No vas a contestar?... ¿Volviste a dejarme solo?

43. Interpol

A medida que pasaban los días sin recibir noticias, ni de Pose ni de Anahí, la asfixiante soledad del exilio agravó mi obsesión por volver. Como paliativo, llamé a Renata para que me contara alguna travesura de Negro, el gato que fuera de Leonor. Como era una mujer de pocas palabras, mi vecina respondió con un escueto: «está todo bien, señor Domecq, quédese tranquilo».

Esa tarde, en la terraza de la posada, rodeado de plantas multicolores, mientras observaba cómo el sol se hundía en el río, recordé que aún no había leído el final de la investigación de Aberanda. En aquél momento, al recibir el voluminoso dossier, yo había decidido no leer sus conclusiones hasta arribar a las mías, para evitar ser influenciado por su razonamiento.

Luego de completar la lectura quedó en claro que nuestras prioridades eran bien distintas. Partiendo de un mismo mensaje («*Hola JC: Dice el RENAR que ya te liberó la pólvora. Lucrecia*»), mientras yo me focalicé en descubrir quién era “JC” (la morsa, jefe y amante de Lucrecia Monzaga), Aberanda se concentró en investigar la cocaína exportada como pólvora.

De inmediato, busqué cuáles eran sus argumentos: «*El gran escándalo de “la ruta de la efedrina” consistía en importar esos precursores químicos declarando en que se trataba de pólvora y el RENAR en vez de controlar, miraba para otro lado. ¿Acaso Dante Pena fue asesinado porque había descubierto que el RENAR cambió “la ruta de la efedrina” por “la autopista de la cocaína”?*» —se había preguntado la comisaria en sus conclusiones.

Luego de releer una vez más las partes relevantes de ese

dossier, sin pensarlo demasiado, le escribí al “agente”:

«Dicen que Paco Duarte y Lucrecia Monzaga trabajaban para un tal “JC” que contrabandeaba cocaína oculta en exportaciones de pólvora y explosivos. ¿Te parece creíble?».

«Sí» —fue la rápida y escueta respuesta.

Impactado por el vuelco de la investigación, (era Aberanda, y no yo, quien estaba en lo cierto), decidí cancelar la cena y reemplazarla por una larga mateada con bizcochos de grasa, siempre en la terraza con vista al río color de león.

En ese contexto, tan apto para el fluir de los pensamientos, comencé elucubrar la mejor forma de retomar el diálogo con mi amiga comisaria. Por prueba y error, tras bosquejar distintos mensajes, opté por el siguiente:

«Amiga mía: ¡Tenías razón! Paco y Lucrecia trabajaban para un tal “JC”, que exportaba cocaína, declarando pólvora. ¡Avanti morocha!»

Incapaz de dominar mi ansiedad, aún a riesgo de que se cortara, decidí seguir tirando del hilo y le escribí al “agente”:

«Podrías sugerirme alguna pista que conduzca al “JC” que exporta pólvora con cocaína? Gracias».

Recién a la mañana siguiente recibí la breve pero clara respuesta del “agente”: *«fabricaciones militares»*.

Es bien sabido que “FM” produce pólvora en nuestro país, pero al ser mencionada por “el agente” significaba que estaba implicada en el tráfico ilegal, tal como sucedió en la época de Menem.

Entonces, aprovechando que Aberanda aún no había contestado mi mensaje anterior, lo completé con la nueva data:

«Continuación ////: “JC”, que exportaba cocaína declarando pólvora, es

el nexo entre Fabricaciones Militares y la ex RENAR (hoy ANMaC). ¿Podrías ayudarme a investigar? Desde ya, gracias!!!».

Además, volví a escribirle a Simón Weiss, en principio para tranquilizarlo pero, fundamentalmente, para reformularle mi pregunta anterior:

«Buenas noticias: JC Pose no es el “JC” que yo buscaba. Ya lo aclaré con él. Olvidate de sus amenazas. Sigo buscando a “JC”, pero no vinculado a la importación de efedrina sino a la exportación de cocaína escondida en pólvora de Fabricaciones Militares, apañada por el ANMaC (ex RENAR). ¿Alguna pista? Gracias»

Como una de varias botellas arrojadas por un naufrago, la primera que llegó a la orilla fue la que recibió el siempre atento Simón, cuya aletargada adrenalina reaccionó ante mi consulta:

«Si “JC” pudiera ser una mujer, yo apuntaría a Jazmín Casal, secretaria del Directorio de FM, que goza de fuerte respaldo político y relaciones con otras áreas del Estado. Es un personaje casi fantasma y sólo la encontré en este link».

Cuando descubrí que ese link correspondía a una web de citas “entre mujeres”, entendí por qué Lucrecia le decía “mi amor”. Además, la palabra “morsa” incluía todas las letras de la palabra “amor” y podría haber sido usada para disimular la relación.

A partir de ese momento, en vez de disfrutar de la bucólica Colonia, creció mi ansiedad y mi deseo de cruzar el charco para participar personalmente de la investigación. Sin embargo, aún no había indicios que me permitieran pensar que ya no estaba en peligro.

Una vez que asumí la inexorable realidad, me resigné a seguir presionando a Aberanda hasta convencerla de investigar a la

misteriosa Jazmín Casal.

«Sigo ///: “JC”, podría ser Jazmín Casal, secretaria del Directorio de FM, empresa que exporta pólvora con intervención del ANMaC. Además, como a Jazmín le gustan las mujeres, explicaría que Lucrecia la llamara “mi amor”. Espero novedades. Gracias!!!».

Era un día maravilloso que anticipaba el verano y aproveché para caminar por la bonita costanera de Colonia hasta que recibí un mensaje de mi amiga comisaria:

«Hola Sherlock, buen dato. Raulita Díaz encontró info de Jazmín Casal en LinkedIn. Se trata de un cuadro político que trabajó en el RENAR y en el Ministerio de Seguridad del gobierno anterior. Además es una reconocida coleccionista de arte. Seguimos buscando. Cuidate».

En cuanto leí “coleccionista de arte”, murmuré:

«¡A mi juego me llamaron!».

Por mi experiencia como detective de arte, yo sabía que la mejor fuente de información en esa materia era Interpol, en cuya sede parisina trabajaba mi amigo Ariel Tello.

—¡Hola Ariel! —lo saludé cuando atendió mi llamado—. ¿Cómo está París después de los Juegos Olímpicos?

—¡Hola amigazo! ¡Qué alegría! Por suerte la ciudad está recuperando su fisonomía tradicional. Esta mañana pude volver a cruzar el *Pont Neuf*, recién reabierto al tránsito y al turismo. ¿Y mi querido Obelisco?, ¿es verdad que no hay piquetes?

—Así es. Esperemos que dure.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó.

—Te cuento, estoy investigando un caso de cocaína escondida

en exportaciones de pólvora...—había empezado cuando él me interrumpió.

—Perdón, te recuerdo que en la División Protección del Patrimonio Cultural me ocupó de delitos internacionales vinculados con obras de arte.

—¡Lo recuerdo bien! Pero una reconocida coleccionista de arte está vinculada a mi caso y pienso que puede estar lavando dinero de la droga en el mercado de arte.

—¿Nombre?

—Figura como Jazmín Casal, trabaja en Fabricaciones Militares y antes en el RENAR.

—Me suena....Dejame buscar. ¿A ver? ¡Sí...! Estuvo en nuestro radar por una rara triangulación de una pintura de Ludovico Carracci.

—¿Y?

—Es una historia larga. Mejor te paso el acceso a mi archivo y lo lees tranquilo.

—¡Gracias! Nos mantenemos en contacto.

—¿Chau! ¡Y vamos San Lorenzo, carajo! —se despidió el muy cuervo.

44. La Pietà

«De Buenos Aires a la sala Christie's del Met neoyorquino. El largo camino de "La Pietà", obra emblemática del artista italiano Ludovico Carracci (1555-1619)»—así comenzaba el informe de Interpol enviado por Ariel Tello, en el que se denunciaban los entretelones del accidentado itinerario que concluyó en el Rockefeller Center de NY. «Seis meses después de ser vendida por 38.000 dólares, en Buenos Aires, "La Pietà" fue comprada por el Museo Metropolitano de Nueva York en casi 5.300.000 de la misma moneda» —continuaba el documento.

«Todo comenzó cuando el propietario de "La Pietà" fue contactado por una coleccionista porteña que ofreció 38.000 U\$S por la obra "atribuida" a Carracci. Las cosas siguieron un rumbo inesperado cuando, un par de meses después, Christie's subastó la pintura de marras catalogada como "La Pietà" (1585), una obra "perteneciente" a Ludovico Carracci, y le adjudicó una base de entre 300.000 y 500.000 dólares. Finalmente, una feroz batalla entre compradores disparó el precio hasta 5.287.000 dólares, estableciendo un récord para el artista» —concluía la introducción del informe.

Ya en el campo de la investigación propiamente dicha, un agente de Interpol informaba lo siguiente:

«Al ser consultada por ese hecho tan inusual, la gerencia de Christie's aseguró:

«una vez que la obra fue oficialmente consignada, nuestros propios expertos llevaron a cabo una profunda investigación que trajo a la luz el verdadero autor y que el Metropolitan compró el cuadro sobre la

base de esta atribución última"».

Finalmente, en sus conclusiones, tras poner en duda la validez legal de una afirmación de Christie's (*"los clientes de las casas de subastas renuncian a su derecho de enjuiciarlos si las tasaciones no son exactas"*) sugería:

«Investigar por lavado de dinero a la ciudadana argentina que ganó más de cinco millones en menos de seis meses, gracias a un mero "pasamanos". Se trata de Jazmín Casal, funcionaria gubernamental al momento de la compra y salida ilegal de "La Pietà" de Argentina».

Más allá del fraude sufrido por el vendedor porteño de buena fe, mi primer dato sobre Jazmín Casal la mostraba como una funcionaria hábil para hacer negocios rápidos. Lamentablemente, nada la vinculaba con la exportación de cocaína escondida en pólvora. Por lo tanto, opté por pasarle la pelota a Aberanda, incluyendo todo este material más un breve comentario.

«Anahí: según Interpol, Jazmín Casal debería ser juzgada por un fraude de más de 5 millones de dólares y por exportación ilegal de obras de arte, sin embargo no hubo denuncias (ver adjunto). Opinión: si pudo exportar arte ilegalmente tal vez podría repetir la maniobra con pólvora y cocaína. Chau».

En el panorámico bar del Puerto Deportivo Colonia, mientras saboreaba un chivito uruguayo con papas fritas y una Pilsen bien helada, leí un mensaje de Aberanda:

«Jazmín Casal (FM) tiene una hermana melliza que trabaja en la Dirección Nacional de Aduanas. Una tira el centro y la otra cabecea al gol».

A partir de ese momento, mi amiga comisaria pidió la

participación de sus colegas de otras áreas policiales y fue cerrando el círculo sobre la sospechada de ser “JC”, jefa de Paco Duarte y Lucrecia Monzaga.

Forzado al papel de mero espectador que espera el desenlace, para atenuar mi aislamiento, le escribí a mi amigo Gabriel Colonna con quien no me había contactado en los últimos meses. Así, casi sin proponérmelo, le fui compartiendo la sucesión de tragedias que comenzaron con la muerte de Dante. Mi posterior reunión con Lucrecia, que desencadenó mi secuestro y su muerte a manos de Paco. El tiroteo en el que Paco muere al enfrentarse a Aberanda, y la milagrosa aparición del cartonero que me salvó de morir de inanición. La internación en el Posadas durante mi amnesia, el refugio en Pontevedra hasta que un nuevo ataque me obligó a exiliarme en Colonia, donde estoy dejando vagar los recuerdos recuperados. Así, aunque además de amigo, Gabriel era dueño de Castelar Digital, fui respondiendo de buena fe la serie de preguntas que me formuló.

Finalmente, luego de saborear un auténtico *capuccino* mirando al río, regresé a la posada, suprimí la siesta y opté por encender mi tablet para terminar de leer las conclusiones de Aberanda, quien había tenido el buen tino de focalizarse en la exportación de pólvora con cocaína. A ese buen primer paso de ella, con el aporte de “el agente” habíamos descubierto la vinculación de las hermanas Casal: Jazmín en Fabricaciones Militares y Cristina en la Aduana.

A la luz de este nuevo cuadro de situación, se me ocurrió darle otro vistazo a los archivos de Dante Pena, con la esperanza de encontrar algo que podría habérsenos escapado. Siempre metódico, comencé revisando el índice en busca de alguna mención a pólvora,

Fabricaciones Militares o Aduana. Tras ese intento fallido, volví a repasar el nombre de los archivos hasta que me llamó la atención el que llevaba el título “mellizas”. Lo abrí y descubrir que las mellizas eran Jazmín y Cristina Casal, funcionarias de segunda línea en distintos gobiernos, pero siempre en cargos claves en materia de importaciones y exportaciones.

El difunto Dante Pena había comenzado a investigar a Jazmín Casal a partir de su amorío con una estanciera chaqueña sospechada de encubrir “narcovuelos”. Concretamente, Dante había seguido el rastro de la cocaína con el logo “mano negra”, desde los bultos que llovieron sobre el Chaco hasta un allanamiento en la localidad de Libertad, donde adulteraban la cocaína con esa marca. A tal efecto, se había reunido con la periodista radial Lucrecia Monzaga, sin saber que se estaba metiendo en la boca del lobo. Si bien no se trataba de datos contundentes, yo había encontrado una explicación al asesinato del pobre Dante: me estaba acercando a la intocable “JC”.

Sin terminar de procesar mi hallazgo, me di el gran gusto de notificar a Aberanda:

«Querida amiga: Encontré un archivo de Dante, en el que vincula a las mellizas Jazmín y Cristina Casal con la dueña de la estancia en el Chaco donde se encontró cocaína con el logo “mano negra”. Te deseo suerte y espero que llegues hasta el verdadero final de esta tragedia. Va copia. ¡Avanti morocha!».

Al enviar ese mensaje, no imaginé la respuesta de mi amiga comisaria.

«Debería agradecerte por este dato pero estoy furiosa por lo que le filtraste a la prensa. La banda de “JC” se puso en alerta y está

borrando huellas. Por suerte en una USB de Paco Duarte figura una dirección a nombre de “Jazmín” y ya pedí la orden de allanamiento. Por favor, cerrá la boca y no pongas en peligro toda esta operación».

«¡Soy un pelotudo!».—mascullé de bronca contra mi mismo—. ¿Estoy tan gagá que no logro diferenciar un amigo de un periodista? Y no lo puedo culpar porque no le pedí confidencialidad. Además, se trataba de un notición: una cadena de sangrientas tragedias narco, no en Rosario sino acá, en Castelar.

Aunque no soy afecto a los rezos, en ese mismo momento pedí por Anahí Aberanda en su riesgosa misión de allanar la sede de una organización mafiosa que ya está pre avisada.

45. FINAL

Los recordados parques y jardines del HarasThays han dejado lugar a la moderna urbanización conocida como Parque Leloir. En ese paraíso verde, oculto entre la frondosa arboleda que asegura privacidad y protección, estaba la fría mansión de vidrio, acero y cemento donde se refugiaban las hermanas Jazmín y Cristina Casal.

Los dos patrulleros, en los que viajaban la comisaria Aberanda, la sargento Díaz y cuatro agentes avanzaron por Martín Fierro y continuaron por una sucesión de curvas indicadas en el GPS de la unidad que conducía Raula Díaz. Una vez que los vehículos quedaron estacionados, uno en cada esquina, semiocultos bajo frondosos eucaliptus, los policías avanzaron en dos grupos de a tres.

Antes de llegar frente a la fortaleza de las mellizas, el bucólico silencio estalló quebrado por el frenético tableteo de una pistola ametralladora.

—¡Cúbranse! —ordenó la comisaria, al tiempo que se parapetaba detrás de un auto y desenfundaba su BersaThunder 9.

Cuando cesaron los disparos, Aberanda hizo señas para que sus efectivos continuaran avanzando.

—¡Jefa! —susurró la sargento Díaz, señalando al agresor que estaba parapetado en un balcón del primer piso, a tiro de su FMK.

—Tenelo en la mira y si dispara, bajalo —le ordenó—. Y vos —agregó, mirando al otro agente—. Pedí refuerzos que esto no va a ser un allanamiento común.

Mientras tanto, los tres policías del otro grupo habían cortado la alambrada perimetral y avanzaron cuerpo a tierra, apoyados en sus codos, entre los arbustos que rodeaban la propiedad, hasta ser

frenados por un tableteo de la UZI, desde la terraza. Fue entonces cuando el quirúrgico disparo de Raula silenció definitivamente al francotirador.

Sin embargo, lo peor estaba por venir, desde la parte posterior de la edificación aparecieron dos enormes camionetas cargadas con hombres que disparaban con Uzis y Ak 47.

Intuyendo que podría tratarse de vehículos blindados, la comisaria ordenó disparar a los neumáticos. En principio, los uniformados tuvieron éxito. Con las cubiertas destrozadas, las llantas metálicas de la primera camioneta se clavaron en seco en la tierra, provocando la caída de los delincuentes que cargaba en la caja, y bloqueando el paso del segundo vehículo. Heridos de bala o maltrechos por caer desde el vehículo en movimiento, algunos hombres perdieron sus armas y levantaron los brazos, rindiéndose.

En cambio, el segundo vehículo logró retroceder, esquivar al que tenía las llantas reventadas y, a sangre y fuego, se abrió paso hasta la calle donde un camión del Grupo de Operaciones Especiales (GOE) le bloqueó el paso.

Lejos de rendirse, desde la camioneta comenzaron a disparar y los del GOE respondieron con sus fusiles M16. Con un estruendo infernal, cientos de balas se cruzaron destrozando vehículos, árboles y las fachadas de algunos chalets. Vidrios, polvo y esquirlas saltaban como si fueran de utilería. El acre olor a pólvora reemplazó el perfume de los jardines, los pájaros volaron espantados y los escasos vecinos abandonaron calles y jardines, cerrando puertas y ventanas.

Recién cuando todos los atacantes fueron neutralizados, la comisaria Aberanda se acercó al jefe del operativo y juntos ingresaron

a la que fuera una moderna mansión. En medio de vidrios rotos y paredes perforadas, sobre un enorme charco de sangre, estaba el cadáver de quien les había disparado con la UZI. Era una joven miembro de la banda, cuyo rostro aniñado se había congelado en una mueca de miedo y dolor, cuando una de las balas de Raula Díaz le perforó la frente.

Entre los integrantes de la banda, incluyendo muertos, heridos y detenidos en ese operativo, no estaba ninguna de las mellizas Casal. Sin embargo, con el objetivo claro y con todo el tiempo por delante, Aberanda estaba segura de que ese sangriento allanamiento iba a dar buenos resultados.

Una vez que el área fue despejada y los miembros del GOE regresaron a su cuartel, la comisaria, la sargento Díaz y un par de agentes, pudieron concretar el allanamiento, focalizándose en una minuciosa revisión de cada rincón de la guarida de las mellizas Casal.

La pronta aparición de una caja fuerte provocó emociones enfrentadas: por un lado era una buena señal, pero demoraba el operativo hasta que la policía científica lograra abrirla.

Lo que más encontraron fueron armas y municiones, también cocaína ensobrada con el logo “mano negra”, supuestamente destinada al propio consumo de la banda. También había computadoras, tablets y celulares.

La esperada llegada de los colegas de la científica culminó con la apertura de la caja fuerte, en cuyo interior se encontró una gran cantidad de dólares y euros, teléfonos satelitales y muchas memorias USB, cuya revisión requeriría largas horas de trabajo informático.

Al final de esa peligrosa jornada, luego de tediosos análisis de

datos en planillas *Excel* plagadas de cifras y códigos que no lograban interpretar, la comisaria encontró un archivo con el número de cuentas bancarias, locales y en el exterior, especialmente en paraísos fiscales.

Otro archivo contenía números de matriculas intercambiables, probablemente usadas en su flotilla de avionetas. Sin embargo, lo que más alegró a la comisaria fue la copia de títulos de propiedad, que incluía desde estancias hasta inmuebles en CABA.

De inmediato, Aberanda se comunicó con el fiscal de la causa para pedir los correspondientes allanamientos. Lamentablemente, excepto la siniestra mansión en Leloir, el resto de las propiedades estaban fuera de su jurisdicción.

Por mi parte, un mes después, invitado por la siempre atractiva Magda, ingresé al hogar del difunto Dante Pena. Con esa cena, su viuda quería agasajarme por haber resuelto el asesinato de su esposo, ordenado por Jazmín Casal, en su intento de evitar ser descubierta.

La temible “JC” había sido atrapada cuando intentaba salir del país por la triple frontera, en cambio su hermana Cristina había logrado huir, aunque Interpol ya la tenía en la mira.

La asignatura pendiente consistía en lograr que la DEA reconociera a Dante Pena como informante e indemnizara a su viuda. Pero eso era algo que podía esperar. Aquella noche —a la luz de las velas— comiendo rico y bebiendo mejor, con Magda, éramos una pareja de solos, tratando de cerrar un triste capítulo de nuestras vidas con la esperanza de comenzar uno mejor.

Al filo de la medianoche, cuando con la dulce anfitriona levantábamos nuestras copas para brindar, escuché la voz atemporal

de mi amada Leonor:

«Animate, zonzo, qué esperarás para un final feliz».

FIN

ÍNDICE

1. Jaque Mate
2. Baño de sangre
3. Blood
4. Amenaza
5. Secuestro
6. Cautivo
7. Testigo
8. Pista
9. Viuda
10. Degollada
11. Cámaras
12. SUV negra
13. AG714RA
14. Sicario
15. Incendio
16. Tiroteo
17. Domecq
18. Amnesia
19. Hospital
20. Guarida
21. Efedrina
22. Aberanda
23. Atentado
24. Castelar Digital
25. El informante

26. La DEA
27. Pirómanos
28. La Morsa
29. Doble homicidio
30. Narcovuelos
31. Lluvia de cocaína
32. Corralón
33. Perejil
34. Strippers
35. Caballos
36. Sin paz
37. Colonia, ROU
38. Pólvora
39. RENAR
40. Pensamiento lateral
41. El agente
42. La trama
43. INTERPOL
44. La Pietá
45. . Final